



La historia de
Zahira

Seducción y venganza

BELLA HAYES

Bella Hayes
La Historia de Zahira
Seducción y Venganza



Libro 3 de la Trilogía Hermanas Sfeir

“No más lágrimas, ahora
pensaré en la venganza”

María, Reina de Escocia .

Gracias por leer este libro

Copyright © 2019 Bella Hayes

Todos los derechos reservados

Diseño de la portada: Roma García

Corrección: Kaera Nox

Primera Edición: Julio 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes y situaciones descritas en este libro son ficticios, producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Sígueme por las redes sociales: Facebook: BellaHayesautora, Instagram: @bellahayesautora, Twitter: @Bellahayesautor

A María Virginia
Mi niña grande,
Mi valiente guerrera,
tu lucha es la mía

Tabla de Contenido

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Epílogo](#)
[Capitulo Extra](#)

Sinopsis

Descarada, rencorosa y vengativa, esa es Zahira Sfeir. Prometida a Galal Al-Husayni cuando era una chica de trece años, aún recuerda el rechazo de su futuro marido al verla y, siete años después, decide seducirlo.

Galal, recuerda a su prometida como una chica fea, gorda y con acné, así que le es imposible reconocerla en la sirena que lo sedujo. Ahora deberá casarse con ella. Él espera la típica esposa islámica: dulce, sumisa y amorosa. Sorprendentemente, se encuentra con una prometida que suelta tacos cual marinero cuando se encabrona, es una fiera en la cama, y tiene como deporte ponerlo en su lugar.

¿Cómo podrá llegar a amarla?

Prólogo

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó su amiga Suhana mirándola a través del reflejo del espejo de su tocador, donde Zahira se pintaba los labios.

—No, pero es lo que tengo que hacer y es lo que él se merece —respondió con el ceño fruncido mientras examinaba su maquillaje.

—Te odiará, ¿lo sabes? No quiero verte lastimada de nuevo, eres mi mejor amiga y te quiero —dijo Suhana a su espalda.

Zahira se volvió a mirar a Suhana y sus ojos dorados inmediatamente se suavizaron. Estudiaban juntas y eran las mejores amigas desde el momento en que Zahira ingresó al exclusivo colegio donde Nahla la envió a estudiar, dos chicas de familias extranjeras con costumbres muy similares. La familia de Suhana era hindú y ella también debía casarse en un matrimonio concertado por sus padres.

—Yo también te quiero. —Sus ojos adquirieron determinación mientras hablaba—. No creo que me odie. Según Jameela, mi prometido es todo un caballero con un instinto protector muy desarrollado, él cuidará de mí después de que todo explote.

—Entonces, ¿por qué no lo hablas con él? Podría acceder a casarse si le cuentas la amenaza de tu padre.

—Haré las cosas a mi manera, no soy una maldita víctima de mi padre. Me cabrea su chantaje, se metió con Ebrahim y eso nunca se lo perdonaré. Me casaré con Galal y obedeceré su mandato, pero esto lo voy a hacer a mi manera, con todo el escándalo que pueda provocar. Para que se avergüence y para darle su merecido al cabrón de mi novio por ponerme los cuernos durante todos estos años. Galal destapó la olla por intentar romper nuestro compromiso.

—Por lo que me cuentas solo se han visto en pocas ocasiones desde que se comprometieron hace siete años. No puedes culparlo por pensar que no quieres casarte con él ni por satisfacerse por ahí. Tú eras una niña. ¿Aspirabas

el celibato de un hombre joven? Por otra parte, ¿no crees que te reconocerá?

—No me reconocerá, recuerda que hace tres años que no nos vemos. Lo único que podría reconocer es el color de mis ojos y para eso usaré las lentes de contacto. Ahora mis ojos son oscuros, él solo recuerda a una adolescente regordeta y fea, con el cutis lleno de granos y los ojos amarillos.

—¿Crees que es la mejor forma de comenzar un matrimonio? ¿Engañándolo? —Suhana continuó en su intento de disuadirla.

—¿Me lo dice la chica que hizo que le reconstruyera el himen para engañar a su marido en la noche de bodas? —preguntó Zahira levantando una ceja.

—Lo sé, fui una loca al acostarme con Samuel en el primer año de la universidad, pero estaba muy enamorada y dispuesta a dejar a mi familia por él; cuando el muy malnacido solo quería experimentar con una virgen. Accedí a casarme con Nimai, es un buen hombre y me gusta, además ahora entiendo que necesito a mi familia. Si no me caso los perderé, y debo ser virgen para poder casarme. Estás desviándome del tema. ¿Crees que él te perdonará el engaño?

—No me importa si no lo hace, sólo me interesa casarme para que papá no se lleve a Ebrahim. Después de que mi hermano cumpla la mayoría de edad me divorciaré, no amo a Galal.

—¿En serio? ¿Lo dice la chica que tiene una caja del tamaño de una lavadora llena de recortes de su prometido? ¿La misma que se dejó besar por un desconocido estando ebria, la vez que salió una foto comprometedor de él con otra mujer en la prensa amarilla? —preguntó Suhana irónicamente.

—Eso está superado, ya Jade no compra esa porquería de revistas. —Fue la respuesta de Zahira mientras se colocaba las lentes de contacto.

—Eso fue hace menos de un año. Cada vez que sale una foto de Galal con otra mujer tú haces una locura; y no necesitas a Jade para eso, tú solita la compras. ¿O crees que no he descubierto tu nueva colección oculta bajo la cama?

—No importa, ya lo decidí. ¿Contactaste con tu amiga *paparazzi* para que nos fotografiara?

—Sí, sabe que es a Galal a quien seguirá, pero no sabe que eres tú la mujer que estará con él.

—Bien. ¿Le dijiste que esperara mi salida de su apartamento?

—Sí, ya lo sabe y todo está listo. Sólo recuerda pasarme un mensaje con la

dirección para dárselo a ella por si acaso los pierde.

—Está bien, lo haré.

Se dio una última mirada en el espejo, levantó la barbilla y sonrió. Era hora de la seducción. La venganza acababa de comenzar.

Capítulo 1

Siete años antes

—¿Quieres que me case con una chiquilla de trece años? —preguntó Galal a su hermano, el jeque Azim Al-Husayni.

Su cara reflejaba asombro. A sus veintitrés años, se había graduado con honores en Oxford y en ese momento combinaba su postgrado de Comercio Internacional con un trabajo en el consorcio de la familia en Inglaterra. Sabía que debía casarse en un matrimonio concertado, pero era el menor de sus hermanos y pensaba que podría casarse en unos años y no con una chiquilla.

—Quiero que te comprometas con la chica y estipules en el contrato de compromiso que ella debe quedar a cargo de nuestra familia, que será educada en Europa.

—Sé que debo casarme en una alianza, pero ¿tiene que ser ya?

—No tiene que ser ya, solo quiero que te comprometas para quitársela al padre. La chica es Zahira Sfeir, la hermana menor de Jameela y de Nahla, a petición de Kazim he mantenido un ojo sobre su familia. Su padre se volvió a casar hace poco más de un año y a su nueva y joven esposa le molesta su hijastra. Él la casará de inmediato en la provincia, para deshacerse de ella, de hecho, ya empezó las negociaciones. Solo vino a solicitar mi autorización porque esa fue una de las condiciones que, a petición de Jameela, le pusimos para seguir apoyándolo en sus negocios. Por supuesto se la negué, pero temo que seguirá intentándolo hasta dar con alguien más poderoso, con quien yo no pueda objetar, o que lo haga a escondidas. Para tranquilizarlo, le dije que yo le buscaría marido de inmediato y que tú te casarías con ella.

—¿Y te creyó? —cuestionó Galal con fastidio.

—Por supuesto que me creyó, no es una broma. Papá hizo sufrir mucho a esas hermanas y, en compensación, quiero entregarle a su hermanita para que la eduquen. En unos años te casarás con ella, pero no te preocupes, tendrás tiempo de conocerla. Además, sus hermanas mayores son sumamente

hermosas, así que me imagino que esta será igual de bella.

Galal suspiró mirando al techo, sabiendo que aceptaría el compromiso ya que tenía sentido. Quería mucho a Jameela e imaginaba lo que debió sufrir al ser obligada a casarse con su padre siendo una adolescente, también tenía la certeza de que su papá la había maltratado.

En una ocasión se había adentrado en el jardín de la casa que la familia tenía en Riad y la encontró llorando. Estaba sentada en un banco con las manos cubriendo su rostro, sus sollozos eran desgarradores. Cuando le habló, Jameela levantó su cara y se secó las lágrimas desesperadamente, se sorprendió al ver el pánico en su mirada y el moratón de su mejilla. Sospechaba que no era la única vez que la había golpeado. Al morir su padre, Jameela casi se desmaya y, al socorrerla, se agitó desesperadamente por el dolor, más tarde le dijo que se había caído de unas escaleras en la biblioteca. Galal no tenía pruebas y no quiso incomodarla más preguntándole de nuevo.

Desde la visita a Riad, Galal la vigiló de cerca y se percató de que, cada vez que su padre entraba en una habitación donde ella estuviese, Jameela se ponía rígida, su cara se volvía inexpresiva y no lo miraba. Nunca miraba a su padre a menos que él se dirigiese a ella, siempre callada, siempre sumisa. En ese momento no entendía qué pasaba entre ellos. Con su madre y con la tía Delila su padre era pura amabilidad, hasta la víbora de Haifa recibía un mejor trato, pero con Jameela parecía que pagaba todas sus frustraciones. Por eso Galal siempre fue afectuoso con ella y trató, en la medida de lo posible, de protegerla.

—Está bien, lo haré —dijo a regañadientes—. ¿Cuándo conoceré a mi hermosísima prometida? —preguntó irónico.

—Él la traerá mañana, quiero hacer esto lo antes posible.

—De acuerdo, hermano, tú ganas, pero me deben una y me la cobraré —bromeó Galal.

El honor lo hizo aceptar, sin embargo, le gustaba molestar a su hermano y, de paso, intentaría sacar un poco de provecho de la situación. Estaba molesto porque Azim no le daba tantas responsabilidades en el negocio como él creía que se merecía, pero ante sus quejas, su hermano siempre le respondía que debía aprender a caminar antes de correr.

—Solo si te dejas, hermanito —replicó Azim, burlándose.

Zahira se vistió con sus mejores ropas, peinó su cabello y se colocó la

abaya^[1] y el *hiyab*^[2], además de otro velo que le cubriera el rostro. Su madrastra Anisa quería que ella usase un *niqab*^[3], pero su padre dijo que el jeque y su hermano querían verla. Estaba preocupada porque le había salido una erupción en la piel, no le gustaba el jabón que Anisa usaba, desde que lo había cambiado su piel picaba.

Miró su reflejo en el espejo y se evaluó, tenía un bonito y largo cabello negro como el cielo a medianoche, sus ojos eran grandes y de color dorado, era lo más llamativo de su rostro, estaba gordita y allí no podía hacer nada. Esperaba gustarle a su prometido, aunque Anisa decía que no importaba mucho si le gustaba, igual se casaría con ella gorda y fea como estaba. Su padre y el jeque ya habían llegado a un acuerdo verbal, faltaba concretar algunos detalles, pero a los efectos ya estaban comprometidos y no había vuelta atrás.

Zahira esperó sola en un salón del palacio mientras su padre estaba en el despacho del jeque, finiquitando los últimos arreglos del compromiso. Una señora de edad, pero aún hermosa y muy elegante, entró en la estancia y se presentó como Noor, la madre de su prometido; fue muy amable con ella, preguntándole cosas y charlando mientras esperaban. Le gustó la dama, era agradable y eso la tranquilizó, porque pensó que era bueno que se llevara bien con su suegra.

Su padre regresó con una sonrisa en el rostro, que ella le devolvió en respuesta. Él podía ser encantador cuando estaba contento, además, su sonrisa significaba que había logrado condiciones favorables para su boda, aunque deberían esperar al menos tres años para casarse. Cosa que le alegraba, porque así no debería dejar a Ebrahim tan pequeño; Anisa no se ocupaba mucho de él. En tres años su hermano se iría a estudiar a Londres, y ella se podría casar sin tener esa preocupación encima.

Se despidió de su futura suegra y caminó detrás de su padre para conocer a su prometido, entró en el despacho del jeque y sus ojos ansiosos buscaron a quien sería su marido. Al verlo se emocionó, era hermoso, alto, guapo, de ojos verdes y cabello oscuro. La sonrisa de Galal vaciló un poco al verla, pero fue amable cuando habló con ella. Zahira se ruborizó por sus atenciones, perdió la noción de lo que se hablaba en ese momento ocupada en mirar a su novio. Cuando salió de su estado de ensoñación, se percató de que su padre caminaba hacia la salida, se despidió apresuradamente y corrió detrás de él para

alcanzarlo. Su sorpresa fue grande cuando este salió, cerrando la puerta del despacho detrás de sí. Asustada, se volvió a mirar al jeque y a su prometido.

—Zahira, ¿no escuchaste lo que dijo tu padre? —preguntó el jeque con amabilidad.

Negó con la cabeza mirándolos aturdida, su padre se iba y ellos la entretenían preguntándole cosas, trató de seguirlo cuando la voz del jeque la frenó.

—A partir de ahora vivirás con nosotros, serás enviada a un internado en Inglaterra a estudiar junto a nuestras hermanas.

—¡No! —exclamó Zahira—, ¡no puedo dejar a Ebrahim!

Salió corriendo de la estancia y alcanzó a su padre en los jardines. Asustada, se abalanzó sobre él para abrazarlo como cuando era una niña pequeña y tenía miedo. Él la tomó de los brazos y la separó de su cuerpo.

—¿Qué crees que haces? Debes quedarte aquí porque esa fue una de las condiciones que negociamos en tu contrato de matrimonio.

—Por favor, padre, aún no puedo dejar a Ebrahim, él me necesita. Pero en tres años se irá a estudiar a Inglaterra, y yo podré volver para casarme —suplicó.

Sus expresivos ojos reflejaron el dolor de pensar en separarse de su hermano. Ebrahim la necesitaba y ella no podía dejarlo aún porque era muy pequeño, además, ella no quería ir a Europa, quería quedarse allí, cerca de su familia. El temor a su incierto futuro la puso a temblar.

—¡No! Te quedarás aquí porque el jeque así lo exigió, Anisa se ocupará de Ebrahim. Ya estoy cansado de oír quejas sobre tu comportamiento, debes irte para que mi esposa pueda tomar el lugar de la señora de la casa sin tu interferencia, es su posición no la tuya —dijo cruelmente.

Aturdida, Zahira vio a su padre alejarse. Se quedó largo rato observándolo marcharse sin mirar atrás, como si no acabara de dejar a su hija en una casa extraña, como si ella no le importase; cuando, hasta el momento de su boda con Anisa, había sido su niña consentida. Con la cabeza gacha y conteniendo las lágrimas volvió sobre sus pasos, quería hablar con el jeque y con su prometido sobre su situación, quería saber qué pasaría de ahora en adelante. Entró al palacio y buscó el despacho del jeque. La puerta estaba entreabierta y, al llegar, escuchó a su prometido hablar, sus palabras la impactaron, la decepcionaron y lastimaron profundamente.

—Pensé que sería hermosa como sus hermanas. Tiene sobrepeso, acné y

los dientes torcidos.

—Son cosas que pueden mejorar — dijo el jeque—, hablaré con Jameela para que se ocupe de ella.

Zahira retrocedió sobre sus pasos, las lágrimas corrían por sus ojos, a ciegas, encontró el salón donde estuvo esperando con su suegra y se sentó. Lo odiaba. ¿Cómo se atrevía a hablar así de ella? ¿Por qué accedió a casarse sin haberla visto? ¡Oh!, pero le haría tragarse sus palabras, se arrepentiría de haberla humillado de esa manera. Se juró a sí misma que en un futuro se las cobraría.

Capítulo 2

Galal salió del despacho de Azim para buscar a su joven prometida. La pobre chica se veía asustada, su mirada era como un cristal que revelaba todas sus emociones y él pudo ver claramente el miedo y el desconcierto en sus hermosos ojos. Quería hablar con ella para tranquilizarla y asegurarle que todo estaría bien. Su corazón se conmovió al verla correr detrás de su padre, tan pequeña y desamparada. «¡Maldito seas, Abraham Sfeir!», le increpó mentalmente. El hombre era malvado, ¿cómo era capaz de hacerle eso a su pequeña? Su deber como padre era proteger a sus hijos. «Sobre todo a las niñas, que son las más vulnerables en este país», pensó bastante molesto.

La escuchó llorar en uno de los salones y se quedó fuera, esperando a que ella se calmara, porque él no sabía cómo lidiar con una chica llorosa. Estaba seguro de que le prometería cualquier cosa con tal de que se calmara. Una de las *khadimas*^[4] pasó y le hizo una señal para que se acercara sin hacer ruido, cuando estuvo lo suficientemente cerca para no ser oído por Zahira, le susurró que fuera en busca de Noor.

La doncella se movió rápida y silenciosamente para obedecer a su señor, Galal era un encanto y todas se esmeraban en complacerlo. El joven dudó en entrar porque su debilidad era una mujer llorando, sin embargo, en este caso, no sabía que decirle, ni cómo arreglar lo que estaba mal. Se excusó diciendo que no quería molestarla más con su presencia y esperó hasta que vio venir a su madre, el alivio lo inundó. Noor sabía cómo consolar a su prometida, ella era lo que Jameela llamaba un alma generosa, capaz de reconfortar hasta a la persona más triste. «Mi madre sabrá cómo tratar a la chiquilla», pensó marchándose.

Noor entró en la estancia esperando encontrar a su futura nuera llorando desconsolada por la tristeza y, en su lugar, se encontró a una furiosa chica con lágrimas de rabia en sus ojos, se sorprendió ante la ira que mostraba su mirada.

—¿Estás bien? —preguntó la jequesa con cautela.

—No, pero lo estaré —respondió Zahira tratando de mantener la calma. Su suegra no tenía la culpa de la clase de hombre que era su hijo, sin embargo, no pudo evitar levantar su barbilla desafiantemente, sin darse cuenta de la vulnerabilidad que transmitía.

—¿Qué se espera de mí de ahora en adelante? —preguntó la joven tratando de cambiar el tema. No quería hablar sobre lo sucedido, una profunda vergüenza la invadió al pensar en repetir las palabras de su prometido.

—No te preocupes por eso, por el momento buscaremos una habitación para ti, quiero que descanses. También te buscaré algunas prendas de vestir para que uses mientras llegan tus cosas, verás como todo estará bien. —Noor se levantó de su asiento y, amablemente, le pidió que la siguiera.

Obediente, Zahira siguió a su suegra. Su casa era una residencia grande y cómoda con bastantes lujos, pero el palacio era imponente. Subieron un tramo de escaleras, al llegar arriba había dos alas, Noor continuó hacia la izquierda y abrió una gran puerta dorada.

—Estas son mis habitaciones, desde que enviudé se hacen muy grandes para mi sola. ¿Te importaría quedarte conmigo hasta que te vayas a Inglaterra con tus hermanas?

—¿Hermanas?, querrá decir cuñadas. Se me informó que iría a estudiar a Inglaterra con las hermanas de mi prometido. Yo solo tengo una hermana, Jameela —respondió Zahira mirando a su suegra con una expresión confusa.

Noor la miró, pensando cómo contarle la historia de Nahla y de Jameela. Debía tener cuidado con lo que dijera ya que había muchos secretos entre ambas familias, al parecer, más de los que ella pensaba. Se acercó al teléfono y pidió un servicio de té y una jarra de agua, luego se dirigió a un sofá y se sentó, palmeó un lugar a su lado y la llamó.

—Ven aquí, Zahira, siéntate a mi lado y te contaré algunas cosas de tu familia y de la mía que debes saber —dijo cariñosamente. Zahira la obedeció y se acomodó a su lado, ¿qué podría contarle de su familia que ella no supiera?—. ¿Sabes que tu papá tuvo, aparte de tu madre, otra esposa? —Noor decidió empezar desde el principio, Zahira asintió con la cabeza animándola a proseguir—. Su primera esposa, Bashira, le dio dos hijas, Nahla y Jameela... —empezó a relatar Noor antes de ser interrumpida.

—No lo sabía, papá solo me habló de Jameela —murmuró pensativa. Ahora entendía la referencia de Galal a que no era hermosa como sus

hermanas.

—Nahla es poco más de un año mayor que Jameela —continuó Noor—. Cuando tenía doce años fue prometida como tercera esposa de mi esposo y fue enviada a estudiar a Inglaterra. Allí se enamoró y se casó con un inglés, por lo que tu padre la repudió; por eso no habla de ella. Meses después, Jameela tomó su lugar y se casó con el jeque. Jameela ahora vive en Inglaterra y las hermanas se visitan casi a diario.

—¿Están muy unidas? —preguntó Zahira recordando la indiferencia de su hermana.

—Sí, lo están, tanto como lo estarán contigo cuando llegues a Inglaterra, estarán felices de que estés allí.

—No lo creo, me imagino que ellas se criaron juntas y tienen la misma madre. —Se quedó pensativa un momento antes de continuar—. Ya conocí a Jameela y prácticamente ni me miró.

—No sé por qué ocurrió eso, pero te puedo asegurar, que tanto Nahla como Jameela son muy familiares, dales una oportunidad.

—¿Por qué debo quedarme aquí hasta la boda? Yo quiero volver a mi casa, mi hermanito me necesita, en tres años puedo volver para casarme.

—Lamento tener que decirte esto, pero tu padre quería una boda de inmediato, creo que fue una petición de tu nueva madre.

—Anisa no es mi madre. La ley dice que no puedo casarme hasta los dieciséis años, así que papá no pudo negociar una boda en este momento. Además, ella no atenderá a mi hermano esa es mi obligación, porque mi mamá antes de morir me pidió que lo cuidara.

—Zahira, cariño, una de las condiciones que Jameela puso para que mis hijos ayudaran a tu padre en los negocios, fue que tú no podrías ser comprometida ni casada sin el consentimiento del jeque...

—Pero, ¿quién se cree ella para hacer eso? —respondió furiosa.

—Solo velaba por tu bienestar y no se equivocó —indicó Noor, levantando una mano para que Zahira la dejara terminar de hablar—. Tu padre vino aquí buscando la aprobación del jeque para casarte de inmediato en el desierto, por eso Azim decidió que Galal se comprometiera contigo, para poder quitarle a tu padre el control de tu destino y entregárselo a tus hermanas que te esperan ansiosas en Inglaterra. Allá tendrás una nueva vida, podrás estudiar y Galal y tú os casaréis no en tres años, sino cuando estés preparada.

Zahira asintió distraída, sus pensamientos eran un caos y el rencor le

apretaba el pecho. Al parecer, todo el mundo podía opinar y entrometerse en su vida, cuando ese papel solo le correspondía a su padre. Él era su *Wali*^[5] no el jeque ni sus hermanas, y aunque no le gustaba que hubiese intentado casarla de inmediato, le daba mucha rabia el chantaje al que fue sometido. Estaría desesperado para acceder a prácticamente renunciar a su tutela y cedérsela al jeque.

Su padre no debía saber que la intención de este era entregarla a sus hermanas, trataría de hablar con él de nuevo, advertirlo; intentaría hacerle cambiar de opinión, le prometería que se mantendría al margen del manejo de la casa. No quiso escuchar la vocecita en su interior que le decía que no le importaba a su padre, que la había abandonado a su suerte.

Al día siguiente se levantó muy temprano para esperarlo, seguramente iría con Ebrahim para que pudieran despedirse y le llevaría su ropa. Al final de la tarde, varias doncellas entraron con sus maletas en la habitación, señal inequívoca de que su padre había llegado. Sin colocarse ni siquiera el *hiyab*, corrió escaleras abajo esperando encontrarlos allí. Llegó sin aire al despacho del jeque y, recordando sus modales, tocó la puerta y esperó impaciente la autorización para entrar, el mismo jeque Azim le abrió y al verla, la invitó a pasar.

—*As-salamaleikom*^[6], Zahira —saludó amablemente el jeque.

—*As-salamaleikom*, jeque Azim —respondió ella tímidamente.

—Seré tu cuñado, así que llámame Azim —dijo el nuevo jeque brindándole una sonrisa a la chica.

—Está bien, Azim —aceptó ella un poco más segura de sí misma—. ¿Puedo hablar con mi padre? He intentado llamarlo varias veces al móvil y no contesta, y cada vez que llamó a la casa, Anisa dice que no ha llegado.

—Tu padre no vino, envió tus pertenencias y los documentos donde me cede tu custodia con un chófer —respondió mirándola compasivamente—. Lo lamento, si deseas hablar con él intentaré contactarlo.

—No importa, gracias —respondió en voz baja.

Todas sus esperanzas se vinieron abajo al darse cuenta de que su padre no la quería, no la dejó ni despedirse de su hermano. Tuvo que enfrentarse a lo que no quería creer: ella no era nadie, no era importante para su padre. En ese momento todo su dolor se convirtió en rabia, levantó la barbilla y rígidamente abandonó el despacho de su cuñado.

Capítulo 3

Una semana después viajaba a Londres en compañía de su suegra, su prometido y su cuñado Halim. Las mujeres salieron del palacio con su *niqab* puesto, como era lo reglamentario. Al llegar al aeropuerto, la limusina las dejó directamente en la puerta del avión donde abordaron inmediatamente, sin trámites burocráticos. Un empleado del jeque se había ocupado del papeleo con anterioridad. Aunque acostumbrada al lujo, Zahira se sorprendió de lo grande que era el avión y de la opulencia con que estaba decorado. Fue conducida por una azafata hasta un saloncito privado donde se sentó en uno de los cómodos sillones blancos.

Su suegra, con la ayuda de su *kadhima*, se quitó el *niqab*. Zahira la imitó ya que estarían solas con sus doncellas y las azafatas, ningún hombre que no fuese de la familia ingresaría a esa zona de la aeronave. Mientras esperaban les sirvieron un *jellab*^[7], su suegra tomó un sorbo de su vaso, luego rebuscó en su cartera y sacó un iPhone para enviar un mensaje. Zahira tomó su bebida lentamente, tenía un móvil nuevo que le había entregado su suegra igual al de ella, pero de color rosa. Los únicos números que había en sus contactos habían sido el de su padre y el de Noor. Después, su suegra se ocupó de que agregara los demás números de la familia. Zahira la obedeció porque le caía bien la señora, pero no le interesaba tener el teléfono de su prometido ni de ninguno de sus cuñados. No tenía a nadie con quien hablar, a quien decirle lo que sentía; nadie que la ayudara a deshacer el nudo que todo el tiempo sentía en su garganta y que no la dejaba respirar profundamente.

Resistió la tentación de escribirle a su padre. Se debatía entre las ganas de hablar con su hermano y la rabia de saberse ignorada, pero su orgullo ganó la batalla. Se recordó que ya lo había hecho en varias oportunidades para pedirle que la dejara hablar con Ebrahim, para despedirse y explicarle su partida, y sus mensajes habían sido ignorados. Lo que más dolía era que su pequeño hermano pensaría que lo había abandonado, ella era la persona más cercana a

él y desaparecer de su vida sin darle explicaciones la tenía muy intranquila. Recordó todas las llamadas que hizo a la casa, esperando que fuera su aya quien contestara el teléfono, para pedirle que le explicara a Ebrahim la situación, pero en cada oportunidad, el aparato fue contestado por Anisa.

Galal y Halim, uno de sus cuñados, entraron al saloncito. Galal se sentó a su lado y Halim al lado de Noor, su prometido le dirigió una mirada amable y su cuñado un cortés movimiento de la cabeza

—¿Estás nerviosa? —preguntó Galal.

—En absoluto —respondió sin mirarlo.

Para evitar una conversación, sacó su móvil y empezó un juego que había descubierto hacía poco.

—Pronto vamos a despegar, debes ponerlo en modo avión para no interferir en las comunicaciones. ¿Sabes cómo hacerlo?

—No. —Fue su respuesta mientras cerraba el juego y le pasaba el móvil con fastidio.

—No —dijo Galal, con lo que logró que lo mirara—, debes aprender a hacerlo tú misma para las próximas oportunidades en las que yo no esté contigo. Mira, es muy fácil. —Galal tomó el móvil al tiempo que acercó su cabeza a la de ella para explicarle.

Su cercanía la puso nerviosa por lo que respiró profundo en un vano intento de calmarse, el olor de su prometido inundó sus fosas nasales sorprendiéndola por lo que la hizo sentir. «¡Qué bien huele!», pensó desconcertada. Avergonzada, se alejó un poco para tratar de recobrar la compostura. Desde que era una niña pequeña no había estado cerca de un hombre joven. En silencio, escuchó su explicación y procedió a seguir sus instrucciones hasta que Galal vio que lo había hecho correctamente. En el momento en que su futuro esposo le devolvió el móvil, sus dedos rozaron con los suyos provocando que su estómago se agitara; turbada, tomó el aparato y continuó jugando para esconder sus emociones.

Galal la miró jugar un rato, sus mejillas se habían sonrojado mientras él le daba la explicación. La piel de su cara y manos, que era lo único visible, había mejorado bastante desde que había llegado, lo que lo hizo suponer algún tipo de alergia. Al llegar le pediría a Kazim que la examinase para estar seguro. Era una niña bonita, sus ojos eran preciosos; pensó que cuando creciera, sería hermosa.

En un principio le había molestado que de nuevo le hubiesen escogido una

esposa, por eso trató de luchar contra un nuevo compromiso y molestar a su hermano poniendo una y mil objeciones a la novia y a su familia. Pero ahora que su rabia había pasado entendía los motivos de Azim y estaba de acuerdo. De todos modos, debía contraer matrimonio en algún punto de su vida, y si con este compromiso lograba cambiar el destino de la hermana de Jameela, lo aceptaba de buen grado. Si le buscaba el lado positivo al asunto tenía mucho tiempo antes de casarse con esta jovencita, porque para eso ella debía crecer y madurar.

Halim Al-Husayni miraba a su joven cuñada con el ceño fruncido, se lamentaba de la suerte de su hermano menor, él había pasado por una boda impuesta y no se lo deseaba a nadie. Su esposa lo odiaba y él, aunque la deseó mucho, nunca la amó. Su padre se empeñó en casarlo muy joven para sellar un acuerdo importante con el ministro de finanzas del país del que, Sara, su esposa, era su sobrina. Estuvo casado dos años hasta que su padre murió y pudo pedirle a Kazim que le permitiera divorciarse, que lo dejara disfrutar de la libertad que ellos tuvieron, de eso hacía tres años y hasta la fecha no pensaba repetir el error.

Se había enamorado en la universidad de una chica y quiso romper su compromiso con Sara para casarse con ella, pero su padre se negó rotundamente, le dijo que no le dejaría abandonar a su prometida por una mujer extranjera sin moral. Cuando Halim se enfrentó al jeque este amenazó con desheredarlo. Al final, su padre había tenido razón en desconfiar, Marta lo había abandonado cuando supo que el jeque le retiraría su apoyo económico, además, la chica había aceptado dinero con la condición de desaparecer de su vida.

Halim nunca perdonó a su padre la manera en que lo trató y su forma de hacerle ver las cosas. Poco tiempo después, con el corazón destrozado y la lección aprendida, volvió a casa para su boda con Sara. Las mujeres solo servían para la cama y para parir a los hijos, su esposa había resultado ser estéril y como él había decidido no volver a casarse no tendría hijos, por lo que las limitaba a la cama.

Un par de horas después sirvieron el almuerzo. Zahira comió sin apetito, desde que su padre la dejó en casa del jeque casi no había probado bocado, la ansiedad le impedía disfrutar de las deliciosas comidas que le fueron servidas. El nerviosismo le cerró el estómago y empujó su plato sin tocar, ya que no le pasaba ningún bocado.

—¿No tienes hambre, Zahira? —preguntó su suegra amablemente—. Casi no has comido desde que llegaste a nuestra casa.

—No quiero comer más, señora Noor, además, estoy gorda y debo rebajar.

—Tonterías, niña. Estás un poco llenita, pero eso se solventará con el desarrollo, ¿no es cierto, Galal? —preguntó Noor a su hijo intentando que ellos conversaran un poco.

—Es cierto, Zahira, si quieres perder peso es preferible hacer ejercicio que pasar hambre.

—Está bien —contestó ella con indiferencia, volviendo su atención al juego. Galal hizo un gesto de duda a su madre y volvió su atención a su libro.

Poco antes de aterrizar, la *kadhima* entró en la salita del avión con dos *abayas*^[8] y dos *hiyab*^[9]. Zahira la miró con curiosidad y Noor, al ver donde se dirigía su mirada, le comentó que en Londres no usarían los *nicaq* y le explicó las causas. Zahira se encogió mentalmente de hombros y pensó en lo que insistía su padre en tenerla cubierta, siempre le decía que mientras menos mostrara de sí misma más rápido encontraría marido, que una mujer decente nunca iría con el rostro descubierto. Se imaginó que como ya estaba comprometida para casarse, eso no importaba. En fin, si su suegra, que era una mujer muy honorable y distinguida, podía ir mostrando la cara, debía estar bien. Últimamente su padre había perdido bastante credibilidad.

Su primera impresión de Inglaterra fue de frialdad, el sol estaba oculto por una espesa nube gris que presagiaba lluvia. Se arrebujó en su abrigo nuevo tratando de entrar en calor, mientras el oficial de inmigración miraba su pasaporte. Se sintió incómoda cuando este posó la mirada en su rostro y, orgullosa, levantó la barbilla, si pensaba que podía intimidarla estaba muy equivocado. Galal sonrió al mirar a su prometida, pensó que sería una chica más dulce, pero le gustaba su brío y que no se dejara intimidar. Jameela y Nahla habían sufrido mucho por culpa de su padre y le alegraba saber que Abraham Sfeir no lograría hacer infeliz a esta niña también.

Se sentía bien saber que él había contribuido, aunque fuera de forma pasiva, a cambiar el destino de Zahira. Una vez que pasaron inmigración fueron a recoger el equipaje y las guiaron hacia las puertas de salida.

Nahla y Jameela esperaban impacientes la salida de los Al-Husayni. Nahla estaba acompañada de sus hijos, Billy, de tres años, y Sara, de uno, con sus correspondientes niñeras, Jade estaba en la universidad y Jake en el trabajo.

Jameela estaba acompañada de su esposo Kazim, y de sus hijos, Kahil y Kazeem, ambos de ocho años, Mouna, de seis y Salma, de cuatro. El resto de la tribu Al-Husayni estaba en los internados y en la universidad, llegarían el fin de semana para conocer a la prometida de Galal.

Cuando salieron hubo una profusión de saludos. Los ojos de Jameela se llenaron de lágrimas y pensó que estaba muy feliz de ver de nuevo a su hermanita, creía que nunca podría ser parte de su vida. Pero ahora, gracias a Azim y a Galal, la tendría consigo. Tratando de mantener sus emociones bajo control se acercó y la abrazó. Zahira mantuvo los brazos a los lados sin devolver el saludo, esta era la mujer que la había ignorado tres años atrás, la que se creía con derechos a decidir sobre su vida. Jameela se sorprendió un poco de la frialdad de Zahira y dejó de abrazarla para mirarla a los ojos buscando un indicio de su rechazo. ¿Habrían llegado tarde y su padre ya la había hecho sufrir?, ¿la habría predispuesto contra ellas? Eran tantas las dudas que tenía en su mente y tantas las preguntas que no se atrevía a formular... pero sentía que con ella debía ir con pies de plomo, porque no quería equivocarse y alejarla más.

—Bienvenida, Zahira, quisiera presentarte a tu otra hermana, Nahla Steel Sfeir.

Capítulo 4

Zahira se sorprendió al sentir por Nahla una irremediable afinidad, un afecto, una emoción desconocida. Era muy parecida a Ebrahim, tenían las mismas facciones y el mismo color de ojos, su sonrisa le recordó tanto a su hermanito que su mirada se tornó triste y sombría, provocando que Nahla la abrazara con cariño, tratando de reconfortarla de aquello que la entristecía. La sostuvo entre sus brazos hasta que Zahira se atrevió a susurrar.

—¿Hermana, podría quedarme a vivir contigo? Me gustan los niños y te prometo que te ayudaré con la crianza de mis sobrinos, soy buena cuidándolos —propuso con la esperanza reflejada en su voz.

—¡Oh, hermanita! Nada me haría más feliz que vivieras conmigo, quiero conocerte y consentirte, mas debo hablarlo con Jameela, Kazim y Galal ellos son los responsables de ti. Y no tienes que ayudarme con los niños, si quieres jugar y pasar tiempo con ellos hazlo, pero no es una condición para que te quiera conmigo.

Un ruido las hizo separarse, un niño que era el vivo retrato de Nahla y Ebrahim, pero en tonos rubio, tiraba del abrigo de su hermana mayor. «¡Oh, qué niño más hermoso!, dan ganas de comérselo», pensó Zahira, miró al resto de los chicos y sonrió encantada. Amaba a los niños y si todos estos eran de Nahla, disfrutaría muchísimo su estancia allí.

—¡Mamá, mamá! Salma no me quiere dar mi camión, es mío, mamá —protestaba el pequeño haciendo pucheros, lo que hizo sonreír a su madre y a su nueva tía.

—Billy, ¿se lo pediste amablemente?, ¿dijiste la palabra mágica?

—¿Por favor? —preguntó el niño

—Sí, amor, esa es la palabra mágica —respondió suavemente Nahla.

—¡No, mamá!, no se lo pedí con la palabra mágica porque es mío, por eso no digo por favor —protestó refunfuñando el niño, cruzándose de brazos para dar más énfasis a su negativa.

—Aunque sea tuyo, debes ser amable —advirtió Nahla reprendiéndole en

un tono de voz suave, pero firme.

—Sí, tía Nahla, yo le dije que debía decirme por favor y él me dijo que no. Por eso no se lo di, para que aprenda a ser educado —explicó la niña más bonita que Zahira había visto en su vida, entregándole a Nahla un coche rojo.

—Está bien, cariño, yo lo guardaré hasta que cierto niño aprenda a tener modales —sentenció Nahla

—Es mío. Tú eres mala, Salma, cuando vayas a la casa le diré a Mustafá que te muerda —respondió Billy con rencor.

—¡William Alexander! Discúlpate inmediatamente con tu prima —regañó Nahla con la cara muy seria.

—Lo siento, Salma —dijo Billy, contrito, ante el regaño de su madre. Sin embargo, en cuanto Nahla se dio la vuelta, le sacó la lengua a su prima provocando la risa de Zahira.

—Eres un pequeño pillo —señaló Zahira alborotándole el cabello, sin saber que era contemplada con asombro por Noor y Galal, que nunca la habían escuchado reír.

Jameela había preparado una cena de bienvenida para Zahira, estaba muy feliz por tener a su hermanita allí. Que estuviera prometida a Galal le aseguraba su futuro, habían logrado quitársela a su padre y ya no sería vendida como una mercancía.

Amaba a ese chico, lo había visto crecer y convertirse en un hombre bueno y honorable. Lo llamaba su pequeño Lancelot^[10], ya que siempre fue muy protector con ella. Estaba un poco preocupada por el carácter sombrío y triste de Zahira, pero esperaba que se debiera a la separación de su hermano. Deseaba que fuera feliz y eso solo sucedería si se adaptaba pronto a su nueva vida.

Estaba muy concentrada en sus pensamientos cuando Nahla se acercó y le pidió hablar a solas con ella y con Galal. Sorprendida, les pidió que la acompañaran a otra salita.

—¿Qué ocurre, Nahla? —preguntó Jameela.

—En el aeropuerto, Zahira me pidió quedarse conmigo, que la dejara vivir en mi casa —contestó Nahla

—¿Sabes por qué?, ¿te dio alguna explicación? —inquirió Jameela.

—No, no lo sé. Cuando la abracé me preguntó si se podía quedar a vivir conmigo, se ofreció a ayudarme a criar a los niños; yo le contesté que hablaría

con ustedes, pero que no tenía obligación de cuidar de mis hijos —indicó Nahla.

—Creo que le gustan los niños, me sorprendió su risa cuando vio a Billy sacándole la lengua a Salma, no la había visto sonreír, mucho menos reírse. Creo que será beneficioso para ella porque extraña mucho a su hermano —añadió Galal.

—Aquí también hay niños, tenemos cuatro para que se entretenga —replicó Jameela—, pero creo que está dolida conmigo por la frialdad con que la traté cuando papá la llevó a conocerme hace tres años. En ese momento sentí que no podía darle otra arma con la cual manejar mi vida y me hice la indiferente, cuando en realidad lo que deseaba era abrazarlos —relató Jameela con tristeza.

—Dale tiempo, deja que poco a poco te la vayas ganando hasta que podamos explicarle tus acciones. Aún es muy joven para entender algunas cosas —aconsejó Nahla—. Déjala conmigo, yo la ayudaré.

—Está bien, es tan hermana tuya como mía. ¿La enviarás al internado con las chicas?

—Lo consultaré con ella, pero creo que no. Zahira debe aceptarnos como su familia y para eso debe convivir con nosotras. Las chicas se tenían unas a las otras, en cambio ella se sentirá aislada y es muy duro vivir así, lo sé porque me pasó cuando vine a estudiar aquí.

Al regresar a la sala le dieron la noticia a Zahira, la chica se lanzó a los brazos de Nahla agradeciéndole que la acogiera en su casa. La hermana mayor le devolvió el abrazo y, besándole suavemente la cabeza, tomó su cara entre sus manos y le dijo que tanto Jameela como Galal habían estado de acuerdo porque querían lo mejor para ella. Zahira se acercó a Jameela y le dio las gracias con un frío beso en la mejilla, luego se acercó a su prometido hasta pararse frente a él, sus ojos rezumaban frialdad.

—Gracias, Galal, has sido muy amable permitiéndome quedarme con Nahla, ahora me toca crecer antes de convertirme en esposa. Creo que es conveniente que no nos veamos muy seguido, no te sientas obligado a visitarme ni a atenderme, soy claramente consciente de que nuestro compromiso fue una imposición, así que espero que mantengas las distancias. —Dicho eso, dio la media vuelta y se sentó al lado de Nahla, dejando a Galal con la certeza de que le desagradaba profundamente a su joven prometida.

Capítulo 5

La casa de Nahla fue un sueño para Zahira, nunca había sentido tanta paz en su hogar. Su cuñado Jake la recibió con los brazos abiertos. Bashira, la mamá de sus hermanas, la acogió como una hija más; lo que le provocaba extraños deseos de llorar al recordar que, desde que su madre murió, no se había sentido tan querida y aceptada. Le gustaban los niños y la señora Jones, hasta la señora Harriet, el ama de llaves, le caía bien; aunque hablaba poco le gustaba sentarse en la cocina a escucharlas conversar.

Mustafá, el gato, fue una agradable sorpresa. La primera vez que se sentó sobre su regazo se asustó, pero Nahla le aseguró que era amigable. El pequeño descarado frotó su cabeza sobre su mano pidiéndole cariños, con lo que se ganó su amor.

Jade llegó el fin de semana, provocándole una sonrisa cuando, nada más pisar la casa, llamó a gritos a Mustafá y este se lanzó sobre los brazos de su sobrina llenándola de besos y maullidos. Una vez concluido el recibimiento, la chica se levantó con el gato en los brazos, la miró sonriente y le dijo:

—Tú debes ser mi tía Zahira. —Ante el asentimiento de la chica agregó—: Bienvenida, estoy muy contenta de que estés aquí. —Le puso el gato a Jake en los brazos, provocando las protestas de ambos, y la abrazó—. Ni sueñes que te voy a llamar tía, serás Zahira para mí —dijo Jade con una sonrisa descarada. Tomándola de la mano, añadió—: Ven, vamos a mi habitación, tenemos mucho que hablar.

Jade fue un soplo de aire fresco para Zahira, que no tenía amigas, y sí mucha diferencia de edad entre ella y sus hermanas como para hacerles alguna confidencia. Aún no conocía a sus cuñadas, lo haría al día siguiente, pero, aunque no sentía ninguna animosidad hacia ellas, eran hermanas de su prometido, por lo que debía cuidarse de decir lo que en realidad pensaba del patán. En cambio, vio a Jade como su hermana mayor, alguien en quien podría confiar, sin embargo, su naturaleza tímida y discreta la hizo guardar silencio y limitarse a disfrutar de la compañía de su sobrina.

Nahla buscó para Zahira una escuela católica solo para niñas, a pesar de que en Londres existían varios colegios islámicos para chicas. Pensó que si quería cambiar el esquema de sumisión y adoctrinamiento de su hermana debía cambiarla de ambiente. Se decantó por St. Anne's Catholic High School for Girls, debido a que no exigía presentar un examen de admisión, no sabía qué tipo de instrucción tendría su hermana. Esta escuela era una de las de mayor rendimiento y sabía que Zahira podía crecer allí. En Inglaterra la competencia para obtener un cupo en un buen colegio era feroz, además, al visitarla se aseguró de que allí no sería obligada a practicar una religión que no era la suya, pero necesitaba un colegio solo para chicas porque sería un choque cultural menos profundo para su hermana.

Nahla había estudiado en un internado femenino y pensó que la escuela solo para chicas sería lo mejor, porque manejarse en un instituto con varones podría provocar ansiedad en Zahira ya que no estaba acostumbrada al trato con ellos. Una vez pasado el impacto inicial podría hacer otros arreglos.

Lo segundo que hizo fue llevarla al médico, Zahira se mostró excesivamente tímida con Kazim por lo que este le recomendó una doctora amiga. La doctora Soraya Maalouf era de ascendencia árabe, una mujer de mediana edad, ojos amables y sonrisa fácil, que supo ganarse a Zahira con su trato gentil y paciente. El diagnóstico fue una reacción alérgica a uno de los componentes del jabón y acné prematuro, le recetó un tratamiento y cambió todos sus productos de aseo personal a unos especiales para su tipo de piel, asegurándole que con el pasar de los meses vería los resultados.

Zahira comenzó en el nuevo colegio muerta de miedo, pero con la barbilla en alto. Le gustó el elegante uniforme, aunque exigió que la falda de cuadros verdes y color vino tuviese un largo por debajo de la rodilla, así como que las medias negras fueran lo más gruesas posibles para que no se le viera las piernas; respecto a la camisa blanca y la chaqueta color vino no puso impedimentos, siempre que pudiera llevar ambas totalmente abotonadas. Se negó a dejar el *hiyab* en casa.

Había ido con Nahla a conocer el colegio y también después, cuando esta fue a inscribirla, por lo que sabía dónde estaría su clase y conocía su horario. Bajó del coche de su hermana atrayendo sobre sí todas las miradas de las chicas. Aunque había varias musulmanas, chinas e hindúes estudiando en esa institución, sentía todos los ojos puestos en ella.

«El *hiyab* llama mucho la atención», pensó Zahira. Estaba segura de que la

criticarían por usarlo, pero no le importó. Era una mujer árabe orgullosa de su herencia, por lo que levantó la barbilla y pasó por delante de todas las demás chicas enviándoles una mirada desafiante; sin saber que lo que atrajo todas las miradas fueron sus hermosos ojos dorados.

Su barrera más fuerte fue el lenguaje, sabía algo de inglés, pero no lo hablaba con fluidez. Si la profesora explicaba muy rápido estaba totalmente perdida, le costaba entender lo que decían, y hacer las tareas o presentar un examen era un calvario. Después del primer trimestre, ante sus malas calificaciones, Nahla tuvo que contratar una tutora particular que mejorara su comprensión del inglés y que la ayudara a estudiar.

Conoció a Suhana Nehru el primer día de clases, una bonita chica de origen hindú de piel oscura y vivaces ojos negros con un punto rojo que adornaba su frente, entre sus cejas. Su nueva amiga le ofreció un asiento a su lado, la ayudó con su trabajo escolar y a integrarse en el grupo. Aunque su familia provenía de la India, Suhana había nacido en Inglaterra por lo que se sentía dividida entre dos culturas: de cara a su familia respetaba las tradiciones familiares y su religión, pero cuando estaba en el instituto o en la calle, se comportaba como cualquier chica inglesa.

Este comportamiento, en un principio, desconcertó a Zahira, hasta que poco a poco entendió que su modo de pensar no era el único. Ante ella se abrió un abanico de opciones y por primera vez en su vida, se dio cuenta de que podía elegir lo que quería hacer y lo que no. Fue liberador y aterrador a partes iguales, nunca pensó que pudiera ser dueña de su destino, pero lejos de la influencia de su padre y de las restricciones de su religión, su pensamiento poco a poco comenzó a cambiar.

El cambio en la alimentación fue desfavorable para Zahira, siempre había sido de buen comer y ahora contaba con una gran cantidad de comida rápida y procesada que, aunado a su sedentarismo, contribuyeron a que rápidamente ganara más peso del que había perdido desde su compromiso. Con el desarrollo llegó un vello grueso que cubría la mayor parte de su cuerpo, se sentía gorda y fea, triste y furiosa a partes iguales. Su madre había muerto, su padre no la quería y su hermano estaba lejos, su vida no era buena.

Sabía que podía contar con Nahla para cualquier cosa, que su hermana y sus sobrinos la querían. Jameela se desvivía por complacerla y, aunque al principio no quería saber nada de ella, un día Nahla, cansada de la situación, entró en su habitación y le contó muchas de las cosas que habían pasado en la

vida de su hermana, lo mucho que sufrió y el porqué de su comportamiento el día que la conoció. Aunque su corazón se enterneció con su historia y aprendió a quererla, mantuvo cierta distancia porque no quería frecuentar su casa para no tener que ver a su prometido, ni a sus cuñadas. Todas eran tan delgadas y bonitas que en su mente se sintió juzgada, inferior, y por eso las evitaba. Con quien mejor se llevaba era con Ashira, la hija de Jameela, ya que continuamente visitaba la casa si Jade estaba allí. Aunque la quería no tenía una relación íntima con ella, sin embargo, no tendía a esconderse cuando esta llegaba.

Sus calificaciones mejoraron y, aunque nunca llegó a estar entre las mejores de su clase, sí fueron buenas, sin embargo, socialmente se aisló. No quería salir con sus compañeras, no tenía amigas aparte de Suhana, prefería quedarse en casa leyendo, jugando videojuegos o con el ordenador, no tenía vida social. Aunque Nahla trataba de hacer que saliera, para Zahira no había mejor sitio que su cama. Allí, encerrada en su habitación, soñaba con ser otra persona y se odiaba a sí misma por lo que era.

Desesperada viendo que no lograba llegar a ella, Nahla recurrió a una psicóloga que trabajó con la chica para tratar de integrarla socialmente. Zahira seguía sus consejos durante poco tiempo, hacía amigas que duraban una temporada y después volvía a sus viejos hábitos y a su encierro. Nunca le dijo a nadie lo mal que se sentía, lo mucho que odiaba su vida, solo iba con la psicóloga para complacer a Nahla y quitársela de encima. Más tarde vinieron los nutricionistas e internista, todos recomendaban lo mismo: que debía perder peso y no ser tan sedentaria. Zahira odiaba cada consulta. ¿Por qué no podían dejarla en paz?

Capítulo 6

Durante los tres primeros años vio poco a su prometido, lo evitaba siempre que podía, sin embargo, hubo almuerzos obligatorios y reuniones familiares en los que ambos coincidían. Para la fiesta de los dieciochos años de Jade, Galal no asistió. Zahira agradeció que fuera así y realmente se divirtió, bailó con Suhana y dos compañeras que Nahla le pidió invitar y hasta con el novio de Jade.

Su cuñado, Husain, le pidió un baile y, nerviosa, se excusó y se encerró en el baño. Cuando las Al-Husayni entraron al aseo, maldijo mentalmente y subió sus piernas encima del inodoro para mantenerse oculta.

—Pobre Galal, la prometida que le tocó no quiere saber nada de nosotros y en cambio él es tan familiar... Seguramente hará de su vida un infierno —dijo una de las chicas. Zahira no conocía bien sus voces, pero creía que era Karima.

—Todo el tiempo parece malhumorada y nuestro hermano es tan risueño y galante... —agregó Raissa.

—Si no lo quiere como esposo que lo diga, mi hermano no la obligará a casarse con él —esta vez fue Phedre la que habló.

—Y tan fea y mal arreglada que es la chica. Me sorprendió cuando ustedes me dijeron que era la prometida de su hermano, él es tan hermoso —dijo una cuarta voz desconocida.

—¡Cállate, Aliyah! No te metas con Zahira, ella es parte de nuestra familia y no permitiré que hables así de nuestra cuñada —dijo Suleyma—. Y ustedes deberían aprender a ser prudentes y evitar juzgar a las personas, nadie sabe por lo que ella ha pasado ni lo que siente, pidamos a Alá que le permita ser feliz y, si su destino es estar junto a nuestro hermano, que su camino este plagado de rosas.

—Lo siento, Suleyma, tienes razón. Si Jameela nos oye se pondrá muy triste —acepto Karima.

—Es cierto, ella ama a su hermana —expresó Raissa.

—Yo le tengo cariño a mi tía y no pienso que sea mala persona, solo es muy tímida y reservada. Creo que no debe ser fácil para ella todo lo que le ha pasado. La he visto muchas veces en casa de mi tía Nahla y, en la intimidad, se comporta totalmente diferente a como es con ustedes. A lo mejor está mal decirlo, pero quiero más a mi hermano Galal y creo que ella no lo hará feliz porque son muy diferentes —opinó Ashira.

—Creo que debemos dejar que el destino tome las riendas. —Fue lo último que escuchó decir a Suleyma, antes de que las chicas dejaran el baño.

No sabía qué pensar. Sus cuñadas no la despreciaban, aunque estaban preocupadas por su hermano, la defendieron de la tal Aliyah. No les caía mal, quizás cuando se casase con Galal, podría intentar un acercamiento. Jade siempre le decía que eran buenas chicas. Sin embargo, la tal Aliyah se las pagaría, ella era consciente de que estaba pasada de peso, pero no era fea. Además, dijo que su prometido era hermoso, la muy descarada. Él era suyo, su prometido, y la otra mujer no tenía derecho a mirarlo de ese modo.

Poco tiempo después salió del baño, miró a través del salón y vio a sus cuñadas hablando con una chica árabe. Suleyma estaba seria y la chica que no conocía parecía molesta. Se acercó a Jade, que estaba en la barra tomando un cóctel rojo.

—Jade, ¿quién es la chica del vestido blanco que está con mis cuñadas?

—Aliyah, una amiga de Karima, está de visita este fin de semana y me preguntaron si podían traerla. No me cae muy bien, pero era muy descortés decirlo. ¿Por qué?

—Ummm, por nada, solo que no sabía quién era —dijo, mientras su mente fraguaba un plan para devolvérsela.

Vio a la chica salir a la pista de baile con Husain y, pacientemente, esperó a que la canción estuviera finalizando. Pidió un cóctel de frutas sin alcohol, servido en la copa más grande que había. Tomó un sorbo y miró las frutas nadando en el cóctel; con una sonrisa de inocencia, comenzó a caminar hacia la pareja. Los jóvenes reían mientras caminaban directamente hacia ella, cuando estuvieron cerca, Zahira dobló a propósito su tobillo y dejó caer la copa en el pecho de la chica; para dar más realismo, se dejó caer al suelo y se sujetó el tobillo con gesto de dolor. La chica gritó de rabia, sin embargo, Husain, se arrodilló a su lado preocupado.

—¿Zahira, te hiciste daño? —preguntó su cuñado, mientras sus hermanas y Kazim corrían a su lado y la chica protestaba por su vestido.

—Creo que sí, se me dobló el pie, no estoy acostumbrada a los tacones —dijo dolorida de verdad. Kazim, le pidió permiso para examinar su tobillo.

—Esa tonta arruinó mi vestido —se quejó Aliyah

—¡Ya basta, Aliyah! Zahira no es ninguna tonta, fue un accidente —exclamó Jameela.

—¡Pero miren cómo dejó mi vestido! —se quejó furiosa.

—Aliyah, mi hermana aún está en el suelo con dolor, pagaremos la factura de la tintorería y, si la mancha no sale, repondremos el vestido. Como me imagino que no quieres continuar en la fiesta con el traje sucio, dile al chofer que te lleve a casa —dijo Jameela tajante. La chica dio media vuelta y se marchó furiosa.

—No me duele mucho, Kazim, creo que con ayuda podré levantarme.

Después de examinarla, su cuñado le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Cojeando un poco llegó a una silla. Kazim pidió una bolsa de hielo y se la colocó en el inflamado tobillo que se lesionó de verdad cuando ella lo forzó a doblarse. Le dolía un poco, pero valió la pena. «No dejaré ofensa sin cobrar», pensó satisfecha.

Al día siguiente continuaba en cama por mandato de Nahla, Jade entró en su habitación y mirándola le preguntó:

—Dime, ¿qué ocurrió ayer para que le vaciaras encima la copa de cóctel a Aliyah? —«¡Huy!, me descubrieron», pensó Zahira, sin embargo, levantó la barbilla desafiante.

—Estaba en el inodoro cuando entró al tocador con mis cuñadas, me llamó gorda y fea y dijo que Galal era muy hermoso para ser mi prometido.

—Si fuera mi mamá te diría que ignoraras lo que dice la gente, que no vale la pena, que la venganza siempre se vuelve en contra de quien la ejecuta, pero yo te digo: ¡muy bien! —Jade rio fuertemente—. Mira, tomé una foto de cómo quedó, creo que las frutas le llegaron hasta las bragas —dijo enseñándole la foto. Las carcajadas se oyeron hasta el piso inferior y Nahla, inocente, se alegró de oír reír a su hermanita.

Capítulo 7

Estaba muy resentida con Galal. A pesar de que en cada oportunidad que se vieron fue amable con ella, la dejó quedarse a vivir con Nahla y en cada cumpleaños y celebración le enviaba joyas y regalos con una hermosa tarjeta, todas las semanas aparecía en la prensa del corazón con una mujer agarrada a su brazo. La primera vez que lo vio estaba con Jade, la rabia y la decepción le nubló la vista unos segundos. Se obligó a mirar la foto y a leer todo el artículo, lo llamaban «el jeque» y alababan su buen gusto para las mujeres, lo odió en ese momento.

Su comportamiento demostraba que ella no le importaba. Jade decía que ese tipo de publicaciones escribía lo que la gente quería leer, que no necesariamente era cierto y que lo más probable es que fueran amigas o contactos de negocios. Pero él permitía que lo tocaran y las abrazaba como nunca hizo con ella. Algún día se las cobraría.

Sus hermanas decidieron hacer una fiesta para celebrar su cumpleaños número dieciséis, a la que toda la familia Al-Husayni estaba invitada, además de sus amigas del colegio. En ese momento se encontraba en una buena época y estaba tratando de encajar en un grupo. Zahira estaba muy entusiasmada con la celebración, desde que su mamá murió no había tenido un cumpleaños que fuera especial, y estaba feliz de compartirlo con su nueva familia, aunque le faltaba su hermano Ebrahim.

Zahira se atrevió por primera vez a usar un vestido un poco más corto. Aunque aún tenía kilos de más, su piel estaba bonita y el costoso trabajo de ortodoncia que le estaban haciendo había mejorado mucho su sonrisa. El vello de su cuerpo había sido eliminado con un tratamiento láser al que fue empujada por Jade; había tenido mucho miedo, pero su sobrina se lo hizo primero y, al ver el maravilloso resultado, se atrevió. Había quedado muy

contenta con el mismo. Aunque aún no se atrevía a desprenderse del *hiyab*, se sentía más bonita que nunca, Jade la había maquillado y ayudado a escoger el vestido y los zapatos.

Estaba junto a sus hermanas, recibiendo a los invitados, cuando vio llegar a su prometido, estaba guapísimo y en él su esmoquin lucía regio. Al fin entendió cuando sus amigas veían a un chico que les gustaba y decían que se lo comían con los ojos, porque eso fue lo que precisamente hizo. Detalló su cabello engominado, paseó la mirada por las cejas gruesas y por sus ojos verde claro, con ese color característico de los Al-Husayni, e imaginó que sus hijos lo heredarían. Se imaginó a sí misma con un adorable bebé en brazos, regordete y con la misma hermosa mirada. Saliendo de su ensueño volvió a su examen, su nariz perfecta y sus labios gruesos le hacían una muy atractiva cara. El rubor subió a su rostro cuando llegó a su lado y la besó suavemente en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, Zahira —dijo con ojos amables—. Estás muy bonita hoy.

—Gracias —respondió, turbada.

—Estaré pendiente cuando termines de recibir a los invitados, quiero darte mi regalo —añadió Galal antes de entrar al salón.

—Está bien.

Fue todo lo que atinó a decir, su corazón retumbaba en el pecho, todo su resentimiento se evaporó detrás de una nueva ilusión. ¿Le gustaría?, ¿se habría dado cuenta de que ya era una mujer?, ¿qué ya estaba en edad de casarse? Como pudo, terminó de atender sus obligaciones como anfitriona mientras sus ojos buscaban a su prometido entre los invitados. Lo divisó a lo lejos, cerca de la barra, y se acercó discretamente porque le daba vergüenza que él se diera cuenta de que ella lo buscaba. Se sentía tímida, escondida detrás de una planta se dedicó a espiarlo, a llenarse los ojos con su presencia. Vio a la rubia que se acercó a él devorándolo con los ojos, era Gaby, la organizadora de eventos que Nahla había contratado para organizar su fiesta.

—Hola, guapo, ¿cómo has estado? —saludó coqueta, pasando una mano por el pecho de Galal.

—Hola, Gaby, bien, gracias, ¿y tú cómo estás? —respondió él, dando un paso hacia atrás.

—Muy feliz de verte, hace mucho tiempo que no salimos, ¿por qué no vamos a mi casa al terminar este evento? Podemos recordar viejos tiempos

y pasarlo muy bien.

—Gaby, por si no lo sabes, esta es la fiesta de cumpleaños de mi prometida y le debo respeto.

—¿Esa niña es tu prometida?, ¿tan joven? —preguntó con asombro.

—Sí, es mi prometida y me casaré con ella —dijo con seriedad.

—¿Cuándo? Es poco más que una niña—preguntó con asombro.

—Algún día, cuando crezca. Aún falta mucho para eso, pero estamos en su cumpleaños y no la humillaré coqueteando con otra mujer.

—Ya, es gracioso, sales en la prensa con una mujer colgando del brazo todo el tiempo.

—Mi prometida es una chica de buena familia que no lee esas publicaciones maliciosas y, además, como toda mujer islámica, es discreta, juiciosa y tranquila. Yo tengo mi vida privada que nada tiene que ver con ella porque... —Zahira huyó del lugar, por lo que no escuchó lo siguiente—. ... todavía es una niña. Soy diez años mayor, pero te aseguro que cuando ella esté preparada nos casaremos y será la única mujer que existirá para mí, por lo tanto, nunca volveré a salir contigo. Cuando lo hicimos, Zahira aún no había llegado a mi vida, pero tú trabajas con sus hermanas y no permitiré que el día de mañana llegue a sus oídos que tuvimos una relación, así que te pido que no me busques más porque estas fuera de mis límites. Que pases buena noche.

Zahira estaba encerrada en un baño ahogando las lágrimas que querían salir de sus ojos, las contuvo a fuerza de rabia. Era una estúpida, Galal la seguía viendo como una niña y utilizaba a otras mujeres para su placer, pero ella sería la esposa que tendría en su casa cuidando de sus hijos, mientras él seguía de mujeriego por la calle. No podía hacer nada por el momento, no podía romper el compromiso porque si no, su padre vendría para llevarla de nuevo a Arabia Saudí y la obligaría a casarse con algún otro hombre, que quizás fuera peor que Galal. Había aprendido mucho acerca de cómo era su progenitor viendo lo que había hecho con sus hermanas, esperaría que fuera grande, mayor de edad, para echarlo de su vida. No le interesaba casarse con un hombre así, pero por ahora le tocaba estar callada y portarse bien. ¡Qué se jodiera Galal! No quería volver a verlo, sobreviviría esa noche y después ya vería que hacer.

Jade la encontró retocando su maquillaje, miró su cara enrojecida y, preocupada, le colocó la mano en la frente.

—¿Estás bien? —preguntó su sobrina.

—Sí, un poco acalorada, pero me siento bien —respondió Zahira con seguridad.

—Estaba preocupada, la cena ya va a empezar y Galal te estaba buscando para darte su regalo.

—Tendrá que ser después de la cena, no podemos hacer esperar más a los invitados, deben tener hambre.

—Tonterías, esto es más importante —respondió Jade enlazando su brazo con el suyo. Zahira no contestó.

Llegaron al salón bellamente decorado, y se dirigieron a la mesa de la familia, donde se sentó entre Nahla y su prometido. El jeque estaba presente y como su *wali*, agradeció a todos su asistencia. En su discurso habló de cuando ella llegó al palacio para convertirse en la prometida y futura esposa de Galal, también dijo que, como ese día cumplía dieciséis, le daba formalmente la bienvenida a la familia Al-Husayni. Todos aplaudieron las palabras del jeque. En ese momento, Galal se levantó de la mesa y, tomándola de la mano, la puso de pie, sacó un estuche de su bolsillo y lo abrió.

—Mi regalo para ti, Zahira, es este anillo de compromiso con el que ratifico mi promesa de casarme contigo —expresó solemnemente, mirándola a los ojos.

¡Cuánto quiso escuchar eso! Había estado muy ilusionada cuando lo vio, se había permitido creer que podían tener un futuro y estaría muy feliz si no hubiese escuchado su conversación con Gaby. Él pensaba que era... ¿cómo dijo? Discreta, juiciosa y tranquila. Que lo siguiera pensando, cuando fuese mayor le demostraría quién era Zahira Sfeir.

Capítulo 8

Se perdió la graduación de Jade, inventó un examen para no ir. Lo había lamentado, pero no quería ver a su prometido y estaba segura de que él iría, porque en ese mismo acto también se graduaba su hermana Suleyma. Había pasado casi un año desde su cumpleaños, y cada vez que había vuelto a ver a Galal, había comprobado que su rabia aún estaba viva, por lo que prefería evitarlo siempre que le fuera posible.

Llegó el verano y con él las vacaciones escolares. Zahira le pidió a Nahla que la inscribiera en un campamento, pasaría cuatro semanas en Escocia con su amiga Suhana y otras compañeras del colegio. Su hermana estaba encantada de que saliera y se divirtiera por lo que aceptó, sin saber que lo que en realidad quería era huir de Galal. Pasó todas sus vacaciones leyendo, jugando videojuegos y durmiendo o, lo que es lo mismo, casi todo el tiempo encerrada en su habitación.

Suhana luchaba a diario con ella para que se integrara en los juegos y paseos, pero muy rara vez lo lograba. Zahira cada día estaba más encerrada en sí misma, carcomiéndose en su rabia y dolor. Cuando llegó a casa tenía más peso que antes de irse.

Al final de ese verano ocurrieron dos cosas que marcaron su existencia. La primera de ellas fue que Ebrahim llegó a Londres para estudiar, llevaba tres años sin verlo, sin poder hablar con él, y estaba muy nerviosa. ¿Y si ya no la quería?, ¿y si la odiaba por haberlo abandonado? No sabía qué explicación le habrían dado su padre o Anisa, pero estaba segura de que no había sido buena.

Caminaba de arriba abajo en la puerta de salida por donde debía llegar su hermano, cuando de repente lo vio; más grande, más alto. Se miraron fijamente un rato, mientras el corazón daba una loca carrera en su pecho y sus ojos ansiosos esperaban una reacción por su parte, un pequeño indicio de lo que su hermano pensaba o sentía. En el momento en que una sonrisa coloreó sus facciones corrió hacia él y su hermano también arrancó a abrazarla. ¡Oh, qué bueno era tenerlo de nuevo en sus brazos! Su niño, el legado más hermoso que

su madre le había dejado.

—¡No sabes cuánto te he extrañado, hermana!

—No más de lo que yo te he extrañado a ti —respondió cubriéndolo de besos.

Poco tiempo después, Zahira se volvió buscando a sus hermanas, al mirarlas, vio sus ojos llorosos y por dentro sonrió, ellas amarían a Ebrahim tanto como lo amaba ella. Nahla y Jameela eran adultas, tenían una buena posición económica, con maridos fuertes que se desvivían por complacerlas y podrían proteger a su hermano de la ambición de su padre. Finalmente podía respirar tranquila.

—Ebrahim, déjame presentarte a nuestras hermanas Nahla Steel Sfeir y Jameela Al-Husayni Sfeir. Hermanas, este es nuestro hermano Ebrahim.

El chico las miró evaluándolas, estas eran las mujeres de dudosa moralidad que su padre le advirtió, desafiante, les dio una inclinación cortés de cabeza. Si su padre supiera que su querida hija Zahira andaba en compañía de semejantes mujeres se enfurecería, ya hablaría con el jeque para quejarse de la situación y para que le prohibiera a Zahira todo contacto con ellas.

Como sucedió cuando llegó Zahira, Jameela había preparado una comida de bienvenida para su hermano. Ebrahim frunció el ceño cuando se dio cuenta de que, en los períodos que no estuviera en el internado, se quedaría en esa casa. Antes de que pudiera hablar con el jeque, Zahira les pidió a sus dos hermanas que permitieran a su hermano quedarse con ella, eso lo alegró mucho hasta que se dio cuenta de que su hermana vivía en casa de Nahla.

Esa misma noche, tarde como era su costumbre cuando era un niño pequeño, fue a la habitación de su hermana. No para colarse en su cama como solía hacer, sino para tener una seria conversación con ella. A medida que Zahira le relataba cómo su padre la había tratado a ella y a sus hermanas mayores, Ebrahim endurecía su mirada. Zahira nunca le había mentado, pero había pasado mucho tiempo desde que se vieron por última vez, se quedaría, pero la vigilaría, porque no quería creer que su padre hubiese actuado con tanta crueldad hacia ella.

La segunda cosa que impactó a Zahira fue que, al regresar del campamento, se encontró con la noticia de que Jade se iría a los Estados Unidos a hacer un postgrado. Después de la partida de Ebrahim y de su sobrina se sintió más sola y triste que nunca. Tenía diecisiete años y, al comenzar su último año escolar, tocó fondo anímicamente. Pensaba en hacerse

daño continuamente, hasta el punto de que Suhana la encontró con una cuchilla a punto de cortarse.

—¿Qué demonios haces? —dijo golpeándola en la mano—. Tira eso. ¡Maldición, Zahira, tíralo!

Obedeció y se dejó caer en el suelo del baño llorando. Finalmente, le abrió su corazón y pudo hablar con alguien de cómo se sentía en realidad. Mucho tiempo estuvo su amiga abrazándola y consolándola.

—Quiero que vayas con Nahla y le cuentes esto que me has dicho a mí —dijo Suhana seriamente.

—¡NO! —negó categóricamente Zahira

—Escúchame bien, te quiero como a una hermana y no te perderé, no permitiré que te hagas daño. O se lo dices tú o lo hago yo, tienes hasta mañana para hacerlo.

—No me hagas hacer eso, por favor —suplicó Zahira.

—No me dejas opción, Zahira, y que no se te ocurra echarme de tu vida, porque vendré todos y cada uno de los malditos días hasta que me quieras de nuevo. ¿Acaso no entiendes lo importante que eres para mí?

Esa noche, Zahira fue hasta la habitación de Nahla mientras Suhana esperaba en su dormitorio, se había negado a marcharse y dejarla sola, era mejor amiga de lo que ella merecía. Nahla escuchó con el corazón en un puño mientras su hermana le decía que necesitaba ayuda de un psiquiatra. Le habló de su rabia y de su dolor, de la continua tristeza que sentía todo el tiempo, de las ganas de hacerse daño y de su imposibilidad de salir de su cama en las mañanas. Había tocado fondo y no quería seguir así, quería sentirse bien y ser feliz, pero parecía que la felicidad estaba cada vez más lejos.

Esa noche, Nahla lloró en brazos de Jake al creer que no había sido suficiente para Zahira, odió a su padre por hacerla sentir que no valía nada, por no querer a esa niña tan sensible, y se prometió que lucharía por ella. A medianoche se levantó y fue a su habitación a mirarla dormir, su amiga Suhana estaba acostada a su lado. Dio gracias a Dios por ese ángel que había llegado a la vida de su hermana para ayudarla. Sin poder contenerse más, fue hasta el teléfono y llamó a Jameela, porque nadie más la amaba como ella y podría entenderla.

Al día siguiente, Nahla le anunció que había logrado encontrar una cita con un psiquiatra. Esa tarde la acompañó a verlo junto a Jameela, demostrándole que no estaba sola, que tenía una familia que la amaba. Por tercera vez, habló

con alguien de cómo se sentía, de sus pensamientos de rabia y del dolor que había pasado desde la muerte de su madre. Pero esta vez tendría ayuda y eso la alivió, para ella fue como si hubiese salido del armario, porque el secreto de cómo se sentía la estaba carcomiendo por dentro.

El psiquiatra, después de escucharla, le hizo muchas preguntas, para explicarle más tarde que sufría de una depresión. Le recetó tratamiento antidepresivo y la remitió con un psicólogo para que comenzara con las terapias.

Con el transcurrir de las semanas empezó a sentirse mejor, el tratamiento farmacológico recetado por el psiquiatra estaba haciendo efecto y su terapia con la psicóloga iba muy bien, esta le recomendó hacer ejercicio para segregar endorfinas y sentirse mejor. Cuando se lo comentó a Suhana, su amiga decidió hacerse cargo de su entrenamiento. Comenzaron caminando, apresuraron el paso a medida que Zahira perdía peso y, cuando había bajado quince kilogramos, empezaron a correr. Cada kilómetro que corría sin detenerse era una victoria que le hizo ganar confianza en sí misma.

Habló con Nahla y con Jameela y les pidió que la ayudaran a evitar a Galal, les dijo que en ese momento no necesitaba el estrés de verlo y sus hermanas entendieron. De su familia solo sabían de su estado, Nahla, Jake, Jade, Jameela y Kazim, quienes prometieron guardar el secreto de su condición y hacer lo que fuera necesario para protegerla y, si eso era mantenerla lejos de su prometido mientras se recuperaba, así sería.

Fue en esos meses cuando murió la señora Jones, Zahira sintió mucho su muerte porque la anciana siempre la consintió y estuvo pendiente de ella. Cuando Jade vino al funeral se sorprendió mucho al verla tan cambiada. Zahira le contó por lo que estaba pasando y su sobrina se alegró profundamente de ver lo mucho que había mejorado.

Cuando Galal llegó al funeral, uno de los guardaespaldas del servicio de seguridad de Jake les informó de la llegada de su prometido. Zahira se refugió en la habitación reservada a los familiares y Nahla le dijo a Galal que la había enviado a casa con una migraña. Lo esquivó en cada cumpleaños, navidad y cuanta celebración hubo.

Para el día de su graduación había perdido veinte kilos y se sentía fabulosa, esa noche salió de celebración con sus amigos. Llevaba puesto un vestido acorde a su edad y sin el *hiyab*. En la euforia provocada por el baile y por un par de cócteles, se atrevió a besar a un chico por primera vez. Aunque

no fue la gran cosa, se sintió libre y feliz, podía hacer lo que quisiera, la vida mejoraba a pasos agigantados.

Escogió una universidad al norte del país, en Durham, a tres horas en tren desde Londres; con lo que puso distancia entre ella y Galal. Esta vez no se perdió la graduación de su sobrina, se fue a los Estados Unidos con toda la familia y lo disfrutó enormemente.

Suhana había escogido la misma universidad que ella, por lo que prefirieron compartir un apartamento en vez de quedarse en el campus. El psiquiatra y la psicóloga que la trataban trasladaron su caso a otros colegas en Durham para que continuara su tratamiento. Siguió con su programa de ejercicios y fue en ese año cuando llegó a su peso ideal. Se sentía muy bien, había superado su depresión y la vida le sonreía. Poco a poco el médico comenzó a retirarle los antidepresivos, aunque continuó en terapia.

Zahira y Suhana se inscribieron en clases de danza árabe. Por primera vez en su vida se sintió bella y atrevida. Sus caderas se movían con ritmo propio y un nuevo mundo de sensualidad se abrió ante sus ojos. Finalizando el primer año, la escuela de danza hizo una representación pública para familiares y amigos y, a pesar de ser novatas, las incluyeron por lo bien que lo hacían. Ninguna de las dos se atrevió a invitar a su familia porque la danza era demasiado atrevida para sus ultraconservadores familiares.

Sus calificaciones para el primer año de la universidad fueron excelentes, lo único que empañaba su nueva vida era las notas sobre su prometido que aparecían en la prensa amarilla. Empezó a aparecer con una chica llamada Beatriz Cifuentes, hija de un rico empresario español, y que paradójicamente trabajaba para las empresas del grupo Al-Husayni, en una de sus oficinas. Cada vez que veía una noticia de su prometido con alguna mujer colgada de su brazo ardía de rabia y se las desquitaba besando a algún hombre en un bar y bailando atrevidamente encima de barras y mesas.

Capítulo 9

Cuando llegó el verano no quería volver a casa, encontró un trabajo en un campamento para chicos y decidió quedarse. Solo volvió a Londres el tiempo suficiente para ver a Ebrahim. Su hermano salió del internado y a los dos días partió hacia Arabia Saudí para pasar las vacaciones con su padre, lo único que lamentaba de haberse ido tan lejos era el no poder verlo muy seguido.

A sus catorce años, Ebrahim era un chico serio y responsable, muy cariñoso con sus hermanas que lo consentían a morir, era el niño de los ojos de todas ellas. Sus recelos anteriores habían desaparecido bajo las capas de amor que recibía. En la cultura occidental aprendió que todas las personas tenían derecho a tomar las decisiones que mejor le parecieran y que debían ser respetadas. Además, el amor y la paz que encontró en el hogar de Nahla fueron cambiando su modo de pensar, por lo que cada día le era más difícil ocultarle a su padre lo feliz que era viviendo en Inglaterra al lado de esas mujeres que él tanto despreciaba.

Su segundo año en la universidad pasó entre estudios, bailes y fiestas. Se sentía magníficamente bien, como si la vida le sonriera, y durante ese lapso volvió poco Londres.

Cada cierto tiempo recibía llamadas y mensajes de su prometido, quería verla y que comenzaran a conocerse antes de iniciar una vida en común. Zahira bloqueó su número, no lo quería en su vida. Porque, a pesar de todas las desilusiones sufridas, Galal era el único hombre que tenía el poder de hacerle daño y no pensaba permitirlo, mucho esfuerzo le había costado llegar a un equilibrio. Con el tiempo rompería su compromiso, pero por el momento le era más cómodo mantener la fachada a ojos de su padre.

Comenzando el verano fue invitada a la boda de Suleyma, esta era una invitación que no podría rechazar, no sin romper su compromiso

definitivamente. A pesar de que eso era lo que deseaba, en ese último año había recibido algunas llamadas de su padre preguntándole cuándo se casaría así que, aunque era mayor de edad y no podía llevársela por la fuerza a Arabia Saudí, prefirió mantener la mentira todo lo que pudiera ya que de ese modo se sentía más segura.

Había pasado tres años sin ver a Galal, tal vez era hora de aclarar el panorama. Iría a la boda, sin embargo, una cosa era lo que se planeaba y otra lo que ocurría. El día que debía partir hacia Londres para asistir a la boda de Suleyma, amaneció enferma; al parecer comió algo en mal estado en el campamento, porque pasó toda la noche vomitando, después se descompuso del estómago y empezó la fiebre. Fue al médico y le colocaron antibióticos porque le diagnosticaron una infección intestinal, pasó tres días sin poder salir de la casa. Llamó a Nahla desde el hospital para informarle de su enfermedad, su hermana le dijo que no se preocupara que ella justificaría su ausencia, no se inquietó mucho y decidió dejarlo en manos del destino. «Lo que ha de ser, será», pensó antes de dormirse.

Días más tarde recibió una llamada de su padre. Acababa de llegar de trabajar, y estaba cansada después de pasar el día entreteniéndolo a niños de once años. Le gustaba su trabajo, pero a veces era agotador. Cuando su móvil repicó, contestó la llamada y apenas le dio tiempo de decir hola cuando escuchó los gritos de su padre.

—¿Qué has hecho? Tu prometido quiere romper el compromiso contigo y no lo permitiré.

—*As-salamaleikom*, padre.

—¡No me vengas con eso, Zahira! Dime, ¿qué has hecho? ¿Por qué tu prometido quiere romper el compromiso?

—No tengo ni idea, padre, pero igual no quiero casarme con él. —La determinación de su voz convenció a su padre de que hablaba en serio.

—¡Te casarás con él! —gritó el señor Sfeir.

—No, padre, no lo haré. Déjeme en paz y olvídeme, como ha hecho todos estos años.

—Eres mi hija y me debes obediencia.

—No le debo nada, padre, ¿acaso olvida que cedió mi custodia al jeque Azim Al-Husayni?

—¡Insolente! Te daré una paliza y te arrancaré la piel a tiras.

—Atrévase a ponerme una mano encima y lo denunciaré con la policía,

aquí no tiene poder sobre mí y nunca regresaré con usted. Mi vida está aquí donde soy libre, merezco ser feliz, padre, así que déjeme en paz.

—¿Te atreves a desafiarme? Pues prepárate, hija, porque no tendré compasión de ti —dijo suavemente antes de cerrar el teléfono, dejando a Zahira temblando por el enfrentamiento.

Unos días después recibió otra llamada que la preocupó, Jade le pidió pasar unos días en su compañía, su voz era ronca como si estuviese llorando. No dudó en decirle que las puertas de su casa estaban abiertas para ella, amaba a su sobrina. Ese día era su descanso de trabajar en el campamento, por lo que decidió salir temprano a comprar comida, al bajar le informó al portero del edificio que esperaba la llegada de Jade y cuando regresó decidió limpiar el apartamento.

A mediodía el telefonillo interno sonó, el conserje le anunció la llegada de su padre. ¡Maldición! No quería verlo, pero sabía que era mejor terminar de una vez con ese asunto. Lo esperó en la puerta tal y como estaba vestida, con un viejo pantalón de chándal y una camiseta. Su padre, al verla de ese modo, endureció sus facciones y entró en su casa mirándola despectivamente.

—*As-salamaleikom*, padre.

—Ya veo por qué te dejó tu prometido, una mujer decente no se viste de esa manera. ¿Dónde están tu *abaya* y tu *hiyab*?

—Hace mucho que no los uso y no volveré a hacerlo nunca. Dígame, padre, ¿qué quiere?, ¿por qué está aquí si ya conoce mi posición?

—¡Descarada! —gritó enfurecido su padre—. Tienes dos opciones, o regresas conmigo para casarte con otro hombre, un jeque del desierto, o te las arreglas para casarte con Galal Al-Husayni. Aún tienes tiempo porque el compromiso, aunque tambaleante, sigue en pie. Necesito una alianza poderosa para mantener fuertes mis negocios y ellos dejaran de apoyarme si tú rompes el compromiso.

—Ni lo uno ni lo otro, padre. No regresaré con usted, ni loca volveré a Arabia para que negocie con mi vida como hizo con mis hermanas. Soy mayor de edad y en este país no puede obligarme a nada, ya presenté la solicitud de residencia, pedí asilo alegando que mi vida corre riesgo en caso de volver a casa.

—¡Eres una estúpida! —levantó su mano para golpearla.

—¡Hágalo y lo envié preso! —le gritó Zahira acercándose a él desafiante—. Deme un alegato de refuerzo para mi solicitud de asilo —dijo con voz más

baja y regodeándose en su victoria.

—No me dejas otra opción, me llevaré a Ebrahim y lo enviaré al desierto. Cuando cumpla los dieciséis años se casará con una de las hijas del jeque, tiene una de veinte años que acaba de enviudar, será una buena esposa.

—¡No!, no puedes hacer eso. ¡Tiene un acuerdo con el jeque Azim!

—Que se romperá en el momento en que se rompa tu compromiso. Así que, ¿quién será?, ¿tú o Ebrahim?

—¡Le odio! —le gritó con rabia.

—¡No me importa que me odies, solo que me obedezcas! —gritó su padre en respuesta.

El timbre de la puerta sonó sobresaltándola.

—Zahira, soy Jade, abre por favor.

¡Maldición! No quería que su padre la viera, debía protegerla, él era capaz de hacerle algún desprecio o insulto si se enteraba que era la hija de Nahla. Además, no quería que Jade se enterara del chantaje de su padre.

—Está bien, padre, usted gana. Me casaré con Galal —dijo en voz baja—. Ahora por favor váyase, no quiero que mi amiga se enteré de su chantaje.

—No me creas idiota, Zahira, Jade es la hija de Nahla, mi nieta, pero no te preocupes, ya me marchó. Tienes dos semanas para ponerle fecha a la boda y un máximo de tres meses para casarte si no, vendré por Ebrahim.

—Padre, mantenga a mi hermano con usted estas dos semanas, pero luego lo quiero aquí conmigo. Hasta el día de mi boda Ebrahim vivirá aquí y después regresará al internado. No se atreva a llevárselo porque despertará mi furia y no sabe de lo que soy capaz, no tendrá un lugar donde esconderse.

—Te concedo eso, pero cumple con tu obligación y todo estará bien.

—Haré lo que usted desea, espere las noticias —respondió Zahira resignada.

—Adiós, hija —dijo el hombre satisfecho.

Su padre abrió la puerta, miró a su nieta con el ceño fruncido y siguió su camino.

—Pasa, Jade, llegaste temprano —dijo Zahira tranquilamente, como si su mundo no se acabara de desmoronar.

—Sí, salí más temprano. ¿Quién era ese hombre? —preguntó Jade con preocupación.

—Mi padre —dijo Zahira sin querer dar más explicaciones.

—¿En serio? ¿Y qué demonios quería después de haberte ignorado todos

estos años? —preguntó Jade.

—No quiero hablar de él, estoy preocupada por ti. ¿Qué diablos pasó que tienes los ojos hinchados? —respondió Zahira esquivando la pregunta.

Jade abrió la boca para contarle a Zahira, pero no pudo hablar, las lágrimas comenzaron a rodar de nuevo por sus mejillas y llorando, abrazó a su tía. Largo rato después, cuando logró calmarse, pudo darle un relato coherente de lo sucedido. Necesitaba hablar, desahogarse y tiempo para sanar un poco antes de enfrentarse al mundo, por eso no se dio cuenta de la rabia que oscurecía la mirada de su tía.

Un plan empezó a fraguarse en su cabeza. Se casaría con él, pero haría las cosas a su manera, no sería una víctima ni de su padre ni de Galal. El tiempo donde le importaba la opinión de los demás había pasado, no sería de nuevo esa niña que vivía con dolor. Todos ellos sabrían quién era Zahira Sfeir.

Capítulo 10

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó su amiga Suhana mirándola a través del reflejo del espejo de su tocador donde Zahira se pintaba los labios.

—No, pero es lo que tengo que hacer y es lo que él se merece —respondió con el ceño fruncido mientras examinaba su maquillaje.

—Te odiaré, ¿lo sabes? No quiero verte lastimada de nuevo, eres mi mejor amiga y te quiero —dijo Suhana a su espalda.

Zahira volteó a mirar a Suhana y sus ojos dorados inmediatamente se suavizaron.

—Yo también te quiero —su mirada adquirió determinación mientras hablaba—. No creo que me odie. Según Jameela mi prometido es todo un caballero con un instinto protector muy desarrollado, él cuidará de mí después de que todo explote.

—Entonces, ¿por qué no lo hablas con él? Podría acceder a casarse si le cuentas la amenaza de tu padre.

—Haré las cosas a mi manera, no soy una maldita víctima de mi padre. Me cabrea su chantaje, se metió con Ebrahim y eso nunca se lo perdonaré. Me casaré con Galal y obedeceré su mandato, pero esto lo voy a hacer a mi manera, con todo el escándalo que pueda provocar. Para que se avergüence y para darle su merecido al cabrón de mi novio por ponerme los cuernos durante todos estos años. Galal destapó la olla por intentar romper nuestro compromiso.

—Solo se han visto en pocas ocasiones desde que se comprometieron hace siete años. No puedes culparlo por pensar que no quieres casarte con él ni por satisfacerse por ahí. Tú eras una niña. ¿Aspirabas el celibato de un hombre joven? Por otra parte, ¿no crees que te reconocerá?

—No me reconocerá, recuerda que hace tres años que no nos vemos. Lo único que podría reconocer es el color de mis ojos y para eso usaré las lentes de contacto. Ahora mis ojos son oscuros, él solo recuerda a una adolescente regordeta y fea con el cutis lleno de granos y los ojos amarillos.

—¿Crees que es la mejor forma de comenzar un matrimonio? ¿Engañándolo? —Suhana continuó en su intento de disuadirla.

—¿Me lo dice la chica que hizo que le reconstruyera el himen para engañar a su marido en la noche de bodas? —preguntó Zahira levantando una ceja.

—Lo sé, fui una loca al acostarme con Samuel en el primer año de la universidad, pero estaba muy enamorada y dispuesta a dejar a mi familia por él; cuando el muy malnacido solo quería experimentar con una virgen. Accedí a casarme con Nimai, es un buen hombre y me gusta, además ahora entiendo que necesito a mi familia. Si no me caso los perderé, y debo ser virgen para poder casarme. Estás desviándome del tema. ¿Crees que él te perdonará el engaño?

—No me importa si no lo hace, sólo me interesa casarme para que papá no se lleve a Ebrahim. Después de que mi hermano cumpla la mayoría de edad me divorciaré, no amo a Galal.

—¿En serio? ¿Lo dice la chica que tiene una caja del tamaño de una lavadora llena de recortes de su prometido? ¿La misma que se dejó besar por un desconocido estando ebria, la vez que salió una foto comprometedor de él con otra mujer en la prensa amarilla? —preguntó Suhana irónicamente.

—Eso está superado, ya Jade no compra esa porquería de revistas. —Fue la respuesta de Zahira mientras se colocaba las lentes de contacto.

—Eso fue hace menos de un año. Cada vez que sale una foto de Galal con otra mujer tú haces una locura; y no necesitas a Jade para eso, tú solita la compras. ¿O crees que no he descubierto tu nueva colección oculta bajo la cama?

—No importa, ya lo decidí. ¿Contactaste con tu amiga *paparazzi* para que nos fotografiara?

—Sí, sabe que es a Galal a quien seguirá, pero no sabe que eres tú la mujer que estará con él.

—Bien. ¿Le dijiste que esperara mi salida de su apartamento?

—Sí, ya lo sabe y todo está listo. Sólo recuerda pasarme un mensaje con la dirección para dárselo a ella por si acaso los pierde.

—Está bien, lo haré.

Se dio una última mirada en el espejo, levantó la barbilla y sonrió. Era hora de la seducción. La venganza acababa de comenzar.

Zahira entró en la galería de arte donde se suponía que estaría Galal. Las dos semanas de plazo que le había dado su padre casi habían terminado, pero le había costado mucho encontrar el sitio perfecto. El detective que contrató para seguir los pasos de su prometido e investigar sus próximos compromisos sociales, también le consiguió la entrada para esa exposición. Al bajar del taxi las piernas le temblaban de los nervios, subió la pequeña escalinata cubierta por alfombra roja y entró a la galería detrás de un grupo numeroso. La estancia resplandecía con las luces brillantes y la decoración *vintage* que resaltaba las pinturas que se exponían.

Caminó con cuidado en sus tacones altísimos, estaba empezando su recorrido cuando una leve brisa le provocó un escalofrío. La tela de su largo vestido negro era muy ligera, su espalda quedaba casi totalmente descubierta, atravesada por infinidad de cintas en diagonal que formaban una equis y que sostenían la prenda desde el hombro hasta las caderas. Había cortado su larga cabellera negra a media espalda y pintado en un tono castaño con las puntas más claras que, aunado al bronceado que había adquirido en el campamento, le daba un aire sexy de chica de playa. Su maquillaje era sutil para contrastar con el rojo oscuro de sus labios y lo atrevido del vestido.

Mientras admiraba los cuadros, un camarero pasó repartiendo champán, tomó una de las copas que este le ofreció y dio un sorbo solamente, queriendo obtener un poco de valor de la bebida sin que se viera nublado su juicio, porque debía mantener la cabeza fría. Continuó paseando por la exposición, aunque había visto de reojo entrar a su prometido, tan guapo y elegante como siempre. Lucía un traje oscuro con una camisa gris claro y la corbata en un tono gris plomo, sus gemelos y pisacorbata eran plateados, muy discretos y varoniles. Su pelo húmedo evidenciaba que se acababa de duchar, sin embargo, un rastro de barba endurecía sus facciones señal inequívoca de que no se había vuelto a afeitarse.

Su habitual acompañante estaba de viaje en España y Zahira agradeció su buena suerte. Lo que en un principio le pareció totalmente a favor de sus planes hoy le había preocupado, ya que se le ocurrió que, al verse sin pareja, tal vez Galal decidiera quedarse en casa.

El acercamiento sería sutil, no debía apresurarse al abordarlo porque

podría rechazarla. Si lo hacía, no le quedaría más remedio que contactar al jeque para exigir que la boda se celebrase y no quería hacer eso. Quería que Galal se sintiera exactamente como ella, sin opciones, que se viera obligado a un matrimonio que no deseaba. «Si yo soy infeliz con esta boda, él también debe serlo», pensó con resentimiento. Una vocecita en su cabeza, a la que obligó a callar, le dijo que ella pudo haber sido muy feliz a su lado si no hubiese escuchado a escondidas lo que Galal pensaba.

Un hombre que llevaba un rato admirándola, se acercó por detrás y le susurró al oído, sobresaltándola al sacarla de sus pensamientos.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Esa es una línea muy usada —respondió sarcástica tratando de esquivarlo. El hombre se movió bloqueándole el paso.

—Vamos, eres una linda chica, si estás sola con ese vestido es porque estás buscando un hombre —señaló el desconocido, visiblemente bebido.

—Puede que sea cierto, pero usted me parece absolutamente desagradable, así que déjeme en paz —replicó tirando de su brazo.

—¿La está molestando este hombre? —preguntó Galal poniéndose a su lado.

—El señor ya se retiraba —dijo Zahira levantando la barbilla.

—Sí —respondió el hombre mirándola de arriba abajo—, esta tipa es una *calientapollas*.

Galal sintió la rabia ascender por su columna y explotar en su cabeza, tomó al hombre por la chaqueta y lo empujó contra la pared sacándole el aire de los pulmones.

—¡Idiota! ¡Discúlpate inmediatamente con la señorita! —ordenó mientras lo sostenía por el cuello

—No hace falta que se disculpe, solo quiero que me deje en paz. —Zahira trató de impedir el enfrentamiento, no quería que el incidente trascendiera, ni que interrumpiera sus planes.

En ese momento llegó el personal de seguridad del evento y escoltó al individuo fuera de las instalaciones de la galería. Zahira volteó a mirar a su salvador.

—Muchas gracias, señor...

—Galal Al-Husayni, pero llámame Galal, por favor —contestó extendiendo su mano.

—Gracias, Galal, soy Katia —dijo Zahira extendiendo su mano con

coquetería.

—Mucho gusto, Katia —respondió sosteniendo aún su mano.

—¿Podrías devolverme mi mano, por favor? —pidió Katia risueña.

—Perdona. —Galal se disculpó con una sonrisa avergonzada—. Es cierto lo que dijo el hombre, eres una mujer sumamente hermosa.

—Gracias. —Fue la suave y ruborizada respuesta de la joven.

Galal no podía separar su mirada de la chica, la atracción que sintió por ella lo atravesó como una flecha. Era hermosa, pero también increíblemente sexy. Quería saber todo sobre ella, llevársela de allí y hacerla suya. Nunca había sentido algo así por una mujer y, ahora que estaba casi libre de su compromiso, podía pensar en una nueva relación. ¿Relación? La atracción que sintió por ella le tenía nublado el juicio.

Zahira apuró el resto del champán que aún permanecía en su copa e hizo señas al camarero de que la retirara. Ahora que estaba a solas con él no sabía qué decirle ni cómo seducirlo. No quería ser muy directa ya que sentía que podía correr el riesgo de ser rechazada. ¡Maldición! Si al menos lo conociera para saber lo que le agradaba o no.

—¿Ya viste todos los cuadros? —preguntó casualmente Galal, al tiempo que le ofrecía su brazo para empezar a caminar.

—Sí, hay algunos interesantes, pero otros me parecen más de lo mismo.

—Opino igual que tú, ¿quieres marcharte? Podemos tomar una copa por ahí o cenar, si tienes hambre.

—Me gustaría una copa y quizás algunas tapas, nada muy elaborado.

Salieron de la galería y caminaron tomados del brazo hasta el aparcacoches. Galal pidió su coche y, mientras esperaban, le pasó un dedo desde el lóbulo de la oreja hasta la barbilla, en una caricia sutil que le puso a Zahira las piernas de gelatina. Se miraron a los ojos con intensidad, con hambre. El trance fue roto con la llegada del vehículo, subieron a este y antes de arrancar, Galal la miró.

—¿Quieres ir a un bar o prefieres ir a mi apartamento por esa copa? Te prometo que algo habrá de comer.

El corazón de Zahira latía apresurado, había llegado el momento. Tenía sus dudas porque las cosas no estaban saliendo con la frialdad que esperaba, con la que las planeó, se sentía muy caliente y nerviosa. La mirada del hombre reflejaba hambre, pero no de comida, la deseaba. Armándose de valor, la joven imitó su acción pasando un dedo desde el interior de la rodilla del

hombre subiendo por el muslo, pero antes de llegar a su ingle retiró su mano, levantó la mirada y la ancló en sus ojos.

—Me encantaría ir a tu casa —susurró con voz enronquecida.

Galal sintió que se endurecía, había pasado mucho tiempo desde la última vez que se llevó a una mujer a la cama. A partir de la llegada de Halim y sus locuras, la prensa había empezado a perseguirlo. A sus hermanos y a él los llamaban los jeques, trataba de ser discreto, pero de nada había servido. No podía hablar más de diez minutos con una mujer porque publicaban que ya la había metido en su cama. Eso había restringido mucho sus encuentros.

Estaba comprometido, pero en un principio su prometida era una niña y ahora que había crecido no quería verlo, por lo que ya había informado a su hermano y al padre de su novia de que rompería el compromiso si era lo que ella deseaba. Habían pasado casi tres semanas y no había recibido respuesta de Zahira, ni una maldita llamada. Hacía años que ella no le contestaba los mensajes, por lo que se podía considerar un hombre libre.

No había pensado acostarse con nadie hasta aclarar su situación, pero Katia lo había tentado más allá de la razón. Cuando vio al hombre molestándola sus instintos protectores salieron a flote y cuando la tuvo de frente solo podía pensar en que debía ser suya. Era una mujer muy hermosa y él era un tonto por dejarse deslumbrar. No sabía nada de ella, si era una cazafortunas que iba por su dinero, o una asesina en serie. La química que surgió entre ellos le jugó una mala pasada, dejándolo indefenso ante el deseo y la pasión que sintió.

Capítulo 11

Galal asaltó la boca de la chica en el mismo instante en que entró a su apartamento, cerró la puerta de una patada y la recostó en ella. El leve chal que llevaba sobre los hombros cayó a los pies de ambos. Zahira metió las manos por dentro de su chaqueta empujándola hasta retirarla, dejándola caer al suelo. Los gemidos de la mujer lo tenían sumamente excitado, pero quería que ese momento durara.

Necesitaba llevarla a la cama, no quería que la primera vez con esa hermosa criatura fuera un encuentro apresurado y de pie. Aún besándola, la tomó por las nalgas y la apretó contra su erección, el gemido de ambos no se hizo esperar.

Desesperado por sentir su piel intentó quitarle el vestido, pero no supo cómo, frustrado, tiró de la prenda sintiendo como la tela se rasgaba. Zahira retiró sus manos antes de que lo rompiera totalmente, no tendría nada que ponerse al irse. Buscó el cierre oculto, lo bajó y dando un paso hacia atrás dejó caer la prenda, quedando solo con un tanga de color negro.

Galal admiró su cuerpo, sus pechos de tamaño mediano se erguían orgullosos, sus pezones erizados eran de color chocolate y contrastaban con la blancura de su piel. Sin poder resistirse más, tiró de ella hasta envolver los brazos alrededor de su cuerpo. Como si tuvieran vida propia, las manos de Zahira se entrelazaron detrás de su cuello. Los besos no la dejaban pensar, había besado a otros hombres, pero ninguno le hizo sentir ese deseo abrasador que la quemaba, que la incitaba a frotar sus pechos contra su camisa.

Galal la impulsó hacia arriba y las piernas de la joven se enroscaron alrededor de su cintura, teniéndola fuertemente abrazada comenzó el camino hacia su habitación. En la oscuridad, sin encender ninguna lámpara, la dejó encima del cubrecama y empezó a desvestirse bajo la mirada atenta de la

chica, que lo observaba bañado por la luz de la luna que entraba por la ventana. Galal se inclinó hacia la lámpara para encender la luz.

—Déjalo así por favor —pidió la chica.

—Quiero verte —dijo Galal.

—La luz que entra de la calle es suficiente, yo te veo muy bien —respondió recorriéndolo con la mirada.

Era hermoso como se imaginó que sería el ángel de la muerte, bello y letal para ella porque él había sido su debilidad. Tenía que reconocerse a sí misma que se enamoró en cuanto lo vio aquella tarde en que su padre la comprometió, pero habían pasado tantas cosas, le lastimaron tanto sus palabras y sus acciones, que quiso odiarlo. Hubo momentos en que lo hizo, pero ese hombre era el único que podía hacer que quisiera olvidarse de todo, del dolor y de la rabia, y no lo podía permitir, no podía ser débil porque la debilidad era un arma que la gente usaba para lastimarla.

Cuando la última prenda cayó del cuerpo masculino, Zahira gateó en la cama y tomó su pene con la boca, saboreándolo. Había visto el suficiente porno para aprender a hacer eso, para no quedar como una virgen aburrida e insípida, para volverlo loco y que la deseara con desesperación. Porque eso le daría poder e iba a necesitar todo el que lograra conseguir.

En el momento en que sintió el calor de su boca rodeando su pene, Galal pensó que las piernas no le sostendrían. Mantuvo una postura rígida mientras la mujer le chupaba, concentrado en no correrse como un adolescente con su primera amante. Lamentándolo, la separó de su cuerpo y se lanzó encima de ella. Su boca cubrió la de la mujer, sintió como abría las piernas a su cuerpo enroscándose en torno a su cintura, bajó la cabeza y tomó un pezón en la boca, chupando con fuerza, estaba más allá del punto de control. El gemido que salió de la boca femenina le indicó que le gustaba ese punto de dolor, pasó al otro pecho y repitió la acción.

Quería bajar y saborearla, pero estaba en un punto donde solo podía pensar en hundirse en ese calor que le llamaba. Coló una mano entre sus cuerpos y, al sentir la humedad que brotaba de su abertura, no resistió más y se empujó dentro de ella. El grito que brotó de sus labios debió haberlo prevenido, pero lo tomó como una señal de que la pasión era compartida. Un mordisco en su hombro lo volvió a la realidad, ¡mierda, el preservativo! Lo había olvidado completamente.

—Disculpa, olvidé el preservativo, pero no te preocupes estoy limpio.

—No importa, yo también estoy limpia.

A tuestas abrió su mesita de noche y sacó un paquete, lo abrió y rápidamente se enfundó. Iba a volver a subirse encima de ella, cuando una mano lo detuvo y una voz dijo suavemente.

—Quiero cabalgarte.

Excitado se tendió en la cama y la miró subirse encima de él. Suavemente se colocó la punta de su miembro en la entrada de su vagina y bajó lentamente, torturándolo. Empezó a moverse a un ritmo lento, tanto, que la impaciencia por empujar más rápido lo impulsó a tomarla por las caderas y moverse frenéticamente, arrancando gemidos por parte de la chica. Sintió venir su orgasmo y trató de contenerlo, no la había sentido llegar, trató de bajar su ritmo.

—¡No! Por favor continúa igual, estoy cerca —Zahira le mintió deseosa de que todo acabara.

—Me voy a correr, debo parar un poco. —Galal sonaba torturado.

—No me importa, quiero sentirte llegar, me recompensarás en la próxima —aseguró la chica.

Galal aceleró el ritmo, sentía su orgasmo acercarse violentamente, maldiciendo su falta de control, explotó dentro de la mujer. Ella se dejó caer encima de él; unos minutos después, Galal quiso levantarse para ir a desechar el preservativo.

—Déjame hacerlo por ti, quiero consentirte —susurró la mujer en su oído. Un leve asentimiento por parte del hombre le dio el permiso para hacerlo.

No podía tardar, quería que él se durmiera. Entró en el baño, se limpió apresuradamente con una toalla blanca haciendo una mueca por lo manchada que quedó, tomó otra, la humedeció, abrió el grifo y tomó un vaso para beber agua. Las manos le temblaban cuando, apresuradamente, regresó a la habitación. Galal se quitó el preservativo, lo envolvió en un pañuelo desechable de la caja que había en la mesita de noche y lo lanzó a una papelería cercana. Incorporándose un poco le quitó la toalla de las manos, se limpió y la arrojó al suelo. Abrió sus brazos y Zahira se zambulló en ellos, se abrazaron fuertemente.

—Estoy muy avergonzado, no te di tiempo a llegar.

—Más tarde lo harás y deberás hacerme llegar doble. Sin embargo, tengo un poco de sueño, ¿podemos descansar un rato?

—Por supuesto hermosa, lo que tú pidas.

Zahira se obligó a mantener sus ojos abiertos, sin dejarse vencer por el sueño. Sintió el momento en que él se durmió, esperó unos veinte minutos más y se levantó de la cama; a tientas, encontró sus zapatos, no se molestó en buscar el tanga. Guiada por la luz de la luna recorrió el camino hacia el recibidor, allí se puso su vestido roto, haciendo una mueca pensó que tendría que tapar la rotura con el chal. Fue a su cartera, abrió un estuche de joyería y se puso su anillo de compromiso. Después, sacó una cajita para guardar las lentes de contacto, se las quitó y las dejó allí, encima del aparador y al lado de las llaves del coche de su prometido. Recogió su chal y sigilosamente salió del apartamento, impaciente y temiendo que Galal despertara y la encontrara lista para marcharse. Bajó un piso por las escaleras, se puso sus zapatos y esperó el ascensor. Al llegar a la planta baja, se dirigió rápidamente a la puerta, dándole una leve inclinación de cabeza al portero, salió a la calle. Un flash de cámara fotográfica la cegó y una voz de mujer le preguntó:

—¿Es la nueva amante del jeque? No lo niegue, los vi entrar muy abrazados —preguntó rápidamente la periodista, mientras el fotógrafo tomaba repetidas imágenes de su cara y del estado de su vestimenta.

—Soy la cuñada del jeque Azim Al-Husayni —respondió con una suave sonrisa—, la prometida de Galal —dijo levantando la mano para mostrar su anillo, el cual fue fotografiado múltiples veces—. Debo irme —agregó para prolongar el interés de la periodista.

—Espere, ¿cuál es su nombre? —indagó la mujer.

—Zahira Sfeir —respondió mientras apresuraba su paso, haciéndola caminar detrás de ella.

—¿Es su prometida y la deja marcharse sola a medianoche? ¿Y con el vestido roto? Creo que nos engaña y no es más que una oportunista, porque Galal Al-Husayni es un caballero que siempre acompaña a sus amantes a casa —dijo socarronamente la periodista.

—Piense lo que quiera, pero escriba esto: él se casará conmigo.

Capítulo 12

El taxi la dejó en la puerta de su hotel, cubrió el vestido roto con el chal y apresuró el paso por la recepción hasta llegar al ascensor. Había uno abierto, entró y marcó su piso, el temblor de sus manos se había extendido a todo su cuerpo. Quería llegar a su habitación y acurrucarse en la cama, olvidarse de todo, no encendería su teléfono, necesitaba ese tiempo para recomponerse. Volvería a casa de Nahla al día siguiente, quería estar en un sitio donde se sintiera protegida cuando todo se descubriese.

A duras penas contuvo las ganas de correr, llegó a su habitación y se arrojó en la cama, llorando desconsoladamente. Maldijo mil veces a su padre golpeando la almohada. Recordó lo que había sentido en brazos de Galal, cómo había enloquecido de deseo con su primer beso, cómo olvidó todo mientras la llevaba a la cama.

El dolor la había hecho volver de ese mundo de ensueños, en ese momento quiso empujarlo, pero contuvo las ganas, tuvo que morderlo para no decirle que la estaba lastimando. Galal estaba perdido en el deseo, no se dio cuenta de que era su primer amante y, ella lo prefirió así a tener que responder todas las preguntas que él le haría de haberse enterado, no era el momento de dar explicaciones.

Decían que la venganza era un plato que debía servirse frío, pero ella se había calentado y en ese momento no sabía bien lo que sentía. No quería analizar sus sentimientos, pero la opresión del pecho no le dejaba respirar bien. Se obligó a levantarse para ir al baño, abrió el grifo de agua caliente, puso a llenar la bañera y agregó unas sales, volvió a la habitación y revisó el mini bar. Tomó una botellita de *whisky*, se desvistió, recogió su cabello y se metió en la bañera, destapó la botella y se la tomó en dos tragos, sintió la bebida calentarla por dentro, poco a poco los temblores remitieron. Estaba hecho, ahora debía esperar las consecuencias.

Galal despertó unas horas después, estiró los brazos buscando a Katia, y las sábanas frías le dijeron que hacía rato que se había levantado. Fue al baño,

miró la rendija y vio la luz encendida, tocó la puerta.

—Katia, ¿estás ahí?

Al no obtener respuesta entró, no había nadie en el baño. Una toalla manchada de sangre lo alarmó, miró sus manos y su cuerpo y descubrió restos de sangre en su ingle y en su mano derecha.

—¿Qué demonios ocurrió aquí? —preguntó para sí mismo, mientras lavaba la sangre de su cuerpo.

Volvió sobre sus pasos y encendió la luz de la habitación. Asustado, vio la mancha de sangre en la cama y en la toalla con la que se había limpiado después de haber hecho el amor con Katia. Salió de la habitación buscándola por el apartamento, no estaba, miró el aparador y vio que las llaves de su coche seguían ahí, un objeto llamó su atención; era un estuche de lentes de contacto, lo tomó en sus manos y lo abrió. Las lentes eran decorativas, de un tono oscuro, extrañado, se preguntó por qué Katia querría oscurecer sus ojos si generalmente las chicas utilizaban las lentes para aclarar su color.

Estaba preocupado por ella, había mucha sangre en su cama, ¿le habría bajado el período y por eso se marchó? Recordó su grito cuando la penetró y la resistencia que encontró al principio y otra opción llegó a su cabeza. ¿Era virgen? Si lo era, ¿por qué no se lo dijo? Esperaba no haberla lastimado mucho, había sido un egoísta, pero había estado muy excitado pensando que había encontrado una mujer cuya pasión igualaba a la suya y ahora se había ido. Esperaría hasta el día siguiente para empezar a buscarla, quería respuestas y quería recuperarla.

Zahira estaba profundamente dormida cuando unos golpes en la puerta la despertaron repentinamente, gimiendo, se revolvió en la cama volviéndose a dormir. Se había desvelado hasta el amanecer, inquieta por haber ejecutado su plan y por todos los sentimientos que acompañaron su acción. Una nueva tanda de golpes la volvió a estremecer, de mal humor se levantó de la cama.

—¿Quién es? —preguntó de muy mala manera, aún medio dormida.

—La madre Teresa de Calcuta, ¿quién más? —respondió irónicamente Suhana lo que provocó una pequeña sonrisa en Zahira, le gustaba el humor retorcido de su amiga.

Descorrió el cerrojo y le abrió la puerta, Suhana venía cargada con la prensa diaria. Sus acciones volvieron a su mente y respiró profundamente.

—¿Cómo estás? —indagó su amiga abrazándola, después de soltar los periódicos encima de la cama.

—Sobreviví, estoy bien —dijo dejándose reconfortar por los brazos de Suhana—. ¿Salió en la prensa? —preguntó con incertidumbre.

—Aún no los he revisado. Compré todo lo que pude y pedí desayuno, lo traerán en cualquier momento, me preocupa más como estás tú.

—Todo salió según lo planeado, Galal me rescató de un borracho y me llevó a su casa. El cabrón besa como los ángeles, me dejé llevar extasiada hasta que entró en mí, ¡dolió como el demonio!, pero no se dio cuenta de que era virgen. Evité que encendiese las luces, esperé a que se durmiera y salí de allí como alma que lleva el diablo. Al irme tu amiga la periodista me estaba esperando y le di una buena historia para contar.

—¡Ay, Zahira! Espero que todo esto no te explote en la cara y se vuelva en tu contra.

El repique de su móvil lo despertó de un sueño profundo, se había dormido al amanecer y tomó el teléfono para ver quien llamaba, era Nasser. ¡Maldición! Había olvidado lo de la propuesta de matrimonio que haría a Jade. Su intención había sido pasar por la galería de arte, saludar al artista y después, ir a *Picadilly Circus* a apoyar a su hermano, ya que el sitio quedaba a pocas manzanas de distancia. Pero quedó prendado de Katia y en lo único que pensó fue en llevársela con él. Apresurado, respondió la llamada.

—Nasser, hermano, perdona mi... —No pudo terminar su excusa cuando se vio bruscamente interrumpido.

—¿Has visto la prensa hoy en la mañana? —preguntó Nasser sin saludarlo.

—No. ¿Qué sucedió? —replicó alarmado.

—Debiste haber tenido más cuidado con tu prometida, su padre puede querer tomar acciones contra ella o contra ti. Nahla y Jameela te despellejarán vivo y Jade no se quedará atrás.

—¿Por qué? Asumí que el compromiso estaba roto, ya que Zahira ni siquiera se ha dignado a llamarme. ¡Tres años han pasado desde la última vez que la vi! Ahora que encuentro a alguien que me gusta, resulta que sí estoy comprometido —estaba furioso, no iba a permitir que le hicieran sentir culpable por haber estado con Katia.

—¡Joder, hermano! ¿No sabes a quien te llevaste a la cama anoche? —casi le gritó Nasser.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Galal con seriedad.

—La mujer con la que dormiste anoche no es, nada más ni nada menos que

Zahira, tu prometida. —El silencio que había en la línea telefónica preocupó a Nasser—. ¡Maldición! ¿Galal, sigues allí?

—Sí, ¿por qué dices eso? —preguntó suavemente.

—Porqué salió en la prensa amarilla una foto de ustedes entrando en tu edificio muy acaramelados, seguida de otra de ella saliendo sola, un par de horas después, con el vestido roto, cara de bien follada y luciendo en su mano el anillo de compromiso que le diste en su fiesta de dieciséis.

Esa misma noche Zahira encendió su móvil en el taxi que la llevaba del hotel a la casa de su hermana, inmediatamente, empezó a sonar con la entrada de mensajes y llamadas perdidas. El taxista se giró a mirarla porque su teléfono parecía salido de la película *Poltergeist*^[11]. Tenía muchos mensajes de texto y *whatsapps* de sus hermanas y de Jade, cincuenta y nueve llamadas perdidas, varias de ellas de su padre y de Galal. Sonrió, el segundo acto acababa de empezar.

Capítulo 13

Cuando puso un pie fuera del taxi, la puerta de la casa de Nahla se abrió y su hermana corrió hacia ella.

—¡Nos tenías muy preocupados! ¿Dónde estabas? —preguntó abrazándola.

—Lamento haberos preocupado, estaba cansada y necesitaba pensar, así que me quedé en un hotel.

—Está bien, cariño, Galal está esperándote —dijo mientras la guiaba por la cintura hacia la casa—. Tuvo que dar muchas explicaciones para calmarnos, no sabía que ustedes se estaban viendo a escondidas, que se sentían muy presionados con la boda. Nos contó de su pelea de la noche anterior y que te fuiste furiosa de su apartamento.

«Que buen mentiroso es», admitió para sí misma. Mejor, así le evitaba dar tantas explicaciones y decir tantas mentiras.

Entraron a la casa y en el recibidor encontró a una multitud esperándola. Su prometido la miraba echando chispas de rabia por los ojos, su hermana Jameela la escrutaba con la mirada, no muy convencida de la historia que contó Galal, pero sin atreverse a cuestionarla abiertamente. Ella también había guardado unos cuantos secretos, pero estaría muy pendiente de cómo se desarrollaba esa situación porque, aunque quería muchísimo a su cuñado, su hermanita era la indefensa de esa relación y no iba a permitir que volviera a caer en el pozo profundo de depresión en el que estuvo tantos años.

La mirada de Kazim era escrutadora, conocía su historial médico y estaba preocupado. Jade quería sacarla de allí e interrogarla, estaba al tanto de que Galal no sabía que se había acostado con su prometida hasta que Nasser lo llamó, conocía a Zahira mejor que todos los presentes y sabía que algo debió ocurrir para que actuara así.

—¿Por qué? —preguntó Galal en cuanto se quedaron solos, había tenido el día para calmarse.

—Eres mi prometido, querías romper el compromiso y yo no lo iba a permitir. No me vas a dejar de lado como si fuera indigna de ti. ¡Te casarás

conmigo! —Las últimas palabras las dijo con furia.

—Nunca dije que no me casaría contigo. Tú no querías verme así que asumí que no deseabas la boda. Soy un hombre de honor y nunca dejaría de cumplir mi palabra, no debías comportarte como una mujer de la calle para llamar mi atención —dijo furioso.

—¿Mujer de la calle? ¿Quién demonios te crees para juzgarme, maldito infeliz? No eres más que un puto que se va con cualquiera, todos estos años aguantando que me pusieras los cuernos. ¿Qué pensabas?, ¿qué no me las iba a cobrar?

Galal pensó que todo se estaba saliendo de control, estaba furioso por el engaño, no entendía por qué ella actuó de esa manera, sin embargo, trató de mantener la calma. Empezó a contar despacio, mientras miraba a su futura esposa respirar agitada, con los ojos echando llamas. ¡Menudo carácter! Una vez calmado, trató de bajar el nivel de la confrontación.

—Lamento si te hice daño, siempre pensé que no querías casarte conmigo. Aunque aceptaste nuestra boda desde el primer día, me demostraste con hechos que no me querías.

—Es cierto, no te quiero, pero debo obedecer a mi padre —contestó Zahira rígidamente.

—Ahora no hay opción, debemos casarnos porque el honor me obliga a hacer lo correcto, pero esto se pudo haber evitado si hubieses hablado conmigo.

—No, Galal, yo siempre supe que nos casaríamos. Quiero que la boda se celebre lo antes posible, por favor, haz los arreglos para que no pase de dos semanas, en un juzgado será suficiente para mí.

—No, Zahira, no te equivoques, será una boda tradicional, es lo que esperan ambas familias. Se hará lo antes posible sí, pediré la ayuda de tus hermanas, ellas sabrán que hacer, pero me imagino que la organización tardará un par de meses.

—No. —La negativa fue enfática—. Ya puedo estar embarazada y no quiero dudas sobre la cabeza de mi hijo.

—No puedes estar embarazada, usé protección —expresó Galal para tranquilizarla.

—Lo mismo le pasó a Nahla. Además, la usaste un poco tarde, ¿o no lo recuerdas? —Las palabras de la joven lograron que Galal apretara sus dientes al recordar el poco control que tuvo con ella.

—Está bien, hablaré con ellas para que sea lo antes posible.

—Galal, recuerda despedir a tu puta, no permitiré que tengas amantes. Te descubro engañándome y tus pelotas correrán un destino incierto —amenazó desafiante la joven.

—No tengo ninguna amante, Beatriz es una amiga que me acompaña a actos sociales. Está en España en estos momentos, llega mañana y, cuando salgamos de la oficina, le diré que vamos a casarnos. Ella ha sido, aparte de mi asistente, una buena amiga, así que no la despediré, porque como todas las personas que trabajan necesita su empleo.

—Entonces traslada a la puta a otra oficina o a otro puesto de trabajo. Hazlo por teléfono, no quiero que la veas de nuevo y menos fuera de la empresa, seguro que salen en la prensa y no aguantaré una nueva humillación.

—No trates de controlarme, Zahira, no me provoques. Hablaré con Beatriz personalmente y no podrás hacer nada, y deja de llamarla puta, porque no lo es —exclamó perdiendo los estribos de nuevo.

—¡Maldito cabrón! No me provoques tú a mí, si no conocerás mi furia. Y la llamaré puta cada vez que me salga del culo —gritó Zahira con rabia.

—Cuida tu lenguaje, no permitiré que mi esposa diga tantas vulgaridades —vociferó el joven en respuesta.

—Hablaré como me dé la puta gana —respondió desafiante—. ¿Qué harás?, ¿golpearme? Porque te aseguro que te devolveré los golpes.

Galal miró al demonio de su prometida sin poder creer en su suerte, ¿dónde estaba la chica dulce y tranquila que pensó que era? No quería seguir con esa confrontación absurda.

—Nunca te pondría una mano encima, pero debes moderar tu lenguaje.

Zahira se mordió la lengua para no decir nada más. Estaba actuando así por venganza, su prometido hacía gala de muy buenos modales y tener una esposa mal hablada y soez sería horrible para él. Pensó que por ese día había sido suficiente, estaba cansada de pelear, el estrés de todo lo sucedido le había pasado factura. Ya solo quería ir a su habitación a dormir.

—¿Querías hablar algo más conmigo? Estoy cansada y quiero que te vayas.

—No, Zahira, quería saber por qué hiciste las cosas así. Te has ido por la tangente y no me has dado una respuesta satisfactoria, has manipulado la situación y el objetivo no lo tengo claro. Sabías perfectamente que solo con haberlo pedido no hubiésemos casado, si quise romper el compromiso fue

pensando que era lo que tú querías, eso lo dejé muy claro desde el principio.

—Mi motivo es tan viejo como la humanidad, novio —la risa escapó de su boca ante la cara de desconcierto de su prometido—: venganza. Cuando nos comprometimos te escuché hablar con el jeque, le dijiste que no era hermosa como mis hermanas, que estaba gorda, tenía acné y los dientes torcidos. Solo tenía trece años y estaba triste porque me alejaron de la única persona que en verdad me amaba y tú me despreciaste. —Sus palabras lo impactaron y lo avergonzaron, nunca debió decir aquello, la había lastimado.

—Yo... Lo lamento mucho, no pensé que escucharías eso, estaba molesto por varias cosas y quería fastidiar a mi hermano. —Levantó la mirada buscando las palabras adecuadas para disculparse—. La gota que rebasó el vaso fue el hecho de que Azim arreglara un nuevo compromiso para mí, intenté voltear las cosas a mi favor quejándome —expresó con mucha vergüenza.

—No me interesan tus malditos motivos, tal vez te hubiese perdonado, pero continuaste humillándome todos estos años con cada mujer que me restregabas en la cara, ahora me toca devolverte el golpe —se rió sarcásticamente—. Me imagino tu cara cuando el jeque y Kazim te llamaron para reclamarte tu proceder. Hubiese querido estar allí mirando por un agujero en la pared cuando te informaron de que el polvo de la noche anterior se lo echaste a tu prometida.

—No te entiendo, ¿acaso no sabes cuánto de ese escándalo cayó sobre ti?

—Me tiene sin cuidado, de esa manera me aseguré que no buscarías otra excusa para romper el compromiso, además, mi padre también merecía pasar un poco de vergüenza. Él fue quien me comprometió contigo para empezar, me abandonó, me alejó de mi hermano. Hace muchos años me prometí a mí misma que no dejaría golpe sin devolver, así que estás advertido, novio: soy vengativa y rencorosa como pocas.

Galal estaba asombrado, no tenía palabras para responder a su prometida. Así que, meneando la cabeza, salió de la habitación, tenía mucho en que pensar. ¿Cómo se habían torcido las cosas hasta ese extremo? Es verdad que había salido con mujeres y había tenido su ración de amantes, pero no se consideraba promiscuo. La mayoría de sus citas no terminaban en sexo, pero la prensa amarilla se apresuraba cuando se trataba de publicar rumores sobre él y sus hermanos. Nunca les prestó atención, pensaba que preocuparse por eso era darles poder. Jamás se imaginó que Zahira mirara ese tipo de prensa, ni mucho menos pensó que podría importarle. Era una niña cuando se

comprometieron y, aunque es verdad que durante los primeros años él no tuvo interés en verla, era porque quería darle su espacio para que creciera, estudiara, se desarrollara como persona antes de entrar en un matrimonio concertado. En los últimos años sí la había buscado, pensó que era bueno que fuesen conociéndose, tal vez no debió aceptar las excusas y haber insistido. Lo que él pensó que era consideración, ella lo tomó como indiferencia. Había un abismo de resentimiento entre él y su futura esposa y sentía que le costaría mucho cambiar esa situación. No quería vivir en un infierno de matrimonio y sabía que, si no lograba amansar a esa fiera, eso era lo que ocurriría.

Capítulo 14

Zahira durmió profundamente esa noche, cayó rendida después del estrés vivido, ya lo peor había pasado lo que le permitió descansar. Se despertó temprano con mucha energía, se levantó y bajó a desayunar. La noche anterior se había escapado de Jade, pero la suerte la abandonó cuando al entrar en la cocina se encontró a Nahla y a su sobrina conversando, callaron al verla entrar.

—Zahira, cariño, ¿cómo te sientes? —preguntó su hermana.

—Estoy bien, Nahla, no te preocupes por mí —respondió mirándola con cariño—. Hola, Jade, ¿cómo estás? Felicidades, me enteré ayer por la prensa de tu compromiso con Nasser.

—Estoy muy bien, y te hubieses enterado por mi boca si hubieses tenido el teléfono encendido —replicó Jade desafiante.

—Lo lamento mucho, no los quise asustar. Salí con Galal, peleamos y me fui a un hotel con el teléfono apagado, no quería hablar con él hasta calmarme, no lo pensé.

—Está bien, cariño, sabes que te amamos y nos preocupamos por ti —señaló Nahla conciliadora.

—Lo sé, gracias, hermana.

—Es cierto, disculpa, solo estaba preocupada —agregó Jade, mirándola intensamente.

Zahira se revolvió incómoda en su asiento, Jade sabía algo, solo esperaba que no lo expresara en voz alta. ¡Demonios! En sus planes nunca contempló la preocupación de Nahla y de Jameela y ahora se sentía un poco culpable.

—Lo sé, no te preocupes, todo saldrá bien. —Volviéndose a Nahla agregó —: Voy a salir, pasaré por las oficinas del consorcio Al-Husayni. Galal quiere discutir algunas cosas conmigo y le prometí que le buscaría para ir a almorzar, pero antes voy a comprar algunas cosas.

—Gasta lo que necesites, compra las cosas para tu ajuar. Galal nos dijo que querían celebrar la boda lo antes posible, ¡en tres semanas! Será casi

imposible encontrar una agencia que se ocupe de todo en tan poco tiempo.

—No te preocupes, aún tengo las tarjetas que los Al-Husayni me dieron hace algunos años. Creo que ya es tiempo de que mi prometido cubra mis gastos y dejar de ser una carga para Jake y para ti.

—Nunca has sido una carga, estamos felices de que estés con nosotros.

—Gracias, hermana. Por cierto, antes de que lo olvide, por favor no contrates a Gaby para organizar mi boda.

—Galal me pidió lo mismo, ¿ocurrió algo que deba saber?

—Tal vez que Gaby se acostó con Galal después de mi fiesta de trece años —dijo Jade irónicamente.

—¡Jade! —la regañó Nahla.

—Es cierto —afirmó Zahira—. Y lo intentó de nuevo en la de mis dieciséis. Aunque soy consciente de que Gaby no sabía que Galal era mi prometido, igual no quiero que sea ella. Sería un poco incómodo, ¿no te parece?

—Sí, supongo, ya me las ingeniaré. No te preocupes, la boda quedará preciosa, necesito que reserves tiempo para que nos ayudes en los preparativos. Jameela está por llegar, vamos a ir a una agencia que nos recomendaron y querrán hablar contigo lo antes posible. Por cierto, me gusta tu cabello.

—Gracias, a mí también me gusta. Con respecto a lo del organizador no hay problema, mañana iré con ustedes —respondió antes de marcharse.

Tomó un coche y salió de compras, planeaba llegar al consorcio media hora antes del mediodía, pero primero debía comprarse un vestuario adecuado a la prometida de un Al-Husayni. Escogió para ello una *boutique* que siempre le había gustado, pero con ropa que nunca se había atrevido a usar. Unas dos horas después salió de la tienda cargada de varias bolsas y luciendo un vestido ligero, en color blanco, que resaltaba el bronceado que había adquirido trabajando en el campamento. La falda vaporosa a medio muslo y las sandalias de tacón mostraba sus bien tonificadas piernas y el escote en uve lo voluptuoso de sus senos. Se sentía como se veía: hermosa y sexy. «Es hora de ir a la empresa de mi prometido a marcar territorio», pensó con una sonrisa maliciosa.

Pasó por la recepción rumbo a los ascensores, un guardia de seguridad le cerró el paso informándole que debía anunciarse con la recepcionista.

—No, no debo hacerlo, soy la prometida de Galal al Husayni —respondió

altivamente. Buscaba pelea y escándalo, y este guardia se veía lo bastante fuerte para soportarla.

—Lo lamento, señorita, son las órdenes. Todo el mundo debe registrarse, aunque sea por primera vez. —La recepcionista se acercó a su lado.

—Espera, Oscar, la señorita es Zahira Sfeir la prometida del señor Galal Al Husayni, por favor déjala pasar —terció la joven conciliadoramente.

Zahira la miró y no pudo impedir la dulzura con la que le sonrió a la chica. Quería buscar problemas, pero no maltratar a ningún trabajador.

—Gracias, Phoebe —correspondió leyendo la placa de identificación de la joven.

—De nada, señorita.

Con un asentamiento al guardia, continuó su camino al ascensor. Entró y marcó la última planta, donde sabía que estaban las oficinas de Galal, el detective había hecho bien su trabajo.

El timbre del elevador al llegar a su destino la sacó de su trance, dio una rápida mirada y sonriendo, caminó directamente al escritorio de Beatriz Cifuentes; la asistente de su prometido, su acompañante en los eventos sociales y, según las revistas del corazón, su amante. La joven palideció ligeramente al verla y se levantó de su asiento.

—Buenos días, soy la prometida de Galal, por favor, anúnciele que estoy aquí.

—Galal se encuentra reunido, si toma asiento la anunciaré.

—¡Oh! Mejor no, no te preocupes, estoy segura de que se alegrará de verme —respondió caminando resuelta hacia la puerta.

—Espere un momento... —Fue lo único que alcanzó a decir Beatriz cuando Jade abrió y se encontró ante una oficina repleta de personas que discutían un negocio.

—¡Oh! Querido, olvidaste tu promesa de llevarme a almorzar —dijo haciendo morritos—. Perdonen la interrupción —agregó dirigiéndose a las demás personas—, pero este caballero anoche me invitó a comer, ¿no querrán que rompa su promesa?

Galal quedó impresionado con la mujer que irrumpió en la oficina. Estaba bellísima, el color blanco le daba un aire de inocencia, pero lo sexy del vestido le quitaba todo vestigio de pureza. Cuando salió de su trance, las personas que habían estado discutiendo acaloradamente los últimos detalles del trato que estaba negociando, estaban saliendo de su oficina y el señor O

Brian le daba la mano.

—Entiendo que, con esta bella mujer como prometida, deje todo a un lado para complacerla, nos vemos de nuevo digamos... ¿a las tres?

—Perdone, estaba tan inmerso que olvidé mi promesa. Por supuesto, a las tres estará bien para mí —respondió Galal acompañándolo hasta la puerta.

¡Maldición! Lo tenía en su terreno y la interrupción de Zahira le daba tiempo al hombre para arrepentirse de lo discutido. Se volvió a mirar a su prometida para reclamarle, cuando ella se lanzó a sus brazos. Sus labios cubrieron los suyos y su lengua se introdujo en su boca haciéndole olvidar hasta su nombre, bajó sus manos y la estrechó contra su cuerpo. Sintió la puerta de su oficina cerrarse suavemente y nada más le importó, estaba de nuevo ante Katia la seductora, la mujer que lo volvía loco de deseo.

La impulsó hacia arriba por las nalgas y ella le rodeó las caderas con los muslos mientras ciegamente caminaba hacia su escritorio, la sentó en el borde mientras empujaba los papeles hacia a un lado. Zahira tiró de su camisa, haciendo saltar algunos botones, bajó a su cuello y lo chupó fuertemente, mientras su mano masajeaba su miembro. Galal metió una mano entre sus piernas y frotó su clítoris, provocándole un gemido y haciendo que apretara con más dureza su pene, casi rozando el dolor. ¡Maldición! Lo iba a volver loco. Su mano tiró fuertemente de su tanga, rompiéndolo y dejándolo caer sobre el suelo. Estaba quitándose el cinturón cuando el ruido de la puerta abriéndose lo sacó de su trance, se volvió a mirar y palideció visiblemente cuando vio a su hermano, el jeque Azim, parado en la entrada de su oficina mirándolo desaprobatoriamente.

—Los espero en mi oficina en... —bajó la vista hasta la entrepierna de Galal, marcada visiblemente por su erección— ...digamos diez minutos —masculló el jeque antes de cerrar suavemente al salir.

Capítulo 15

—Veo que no has despedido a tu puta, prometido —expresó Zahira burlonamente.

—Ya te dije que no lo haría, es mi asistente, una amiga y te he dicho que no la llames puta.

—Y yo te he dicho que la llamaré como me salga del culo —replicó sonriendo burlonamente mientras se pasaba un cepillo por su melena, luego se pintó sus labios, pasó una mota por su rostro y le lanzó un beso y una sonrisa seductora—. Ya veremos quién gana —amenazó cerrando su polvera—. Te espero en la oficina de Azim cuando hayas terminado de resolver tu asunto —dijo maliciosamente mientras le señalaba el bulto de su entrepierna—. ¡Ah!, y por favor desecha mi tanga, quedó inservible.

Galal empezó a contar tratando de calmarse. Zahira le volvía loco, al punto de que no sabía si estrangularla o acostarse con ella.

Fue hasta su baño para lavarse la cara, al mirarse en el espejo hizo una mueca al ver los chupetones que marcaban su cuello y la camisa toda arrugada y con algunos botones desprendidos. Abrió el pequeño armario que tenía en la oficina para sacar una nueva y se cambió rápidamente. Se anudó una corbata, se peinó y salió a su oficina por la chaqueta, mientras se la colocaba, su puerta se abrió y Beatriz entró en su despacho.

—Así que esa es tu prometida —afirmó con el rostro serio.

—Sí. —Fue su única respuesta.

—Pensé que habías dicho que habías roto el compromiso. Cuando vi los titulares creí que era un nuevo montaje de la prensa, veo que no es así.

—Zahira quiso continuar con el compromiso y yo siempre cumplo mis promesas.

—Ya veo, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Por supuesto. Ahora discúlpame, mi hermano me espera —dijo saliendo del despacho.

—Claro —respondió Beatriz con voz triste.

Continuamente pensaba que detrás del caballero había un hombre muy pasional y lo acaba de confirmar por los chupetones que tenía en el cuello y el estado en que salió su prometida. Siempre se comportó con él como una chica correcta, bien educada y decente, trató de hacerse su amiga esperando que se enamorara de ella y rompiera su compromiso. Él hablaba poco de su prometida y, como sabía que era un matrimonio concertado, pensó que tenía una oportunidad. Tal vez debió ser más agresiva y haberse acostado con él, quería que Galal se enamorara de ella, pero ahora, con esta chica presente, sus oportunidades se veían seriamente disminuidas.

Galal abrió la puerta del despacho de su hermano y encontró a su hermosa prometida hecha un mar de lágrimas y a un incómodo Azim consolándola dándole palmaditas en el hombro.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó molesto.

—Zahira piensa que tienes una relación con Beatriz y, aunque me has dicho que nada más allá de la amistad te une a ella, entiendo la postura de tu prometida. Shara me mataría si pasara todo el tiempo con una mujer tan bonita como tu asistente.

—Lo lamento Azim —se disculpó Zahira sorbiendo por la nariz—. No quiero perjudicarla y que pierda su trabajo, pero ¿no podría trabajar con otra persona? ¿En algún lugar dónde no estuviese todo el día con Galal? —expresó la chica lastimeramente.

—Por supuesto. Galal, pide a Recursos Humanos que la pase a trabajar con Richard y que la señora Diane sea tu nueva asistente. —Volviéndose hacia su futura cuñada, aclaró—: No te preocupes, Zahira, la señora Diane, la asistente de Richard, es una mujer de mediana edad muy responsable y respetuosa con su trabajo.

—No —objetó Galal—, Beatriz ha sido mi asistente por dos años en los cuales ha demostrado ser una trabajadora muy eficiente y responsable. Además, estoy en medio de una negociación y ella está inmersa en todo el papeleo que conlleva, no es el momento de hacer ese tipo de cambios.

—Entonces el traslado será efectivo una vez firmado este acuerdo. Sin discusión, es mi última palabra, ¿entendido?

—Sí, hermano, lo entendí perfectamente —contestó apretando los dientes.

—Zahira, ¿te parece bien este arreglo? —preguntó Azim.

—¡Oh! Sí, muchas gracias, Azim. Me hubiese gustado que fuese enseguida, pero me quedo mucho más tranquila. Mi prometido es un hombre muy guapo y no me gusta que las mujeres lo miren mucho, soy un poco celosilla —respondió riendo suavemente.

—De nada, cuñada. Ahora bien, ¿cuándo es la boda? Tu padre me llamó ayer, estaba furioso por la noticia que salió publicada en la prensa amarilla.

—La boda será en tres semanas, mis hermanas ya se están ocupando de los preparativos —respondió Zahira ante la imposibilidad de hablar de Galal—. Creo que es preferible que me marche, ustedes tendrán mucho que hablar.

—No —advirtió categóricamente Galal—, viniste para que te llevara a almorzar y eso haré, yo siempre cumplo lo que prometo. —Luego, dirigiéndose a su hermano añadió—: Azim, estoy seguro de que Kazim y Jameela estarán felices de verte, luego hablaremos, hermano. —Despidió al jeque sin el respeto debido por su rango y autoridad, pero no le importó, pensó que iba a estallar en cualquier momento.

—Está bien, pero necesito hablar contigo para que aclaremos algunas cosas —respondió Azim seriamente—. Vete a comer con tu prometida, volveré más tarde.

Galal estaba furioso, la muy descarada había montado un drama, logrado su objetivo y ahora pensaba que se iba a escapar de su reprimenda. Azim había tomado la decisión de trasladar a Beatriz, era el jeque, el jefe mayor del consorcio y no le quedaba más opción que obedecerlo. Tomó a Zahira del brazo y la sacó de la oficina de su hermano. La muy rencorosa le clavó las uñas en la mano, entonces se dio cuenta de que la estaba apretando muy fuerte y aflojó el agarre, pasaron largos segundos antes de que la chica hiciera lo mismo. El silencio en el ascensor era sepulcral, no se atrevía a hablar para no gritarle, se montaron en el coche y al final Galal habló.

—Nunca más vuelvas a manipular la situación de esa manera.

—Vete a la mierda, te dije que la sacaras de tu oficina y no me hiciste caso. Te lo advertí, no dejo ofensa sin cobrar y no me importa el método que tenga que usar para lograr lo que quiero.

—¡Maldición, Zahira! ¿Te has vuelto loca?

—Nunca vuelvas a llamarme loca, ¿oíste? —le gritó furiosa. Respiraba agitadamente, cerró los ojos recordando cuando el grupo de acosadoras de su colegio descubrió que iba con un psiquiatra. Respiró profundo y agregó con

voz temblorosa—: Llévame a casa, no tengo apetito.

Galal se quedó mirándola, estaba al borde de las lágrimas y miraba a la ventanilla para no verlo. ¡Maldición!, no sabía qué hacer con las lágrimas. No podía ver a una mujer llorando porque siempre trataba de arreglar todo lo que estuviese mal con tal de que dejara de llorar.

—Lo lamento, perdí los estribos. Quiero que nos llevemos bien, pero no me gusta que me manipulen. Por favor, acompáñame a almorzar, no me gusta comer solo.

—Está bien —respondió suavemente—. Tengo el coche aquí, luego deberás traerme de vuelta para recogerlo.

Decidió que se comportaría correctamente en el restaurante, ya había hecho suficiente por hoy, quería amargarle la vida, pero no que saliera corriendo. Además, estaba agotada por el enfrentamiento, debía relajarse un poco para poder disfrutar del almuerzo. Si tenía que casarse con Galal debía aprender a contentarse con los pequeños placeres que día a día se le presentasen y la comida, definitivamente, era uno de ellos.

Capítulo 16

Cuando Zahira entró a su habitación cargada de paquetes, Jade estaba sentada en su cama esperándola.

—¿Me dirás qué demonios ocurre? Y no me salgas con el cuento de que se estaban viendo a escondidas y pelearon. Nasser estaba conmigo cuando vimos la prensa y enseguida llamó a Galal, el muy idiota no tenía ni idea de que se había acostado contigo. —Las palabras de Jade provocaron la risa de Zahira. «Hubiese querido estar mirándolo cuando se enteró», pensó con malicia.

—Es cierto, Galal no lo sabía, era parte de mi plan.

—¿Qué plan? ¿Qué sucede, Zahira?, ¿por qué haces esto?

—¿Recuerdas cuando fuiste a visitarme y mi padre estaba allí?

—Sí, ¿qué te hizo?

—Nada, estaba furioso porque Galal quería romper el compromiso y le dije que no me importaba, que yo tampoco quería casarme con él. Mi padre me dijo que si mi compromiso se rompía y no me casaba con Galal debía volver a Arabia, que ya había hablado de una posible unión con un jeque del desierto.

—¿Sabes que no puede obligarte? —preguntó Jade con preocupación.

—Por supuesto que lo sé, me reí en su cara. Entonces me dijo que se llevaría a Ebrahim. Que cuando cumpliera los dieciséis años lo obligaría a casarse con la hija viuda del jeque del desierto, una chica de veinte años, que era Ebrahim o yo. ¿Sabes lo dura que es la vida en el desierto? Y encima, casado con una mujer mayor que él —exclamó con la rabia en su mirada.

—Malnacido ¿Y por qué no hablaste con mamá o con Kazim, hasta con el mismo Galal? —preguntó Jade.

—Porque me da miedo que cumpla su promesa y se lo lleve, y porque estoy harta, me niego a convertirme en otra víctima de mi padre. Quiero que se avergüence de mí. Y si tengo que casarme con Galal lo haré, pero mi prometido pagará por cada una de las mujeres con las que me engañó. Estoy harta de sus humillaciones, no seré la mujer discreta, juiciosa y tranquila que él espera que sea.

—¿Has pensado bien lo que estás haciendo? ¿No crees que este engaño pueda volverse en tu contra?

—No sucederá. Tal vez si amara a Galal estaría preocupada, pero no es así. Solo permaneceré casada el tiempo que falta hasta que Ebrahim cumpla la mayoría de edad, después pediré el divorcio. Mi prisión no será para siempre.

—Espero que todo salga bien —dijo Jade con preocupación.

Un par de horas más tarde, después de que Jade se despidió, llamó a su padre.

—He cumplido mi parte del trato, la boda será en tres semanas así que envíeme a Ebrahim.

—¿Estás loca? ¿Cómo te atreves a hacerme pasar esa vergüenza? Eres una furcia, una ramera como tus hermanas.

—No me joda, padre, cumplí mi parte del trato. Envíeme a Ebrahim o iré con el jeque y le contaré cómo usted me obligó a engañar a Galal. Le juro que se arrepentirá si incumple nuestro acuerdo, tiene dos días para enviarme a mi hermano o iré contra usted —gritó cortando la llamada. Las manos le temblaban, se dejó caer en la cama tratando de calmarse. La tensión estaba pasándole factura y rezó para tener las fuerzas para seguir adelante, nadie podía verla en ese estado, no podía ser débil.

Dos días después Galal fue a buscarla para llevarla al aeropuerto a recibir a Ebrahim, cuando se enteró de que el chico llegaba pensó que sería una buena manera de rebajar la tensión y no se equivocó.

La primera sorpresa se la llevó cuando esperaba a su prometida en el vestíbulo y la vio bajar enfundada en unos sencillos vaqueros, un top amarillo, unas Converse, el pelo recogido en una coleta y casi sin maquillaje. Zahira al verlo frenó en seco y le frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con sospecha.

—Vine a recogerte para llevarte al aeropuerto a recoger a tu hermano.

—Pensaba irme con Nahla.

—Jameela me dijo que los chicos tenían un cumpleaños y Nahla se va directa al aeropuerto después de la fiesta, al igual que Jameela, por eso me ofrecí a llevarte.

—Está bien, ¿podemos irnos ya?

—Es un poco temprano, pero podemos esperar allí.

—Sí, por favor.

—Resulta extraño que tu padre envíe a Ebrahim en estas fechas,

generalmente espera hasta que casi comiencen las clases —comentó Galal en voz alta.

—Quizás lo hizo por mi boda.

—No lo creo, según Azim estaba furioso por los titulares de la prensa, costó mucho calmarlo. ¿Te dijo algo a ti?

—Claro, me llamó furcia y ramera entre otras cosas.

—Lo llamaré para aclarar las cosas.

—¡No! Me tiene sin cuidado lo que mi padre piense de mí, mientras más furioso esté más alejado se mantendrá.

—¿Crees que vendrá a la boda?

—No, y tampoco quiero que venga, mi padre y yo no tenemos muy buenas relaciones —respondió molesta.

—¿Cuándo debes ir a cerrar tu apartamento en Durham? —preguntó Galal buscando distraerla para cambiar de tema y tratar de que se calmara.

—No lo haré, mi amiga Suhana vive allí, pero debo ir la semana que viene a buscar unos documentos. Pediré un traslado de universidad para continuar mis estudios aquí y traerme algunas cosas.

—Yo te llevaré —se ofreció Galal.

—No hace falta, puedo ir en tren, me quedaré a dormir una noche y regresaré al día siguiente.

—Insisto, te acompañaré. —Zahira lo miró con curiosidad, evaluando la situación, finalmente se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo con aparente indiferencia. Sin embargo, su corazón se aceleró al escuchar la noticia, tendrían una noche para ellos solos.

Llegaron a la terminal aérea, ubicaron la rampa de llegada de los vuelos privados y se sentaron a esperar. Zahira estaba inquieta por lo que su padre le hubiese podido decir a Ebrahim, se levantaba, caminaba y se volvía a sentar. Galal, viéndola tan nerviosa, fue hasta un puesto de la terminal y regresó con un té.

—Toma —le dijo ofreciéndole la bebida—, ¿por qué estás tan nerviosa?

—No sé qué pudo haberle dicho mi padre a Ebrahim sobre lo nuestro y me preocupa que esté cabreado por lo que hice.

—No mediste las consecuencias de tus actos, debes pensar las cosas antes de actuar y no dejarte llevar por las emociones.

—¿Como lo haces tú? ¿Acaso mediste las consecuencias cada vez que me ponías los cuernos? —replicó molesta. Se sentía criticada y en el fondo debía

aceptar que actuó sin evaluar las posibles repercusiones de sus actos.

—¿Qué pasa, Zahira, volvemos a lo mismo? ¿Cómo es posible que creas todo lo que escriben en la prensa amarilla?, ¿no sabes acaso que casi todo es inventado? —preguntó cansado de sus acusaciones.

—Déjame en paz, cabrón —respondió furiosa.

—Yo no empecé, y no seas tan soez. Estoy intentado que nos llevemos bien, pero contigo me siento como si estuviera pisando un campo minado, nunca sé cuándo vas a explotar.

Ebrahim, salió por la puerta de desembarque y Zahira se olvidó de su prometido. Corrió a recibir a su hermano, la pelea quedó atrás, su rostro reflejaba el amor que sentía por el chico. La dulzura con que lo trataba hizo suspirar a Galal. Ojalá algún día sintiera por él, aunque fuera una cuarta parte del amor que sentía por su hermano que, al verlo, sus labios sonrieran con esa alegría que llegaba hasta sus ojos.

Capítulo 17

Salieron para Durham en el primer tren de la mañana. Galal pasó a recogerla muy temprano, se bajó del coche con la intención de saludar a Nahla y Jake y tomar la pequeña maleta de mano de su prometida. Cuando tocó la puerta, la señora Harriet lo hizo pasar al vestíbulo, poco tiempo después Zahira bajó de su habitación seguida por Nahla y Ebrahim. El chico lo miró con desconfianza, era el prometido de su hermana y, según su padre, el hombre que la había deshonrado, dirigió hacia él una mirada furiosa, antes de volverse hacia Zahira.

—¿Por qué tienes que marcharte con él? No es correcto que viajen solos, por lo menos permíteme acompañarte.

—Es mi prometido, Ebrahim, en dos semanas será mi esposo. Es un hombre de honor que nunca haría nada para lastimarme. No temas, hermano, estaré muy cuidada, te lo aseguro.

—Entiendo tu posición, Ebrahim. Me alegra saber que Zahira ha contado con un hermano que la defienda y proteja, ten por seguro que siempre cuidaré y valoraré a tu hermana.

—Ella estará bien, Ebrahim, Galal es un buen hombre —aseguró Nahla.

—Espero que honres tu palabra —masculló el chico.

—Soy un hombre de honor, nunca faltaría a mi palabra. —Fue la respuesta de Galal.

—Ya lo hiciste, papá me dijo que habías intentado romper tu compromiso con Zahira —replicó Ebrahim.

—Es cierto, pero lo hice porque pensaba que ella no me quería. Para mí es muy importante que esté de acuerdo con nuestra boda, no quería que siguiera adelante por obligación.

—Es cierto, hermano, por eso discutimos esa noche. Él pensaba que yo no quería casarme con él, que papá me estaba obligando tal como lo hizo con Nahla y Jameela. Cuando se dio cuenta de lo mucho que deseaba la boda, la programó enseguida, por eso nos casaremos tan rápido —aseguró Zahira.

—Está bien, pero estaré vigilando —dijo su hermano cediendo a regañadientes.

Una vez que se despidieron de Nahla y de Ebrahim, y subieron al coche, Zahira volteó a mirar a Galal.

—Quiero agradecerte que calmaras a mi hermano, mi padre quiso ponerlo en mi contra, pero no lo logró. Necesito que ustedes mantengan una buena relación porque, cuando nos casemos, quiero que Ebrahim pase algunos fines de semana conmigo, si es posible.

—No tienes nada que agradecer, tu hermano es un buen chico, y claro que estoy de acuerdo en que pase tiempo con nosotros —aseguró Galal.

Llegaron a su destino a media mañana, tomaron un taxi y fueron al apartamento. Estaba vacío, Suhana estaba en Londres en casa de sus padres por el verano. Al entrar al piso, Zahira tomó a Galal de la chaqueta y lo besó, metió la lengua en su boca, provocando un gemido de su parte, él la estrechó entre sus brazos. No habían podido hacer el amor desde la noche en la que lo engañó, así que estaba ansiosa por disfrutar de él, de todas las emociones que el hombre despertaba en ella. Se liberó de su abrazo y, aún besándolo, a tientas buscó la hebilla de su cinturón, desesperada, lo abrió, tiró del botón casi arrancándolo y bajó la cremallera, metió la mano entre su abdomen y los calzoncillos y apretó su miembro. Galal gimió en voz alta y, ante su asombro, Zahira, bajó su pantalón junto a su ropa interior, se arrodilló y lo tomó en su boca. «¡Mierda!, me va a volver loco», pensó apretando sus dientes, «solo un poco más». No aguantaría mucho si seguía así, antes de correrse tiró de su cabeza para poder retirarla. Se veía hermosa, con los labios rojos y los ojos empañados de pasión.

El hombre se arrancó la ropa de su cuerpo y se acercó a ella, que seguía postrada a sus pies, admirándolo. «Es que el tipo está buenísimo», fueron los lujuriosos pensamientos de Zahira a medida que sus ojos recorrían el cuerpo de su prometido, desde los hombros hasta sus pies. Galal tiró de ella incorporándola, la tomó en sus brazos y se adentró en el piso.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Galal.

—La primera puerta a la derecha —respondió su prometida.

Como pudo la abrió, cerrándola con un golpe seco, depositó a Zahira en el suelo, al lado de la cama, y empezó a desvestirla rápidamente. Cuando ella quiso volver a tocarle, él se negó.

—Te debo un orgasmo primero —le susurró al oído.

—No, prometido, me debes dos —le respondió también en un susurro. Galal sonrió ante la atrevida respuesta.

—Es cierto, al menos debo darte dos.

Suavemente la empujó hasta recostarla en la cama, se acostó encima de ella mirándola a la cara, lentamente bajó su cabeza y la besó larga y profundamente, provocándola, excitándola. Empezó a bajar por su cuello mordisqueándola, al llegar a la parte superior de sus senos, se concentró alrededor de los pezones sin rozarlos siquiera. La desesperación comenzó a apoderarse de Zahira que, impaciente, le empujó la cabeza hasta su pezón. Cuando sus labios se abrieron y lo tomó en su boca Zahira gritó de la excitación, con su mano, apretó el otro logrando como recompensa un largo gemido.

Unos minutos después la tenía retorciéndose sobre las sábanas, bajó hasta colocarse entre sus piernas separándolas ampliamente, con los pulgares abrió los labios vaginales y sopló suavemente. Otro grito le indicó que iba por buen camino, su lengua se deslizó alrededor del clítoris en círculos externos, cuando pasó rápidamente sobre este estaba muy excitada, al borde del orgasmo.

—Por favor —suplicó—, estoy muy cerca, hazme llegar.

Galal se concentró en su clítoris, acercándola cada vez más, sintió la tensión de su cuerpo unos segundos antes de que explotará con un largo gemido.

—Uno —anunció él sonriendo desde su posición.

Inmediatamente volvió al ataque. Zahira, se sentía muy sensible y se revolvió tratando de escapar, pero las manos de Galal fueron implacables y la mantuvieron anclada a la cama, gritó y jadeó antes de rendirse al segundo orgasmo.

—Dos —dijo su prometido con voz satisfecha.

Zahira sentía su cuerpo como si fuera de gelatina, no podía moverse, solo respirar agitadamente, el latido rápido de su pulso evidenciaba su estado. Sintió a Galal moverse sobre su cuerpo, se empujó dentro de ella arrancándole un nuevo grito. «¡Oh Diablos!, va a matarme». Los gemidos iban en aumento con cada empuje, sintió de nuevo un orgasmo acercarse violentamente, sin freno y sin pudor lo dejó arrasar su cuerpo, liberándolo.

Galal empujaba frenéticamente dentro de su mujer, el corazón le latía con violencia, sintió la tensión en su cuerpo antes de que ella estallara nuevamente

arrastrándolo consigo.

Zahira sentía los parpados muy pesados, casi no podía tener los ojos abiertos, escuchó a los lejos una voz que murmuró:

—Tres.

Capítulo 18

Despertó poco después del mediodía abrazada a una almohada, el olor a comida incrementó el hambre que tenía. Se incorporó lentamente, sentía el cuerpo pesado pero satisfecho, sus orgasmos siempre provenían de su propia mano o de algún juguete. Los que Galal le proporcionó fueron más intensos, más reales, no tuvo que llenar su mente de él, no imaginó que la poseía con fuerza, porque la realidad superó en mucho a todas sus fantasías. Y es que cada orgasmo que había experimentado en su vida tenía un nombre: Galal.

Se levantó, fue al baño y se duchó, se puso una camiseta holgada y unas bragas y siguió el aroma de la comida hasta la cocina. El estómago le rugió de hambre, se saltó el desayuno debido a los nervios del viaje, se había hecho la indiferente, pero en realidad quería estar cerca de él, mas nunca lo confesaría. Galal nunca sabría que era su debilidad, sus horas oscuras, su más profundo deseo, no lo amaba, pero lo deseaba, disfrutaría de él y cuando llegara el momento le dejaría.

Entró a la cocina y lo vio. Con el torso desnudo lucía solamente sus pantalones vaqueros, estaba de espalda a ella por lo que pudo admirar sus músculos. Algún ruido debió hacer porque se giró, al verla sonrió.

—Hola, cociné pasta Alfredo —comentó Galal señalando las cacerolas

—¿Sabes cocinar?, ¿encontraste todos los ingredientes? —preguntó Zahira con curiosidad.

—No, fui a la tienda mientras dormías y sí, sé cocinar. En mi época de estudiante estaba harto de comer en comedores o restaurantes así que aprendí a hacerlo viendo videos por internet.

Galal, se movió por la cocina, coló la pasta y la agregó a la salsa mezclándola, la cocinó durante unos minutos más. Zahira salió de su estupor, sacó dos platos y se los tendió a Galal, dio la vuelta y empezó a colocar la mesa.

—Me gusta mucho la comida italiana ¿y a ti? —curioseó su prometido

—Es una de mis favoritas —confesó la chica.

Estaba buenísima, al primer bocado su estómago protestó, quería comer tan rápido como pudiera, sin embargo, se obligó a masticar lento y tomarse su tiempo para disfrutar de la comida.

—¿Después del almuerzo vamos a la universidad? —preguntó Galal

—Yo voy a la universidad, tú puedes ir de turista por la ciudad, nos vemos aquí más tarde. —Fue la respuesta de Zahira.

—Quiero ir contigo. Además, quiero conocerla, he escuchado que el castillo es impresionante y que los edificios anexos los construyeron en el mismo estilo —pidió él.

—Está bien, si es importante para ti ven conmigo, pero si te aburres no me culpes. Puedes pasear por el campus mientras resuelvo mis asuntos.

—No te preocupes, me entretendré por ahí. Además, si me aburro siempre puedo sentarme bajo un árbol y leer un libro.

Cuando llegaron a la universidad, Galal quedó impresionado por la sede de la misma, el castillo medieval era hermoso y estaba en perfectas condiciones. Entraron en el edificio administrativo de la facultad donde estudiaba Zahira, había pocas personas por ser verano. Acompañó a su prometida hasta la oficina donde debía solicitar su retiro, le dio un beso y salió a visitar al campus, una hora después entró en una cafetería, se sentó a esperar que ella lo llamara y pidió un café. Estaba entretenido con su móvil cuando escuchó una conversación proveniente de la mesa que estaba detrás de él.

—¿Has visto quien anda por aquí? —preguntó con sorna un hombre joven.

—No, ¿quién? —inquirió el camarero.

—La árabe *calientapollas* —masculló el joven.

—¿Zahira?

—Esa misma, está retirando sus documentos, se va a estudiar a otro sitio —comentó el hombre con rencor.

—Te quedaste con las ganas de follarla —se burló el camarero.

—La muy puta...

Galal no pudo seguir escuchando más, con rabia se acercó a los dos hombres y tomó al primero por la camisa y lo estampó contra la pared.

—Creo que tu boca necesita una limpieza, estás hablando de mi prometida.

—Pues suerte con ella —dijo el chico con una sonrisa socarrona. Soltándose del agarre, dejó dinero sobre la mesa y se marchó.

Galal estaba furioso, ¿qué estaba pasando allí? ¿Por qué esos hombres

hablaban así de Zahira? Miró a su alrededor, el camarero había desaparecido y los pocos clientes le observaban con desaprobación, pagó y salió a caminar. La cabeza le daba mil vueltas, le constaba que Zahira había sido virgen cuando se acostó con él, recordó cómo lo provocó para seducirlo, ¿era acaso una coqueta? ¿Le gustaba excitar a los hombres para después dejarlos? Molesto con sus pensamientos, trató de calmarse. No iba a juzgarla, había hombres que creían que todas las mujeres debían acceder a sus demandas y quienes los rechazaban pasaban a ser frías, engreídas o cualquier otro insulto que se les ocurriera. No tenía motivos para dudar de la moral de su mujer, no cometería el error de sumar la desconfianza a todas las faltas que ya había incurrido contra ella.

Cuando Zahira terminó sus trámites, se encontró a Galal sentado en la sala de espera donde se habían despedido. Al verlo su rostro se iluminó, pero trató de disimularlo, se acercó y le informó de que todos sus documentos serían enviados por correo a casa de Nahla, pero que debía ir hasta la biblioteca porque tenía que entregar un libro que había olvidado devolver y cancelar su tarjeta. Caminaron lentamente, Zahira se encontraba sumida en sus pensamientos, mentalmente se despidió de su universidad. Había estudiado allí dos años, le había gustado mucho, el ambiente era muy bueno, además de que era una de las mejores universidades de Inglaterra, no obstante, terminaría su carrera en otro sitio, no tenía otra opción. Cuando llegó allí había esperado graduarse y quizás quedarse en la zona, le gustaba Durham, ahora se marchaba para casarse. Con nostalgia, pensó que su vida sería muy diferente a lo que había planeado.

Galal estaba muy callado mientras caminaban por las calles de Durham, él tomó su mano. Zahira había estado sumida en sus pensamientos, por eso no se había dado cuenta de su silencio, pero ahora que habían llegado al apartamento se percató de que él no había pronunciado palabra. No sabía qué había pasado, pero no preguntaría, no quería romper la paz momentánea. Estaba un poco triste por dejar la universidad y no tenía los ánimos necesarios para sacarlo de sus casillas. Ya lo haría después, cuando regresaran a Londres, una vez casados, pero ahora disfrutaría de la cena y de la noche de sexo que estaba segura de que compartirían.

Habían cenado en Shaheens Indian, un famoso restaurante de comida hindú. Zahira amaba los platillos de ese país desde que los probó en casa de Suhana. La decoración del local era sencilla, pero muy comfortable, se

sentaron mirándose de frente, comieron en silencio, disfrutando de los alimentos, cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando terminaron de cenar, Galal levantó la mirada, tenía los ojos cargados de deseo. Zahira miró su boca y volvió a sus ojos, solo lo escuchó pronunciar.

—Es hora de volver a casa.

Capítulo 19

Galal le quitó las llaves de su mano, abrió la puerta y le cedió el paso, una vez dentro pasó la llave a la cerradura encerrándolos en el apartamento, la tomó de la mano y la guió a la habitación. En el dormitorio, la miró a los ojos, luego bajó la mirada hacia sus labios, lentamente descendió sobre su boca y la besó suave y tiernamente. Zahira quiso profundizar su beso, sumergirse en el deseo que le corroía las entrañas, pero Galal la tomó por los hombros, separándola. Su mirada reflejaba un mundo de sentimientos que no supo interpretar, lo que la puso muy nerviosa. Trató de lanzarse sobre él, recurrir al deseo, que solo pensara en sexo intenso y apasionado, pero Galal la detuvo.

—No, Zahira, déjame amarte.

Zahira no supo qué contestar, su pecho se apretó ante una miríada de sentimientos que no quiso analizar, bajó sus ojos hacia los botones de su camisa y asintió con la cabeza. Galal volvió a sus labios, con besos largos y profundos fue quitando cada una de sus prendas de vestir, la levantó en brazos y la depositó en la cama, se quitó su ropa dejándola caer al suelo, se recostó sobre ella y volvió a mirarla a los ojos.

—Tienes los ojos más hermosos y expresivos que he visto en mi vida —dijo con voz ronca.

Zahira se ruborizó, Galal volvió a su boca y la besó largamente, puso innumerables besos entre su cuello y sus pechos, besó cada parte de sus senos sin llegar a tocar los pezones. La estaba volviendo loca mientras él continuaba sin prisas amando cada parte de su cuerpo. Sus besos continuaron descendiendo por sus caderas, vientre, esquivó su pubis y bajó por su pierna derecha hasta llegar a su empeine, pasó a su pierna izquierda y empezó su lento ascenso. En el momento en que iba por la rodilla, sintió las manos de Zahira tratando de alcanzarlo, quería tirar de él para que cubriera su cuerpo, pero Galal aprisionó sus manos en la cama, inmovilizándola y siguió su ascenso. Se encontraba entre sus piernas, besando la cara interna de su muslo, cuando ella, impaciente, le rogó:

—Galal, por favor, te necesito.

Él simplemente ignoró su ruego y siguió ascendiendo lentamente. Al llegar de nuevo a su pubis, pasó su lengua por encima del clítoris que sobresalía hinchado, provocándole un grito. Continuó su ataque suavemente, la constancia de su lengua la desesperaba y la excitaba a partes iguales, sintió su orgasmo construirse en su vientre.

—Por favor, por favor —rogó—, entra en mí.

Sus manos la mantuvieron sujeta mientras su lengua aumentaba la intensidad de su caricia, la sintió ponerse rígida y con un grito ronco se rindió a él. Galal ascendió por su cuerpo y besó sus labios, lentamente fue entrando en ella, disfrutando de su cuerpo apretado y de los gemidos que provocaba con sus movimientos. Sus embestidas eran lentas y profundas, cada roce de su cuerpo la acercaba a un nuevo orgasmo.

Sus gemidos aumentaron de intensidad hasta que finalmente quedó suspendida en una especie de limbo donde todo comenzaba y terminaba con Galal. Sintió el cambio de sus penetraciones que, aunque continuaron siendo profundas, ahora eran más rápidas, de repente todo estalló a su alrededor arrasando sus defensas y sentimientos, sus lágrimas brotaron empapando sus sienes mientras lo sentía latir en su interior.

Poco tiempo después Galal regresó con una toalla húmeda, la encontró en posición fetal dándole la espalda, la giró hasta colocarla boca arriba. Zahira tapó su cara con el brazo y dejó que abriera sus piernas y la limpiara. Debía recomponerse, se sentía emotiva y vulnerable, todo lo que no podía permitirse con él.

Galal fue al baño a dejar la toalla y cuando regresó la encontró en la misma posición que la vez anterior, se acostó a su espalda y la apretó contra su pecho depositando un suave beso en su cabello.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Sí, por supuesto, tengo un poco de sueño.

Pensativo, se acurrucó contra su espalda.

Después de haber regresado de la universidad Galal se había duchado, por lo que se sentó en el escritorio de Zahira mientras ella tomaba un baño. Estaba mirando las noticias en su móvil mientras apretaba una pelota antiestrés que encontró encima de la mesa. Un mensaje de Beatriz entró, dejó el juguete donde estaba o por lo menos eso intentó, pero la pelota rodó, cayó del escritorio y se deslizó debajo de la cama. Maldiciendo fue por ella, tuvo que

apartar varias cajas antes de encontrarla. Una grande con su nombre llamó poderosamente su atención, no le gustaba husmear, pero esa caja lo llamaba. «Tiene mi nombre, ¿qué será?», pensó. La abrió, había varios cuadernos con fechas, tomó uno al azar y hojeó sus páginas. Eran una especie de diarios, no pudo leer casi nada, porque Zahira saldría pronto del aseo, pero lo que llamó poderosamente su atención eran las fotografías pegadas en sus hojas.

Todas eran publicaciones de la prensa amarilla donde salía él con alguna mujer. Rápidamente, levantó los cuadernos y dio una mirada a casi todos. Decidió que era mejor dejarlo así, los guardó de nuevo, sin embargo, no podía dejar de preguntarse por qué Zahira estuvo tan pendiente de lo que él hacía o, mejor dicho, de lo que la prensa decía que él hacía. Porque, aunque había salido con algunas de esas mujeres, la gran mayoría eran especulaciones. Cada día que pasaba entendía menos a la que un día sería su esposa, ¿por qué se comportaba de esa manera? La había visto interactuar con su familia y con ellos era una mujer educada y cariñosa, pero con él era una fiera celosa, posesiva, autoritaria y soez.

Estaba casi dormido cuando la sintió volverse, con su cuerpo lo empujó suavemente hasta quedar acurrucada encima de su pecho, sus labios rozaron suavemente sus pectorales para finalmente depositar un suave beso. Galal bajó sus ojos creyendo que estaba despierta y la encontró profundamente dormida, pero aferrada a él, satisfecho, cerró sus ojos y se durmió.

Capítulo 20

Faltaban diez días para la boda cuando fueron a comprar su vestido de novia. Nahla había tratado de llevarla con un diseñador exclusivo, pero por un motivo u otro le había dado largas, por lo que tuvieron que ir a una tienda que vendía trajes de novia ya confeccionados.

Sus hermanas, Bashira, la primera esposa de su padre, Jade y Suhana la acompañaron, sin embargo, la tristeza la invadió al pensar que su madre, la persona que más la había amado no estaría presente para verla vestida de novia. ¡Cuánto la extrañaba! Y, en los días especiales, la añoranza la consumía.

Estaba en el probador con la asistente, probándose un traje de los que habían seleccionado. Era sencillo, tipo sirena, de tirantes y con flores bordadas en la falda. Era bonito, pero en realidad le daba igual, su boda era un matrimonio concertado donde debía cumplir con la obligación de casarse, su entusiasmo era casi nulo. Ante Nahla y Jameela debía disimular, Galal les había hecho creer que estaban ansiosos por casarse y no quería romper con la alegría de sus hermanas, tampoco quería que Ebrahim supiera que se sacrificaba por él. No quería hacerlo sentir culpable, porque la culpa era un sentimiento que te carcomía por dentro y su hermano merecía ser feliz. Además, su orgullo no permitiría que la familia de su prometido pensara que, de haber tenido elección, él la habría dejado.

Salió del probador hacía la salita donde esperaban sus hermanas y, al entrar, se llevó la sorpresa de su vida. Su suegra y sus cuñadas estaban allí, o por lo menos la mayoría de las hermanas de Galal, Suleyma, Raissa, Karima, Ashira, Phedre y Rashida. Parecía una fiesta, habían traído *jellab*, té frío y vino, además de canapés y pequeños pasteles, todo estaba colocado en una mesa hermosamente decorada y a los lados estaban dos *Kadhimas* para

atenderlas. Su suegra se acercó y la abrazó, hacía años que no la veía, la había evitado como al resto de los Al-Husayni, se aferró a ella tratando de contener la emoción, y recordó lo bien que la había tratado. Una a una sus cuñadas se acercaron a ella para abrazarla a modo de saludo y darle la bienvenida a su familia. Zahira sintió las lágrimas asomar a sus ojos ante la aceptación y el cariño que le demostraron.

El día triste se transformó en uno alegre. Aunque aún extrañara a su madre, la algarabía de las chicas y las sonrisas de sus hermanas y suegra le dieron el entusiasmo para que se probara infinidad de vestidos hasta lograr encontrar el traje de sus sueños. Era de manga larga, con un escote redondo, tipo princesa, cubierto de miles de cristales de *Swarovski*^[12]. Su suegra pidió un velo largo, Zahira la miró con curiosidad cuando Noor salió tras la asesora, regresaron con un hermoso velo sujeto por una tiara bellísima.

—La tiara es un regalo que te envía Galal, la escogió él personalmente y me pidió que te ayudara a escoger un velo que combinara con ella, es de oro blanco con diamantes y es parte de tu regalo de bodas. El resto te lo entregará personalmente mi hijo.

—Es muy hermosa —dijo con voz estrangulada—, muchas gracias.

—Tan hermosa como tú. No me equivoqué cuando le dije a Galal que serías la más hermosa de las tres.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó curiosa.

—El día que llegamos a Inglaterra, cuando reíste al ver al hijo de Nahla.

—¿Y que respondió Galal?

—Que estaba seguro de que así sería porque ya eras bonita, pero que tu sonrisa iluminaba tus facciones y él haría todo lo posible por hacerte feliz.

«Mentiras, todo es una mentira», pensó. Esperaba que el engaño proviniese de Galal y no de su suegra, apreciaba a Noor y no quería que ella la engañara para favorecer a su hijo.

Al día siguiente, Galal tenía una cena de negocios con el señor O'Brian. Zahira enseguida pensó en la posibilidad de que Beatriz estuviese presente, así que le dijo a su prometido que le gustaría acompañarlo. Galal accedió complacido, desde el viaje Zahira había estado un poco esquiva, y le gustó que ella buscara acercarse a él. Cuando pasó a recogerla quedó deslumbrado, de nuevo era Katia la seductora.

Su vestido era tipo *Jessica Rabbits*^[13], de corte *strapless*^[14], en color

rojo oscuro, ribeteado con pedrería negra, delineaba cada curva de su cuerpo. Una abertura en la pierna mostraba hasta la mitad de su muslo, unos manolos negros estilizaban sus piernas y, un chal del mismo color en tela transparente cubría sus hombros. Estaba de infarto, el deseo hizo presa de él. ¿Cómo diablos iba a concentrarse en los negocios con semejante seductora?

Llegaron al hotel donde se encontraba el exclusivo restaurante en el que cenarían, invitados por el señor O'Brian. Zahira iba del brazo de Galal admirando la exquisita decoración del lugar, sin percatarse de que todos los ojos de los hombres estaban puestos en ella. En cambio, su prometido sí se dio cuenta de todas las miradas que recorrían el cuerpo de su mujer y frunció el ceño en señal de disgusto, buscó los ojos de Zahira y la vio mirando embelesada unos frescos en el techo, sonrió ante su arrobamiento y decidió que ella no buscaba atención masculina.

Al llegar a la mesa Zahira sonrió con suficiencia al mirar a Beatriz, la mujer lucía un espectacular vestido largo, negro y sostenido por finos tirantes en pedrería, que se cruzaban en su espalda y llegaban hasta sus caderas, el escote era bastante generoso. Zahira había estudiado cada aspecto y gesto de esta mujer en las fotos que salían en la prensa y estaba segura de que trataba de conquistar a Galal, siempre había salido luciendo trajes bonitos pero muy recatados, el que portaba hoy gritaba que trataba de hacerle la competencia. Además de eso, había cortado su largo cabello negro a la altura de los hombros y pintado sus puntas en rojo, lo que la hacía lucir como un duendecillo muy sexy. «Bien, si quiere competir, hoy le demostraré que yo siempre juego a ganar», pensó con malicia.

Galal miraba a Beatriz con el ceño fruncido preguntándose qué diablos estaba pasando allí. Su asistente estaba vestida para deslumbrar y, aunque a él personalmente le gustaba ese tipo de ropa, esa era una cena de negocios a la que ella había ido a trabajar. Definitivamente no era una vestimenta adecuada para la ocasión. Hasta ahora Beatriz siempre se había arreglado adecuadamente para este tipo de eventos así que le sorprendió lo ocurrido, tendría que hablar con ella, más aún cuando vio que Peter, el hijo de su anfitrión, se la estaba comiendo con los ojos.

Zahira sonrió suavemente al ver que Galal miraba a Beatriz con el ceño fruncido. Al parecer no era mucho lo que tendría que esforzarse para dejar clara su posición, de lo único de lo que tendría que ocuparse era de que su prometido tuviese ojos solo para ella y para eso lo único que necesitaba era

tocarlo. Paseó la mirada por la mesa y sonrió cuando se encontró con los ojos de Patrick O'Brian, el hombre le caía bien, era un señor entrando en los sesenta años, muy amable y con expresión risueña, le recordaba a Papá Noel por su corpulencia y sus ojos azules. Miró al joven sentado a su lado, palideció y quiso que la tierra se la tragara. Peter O'Brian, el último hombre al que había besado por despecho. La sonrisa era sardónica cuando la saludó.

—Zahira, querida, qué agradable sorpresa volvernos a encontrar.

Capítulo 21

—¿Ustedes se conocen? —preguntó Galal curioso.

—Sí, aunque estudiamos en la misma universidad, fue en un bar donde nos hicimos grandes amigos. ¿No es así, Zahira?

—¿Cómo has estado, Peter?

—Muy bien, querida, estás muy hermosa. Mi padre me comentó que cenaríamos con Galal y su prometida, así que asumo que esa eres tú.

—Sí —intervino Galal, extendiendo la mano para saludar al señor O'Brian—, nos casaremos en poco más de una semana. Tu padre recibió la invitación, ¿no es cierto, Patrick?

—Sí, la recibí, ambos asistiremos, ya mi asistente envió la confirmación.

—¿Y es reciente ese compromiso? —preguntó Peter.

—Nuestro matrimonio fue concertado hace diez años —respondió Galal—, pero fue hace un mes que fijamos la fecha.

—Bueno, solo resta desearles toda la felicidad del mundo —agregó Peter.

Galal presentó a Zahira a todo el grupo, cuando llegaron a Beatriz, su prometida le dio una inclinación de cabeza como saludo, su sonrisa no le llegó a los ojos. La sintió tensarse cuando vio a Peter. Desde la primera vez que vio al hijo de Patrick, cuando este lo llevó a la oficina, no le había gustaba el joven. Era demasiado arrogante, trataba a los empleados con desprecio y era muy fanfarrón y, en ese momento, para sumar motivos a su desagrado, trató a su Zahira con demasiada familiaridad. Esperaba que nada hubiese sucedido entre ellos, aún tenía muy presente lo ocurrido en la cafetería del campus.

Durante toda la velada su prometida se concentró en él, su mano descansaba encima de su muslo, a veces lo acariciaba en el interior del mismo, lo que lo mantenía parcialmente duro. Le costaba concentrarse en su charla con Patrick. También sentía los ojos de Beatriz clavados en ellos y las

miradas que les enviaba Peter, ambos hablaban en susurros, lo que incrementó su molestia, quería que la maldita cena acabase y poder tenerla solo para él.

Antes de que llevaran el postre, Zahira se disculpó para ir al tocador. Beatriz se levantó al mismo tiempo y camino detrás de ella. Una vez en el baño, la joven procedió a retocarse el maquillaje, mientras la asistente de su prometido la miraba con suficiencia.

—Peter O'Brian me habló maravillas de ti. —Zahira la miró a través del espejo con gesto de indiferencia, si esa mujer quería pelear la tendría, no sabía con quien se había metido—. Dijo que tú te dedicabas a acostarte con cualquier hombre en la universidad. Cuando Galal se enteré ten por seguro que te dejará, él es un caballero que no se casará con una *calientapollas* como tú.

—Vamos, *asistonta*, o soy puta o soy *calientapollas*, decídette porque no estás siendo coherente —soltó sonriendo maliciosamente.

—¡No me llames así! Eres una puta, ya me encargaré de investigarte y buscar todos los hombres con los que te has acostado, Galal no será para ti —explotó con furia Beatriz.

—¿Sabes?, aparte de ser una asistente tonta eres una estúpida. ¿Crees que lo que tú digas impedirá nuestro matrimonio? Galal ha sido el único hombre con el que me he acostado y era virgen cuando estuve con él, mi sangre lo demostró. Nuestro matrimonio es un convenio entre dos familias que han estado unidas por años, no hay nada que tú digas que pueda impedir esta boda. Ahora, estoy segura de que el jeque Azim estará muy molesto por tu intervención, no me costó casi nada convencerlo de trasladarte a otro departamento donde no tuvieses nada que ver con mi prometido.

—¿Qué dices? —pregunto Beatriz con furia—. Eso es mentira, Galal me lo hubiese dicho.

—Mi prometido —dijo recalcando su posición—, está esperando la firma del contrato del acuerdo con los O'Brian para proceder a tu traslado. Si no me crees, pregúntaselo —dijo Zahira empujando con el hombro a la chica cuando se dirigía a la salida. Furiosa, Beatriz la agarró del brazo para detenerla. Zahira rompió su agarre provocando que las uñas de la otra chica le dejaran unos arañazos en su piel, la rabia le impedía sentir dolor.

—Ponme de nuevo un dedo encima y te arrepentirás. Y no creas que te acusaré, no, yo misma me ocuparé de recomponerte la cara.

Al salir del tocador, Zahira se encontró de frente con Peter, mirándolo despectivamente le advirtió.

—Más te vale mantener tu boca callada, si este acuerdo no se lleva a cabo será malo para los negocios de tu padre y él me cae muy bien, no necesita que le estropees las cosas —dijo rápidamente antes de continuar su camino.

La puerta del baño se abrió y Beatriz salió. Zahira prácticamente corrió, quería irse de allí porque si su furia se desataba todo el mundo se llevaría su parte.

—Zahira, cariño, ¿qué ocurre? —preguntó Galal preocupado, al verla llegar con los ojos ardientes de rabia.

—No me siento bien y quisiera marcharme. No quiero interrumpir tu charla con el señor O'Brian, por favor dile al chofer que me lleve a casa —replicó desafiante.

Galal miró las marcas de uñas en su piel y sus ojos se volvieron peligrosamente salvajes.

—¿Quién te hizo esto? —dijo dirigiendo sus ojos hacia Peter y Beatriz.

—Tu eficiente *asistonta* me acosó cuando fui al baño. Te aconsejo que me saques de aquí, antes de que explote y nos avergüence delante de todos —dijo con los dientes apretados.

—¡Galal! fue sin querer, la tomé del brazo y ella tiró con fuerza, ¿viste como me llamó? me dijo cosas horribles —expresó Beatriz con los ojos llorosos—. ¡Está loca!

—¡Cállate, Beatriz! Estás hablando de mi futura esposa, no permitiré este tipo de agresión, ni de comentarios, debes mostrarle el respeto que se merece. Mañana hablaremos.

Despidiéndose del señor O'Brian y del resto de las personas que los miraban sorprendidos, Galal tomó de la mano a su prometida para salir del salón, para su sorpresa la llevó hacia los ascensores que daban a la parte del hotel. Subieron hasta el último piso, Galal sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta de la suite que había alquilado con anterioridad. Cediéndole el paso, entraron a la habitación, la abrazó tratando de calmarla, y Zahira apoyó la cabeza en su cuello y aspiró su olor, antes de suspirar, relajando el cuerpo.

—¿Qué sucedió allí dentro? —preguntó Galal suavemente.

—Conocí a Peter en una fiesta en la universidad, después de un par de tragos pensó que yo me iría con él, se molestó mucho cuando me negué. Me imagino que le habló barbaridades de mí a la puta de Beatriz —dijo para provocarlo—. Ella se siente despechada por ti, así que me siguió al baño, me

insultó, la insulté, discutimos, fin de la historia.

—Lo lamento, mañana la amonestaré, no permitiré que se meta contigo —señaló su prometido —, pero *¿Asistonta?*—. no pudo contener su sonrisa, conocía la expresión por Carlos Sandoval, uno de los CEO^[15] de las empresas de Jake que era venezolano.

—Olivia llamaba así a una de las asistentes de Carlos que estaba enamorada de él.

—No sé por qué crees que Beatriz está enamorada de mí —comentó curioso.

—Todo el mundo sabe que tu asistente está enamorada de ti, bueno, todo el mundo menos tú. En cualquier momento se emborracha de despecho y te lo confiesa y, después dirás que estás sorprendido —replicó con ironía.

—No lo creo, aparte de que Beatriz no bebe.

—Delante de ti que eres musulmán, ¿no te has dado cuenta que todo su aspecto es una fachada creada para atraerte?

—Y tú, ¿bebes mucho? —preguntó buscando cambiar de tema.

—Muy poco, un par de copas a lo sumo, no me gusta perder el control.

—Nuestra religión nos prohíbe beber —dijo Galal—, yo evito el alcohol.

—Para nuestra religión yo no valgo nada. Aunque creo que hay un Dios, hace mucho que no practico el islamismo. Vivo con Nahla, ella tampoco lo practica, ni Jade, ambas son católicas, sin embargo, no pasan mucho tiempo en la iglesia. Por otra parte, como bien sabes, Jameela y Kazim también han abandonado la religión porque su relación está condenada por ella.

—Lo sé, pero pensé que a lo mejor te gustaría volver a practicarla.

—Lo siento, no me veo haciéndolo.

—¿Y cuando tengamos hijos? —preguntó Galal.

—No me veo teniendo hijos en un futuro cercano, me faltan dos años de universidad para obtener mi título, quisiera esperar un tiempo, aún soy muy joven.

—Está bien, luego hablaremos de eso, ahora lo que quiero es amarte —dijo bajando su cabeza para besarla.

—Entonces hazlo —respondió ella, mientras sus manos bajaban la cremallera del pantalón de Galal. Su mente daba vueltas pensando lo que le depararía el futuro, por lo visto su prometido era tradicional y eso le preocupaba un poco, aun cuando pensara que su relación ya tenía fecha de

caducidad.

Capítulo 22

Durante la celebración del *hammam*^[16] y del *mendhi*^[17] no vio a su prometido ya que las celebraciones eran típicamente femeninas, disfrutó del baño turco junto a sus hermanas y su próxima familia política. Todas la trataron con mucho cariño, comenzó a sentirse parte de la familia Al-Husayni y eso la preocupó, su matrimonio sería temporal y sin hijos que prolongaran los lazos familiares.

Había ido con una ginecóloga que le recetó pastillas anticonceptivas, esperó que llegara su menstruación y comenzó a tomarlas. Se preocupó porque su sangrado fuera poco, pero mentalmente se encogió de hombros; seguramente el estrés de la boda y las amenazas de su padre le estuviesen afectando, ya le había pasado anteriormente cuando estuvo en su etapa más depresiva.

El día de su boda amaneció claro y soleado, su habitación en casa de Nahla estaba atiborrada entre la maquilladora, la estilista, sus hermanas y sobrinas. Había tenido que agregar al vestido una capa que tapara su escote para poder usarlo en la mezquita donde se casaría, el velo se mantendría ocultando su pelo y facciones hasta salir del templo. Había pedido un maquillaje tradicional por lo que sus ojos de gato se resaltaban aún más gracias al *khol* que los delineaba. Sus cabellos estaban peinados en desordenados bucles a excepción del pequeño recogido donde se sujetaba la tiara y el velo, sabía que estaba hermosa. Sus manos, hermosamente decoradas con *Henna*, temblaban ligeramente, estaba muy nerviosa. Había tratado de luchar contra el destino que su padre le impuso y no lo había logrado, pero la ceremonia de hoy era un acto de amor, de ella hacía su hermano y, como todo sacrificio, debía hacerse en silencio.

La noche anterior Ebrahim había ido a su habitación y, al igual que hacía cuando era un niño pequeño, se acostó a su lado; estaba preocupado por ella.

—Zahira, ¿en realidad deseas esta boda?, ¿papá no te está obligando? En todo el tiempo que llevo aquí nunca hablaste de este matrimonio y ahora de repente están apurados por casarse.

—Ebrahim, hermano, claro que deseo casarme, cuando llegaste aquí yo también era muy joven para pensar en hacerlo. Cuando papá me comprometió estaba muy triste, pero era porque me alejó de tu lado, le había prometido a mamá que siempre cuidaría de ti y él no me dejó ni siquiera despedirme. En nuestro hogar todo estuvo bien hasta que papá se casó con Anisa, a ella le molestó que yo manejara la casa y, en mi inocencia, no me di cuenta de que ella deseaba tener el control, así que decidió que yo debía marcharme. Tuve mucha suerte de que me comprometieran con Galal y me enviaran aquí porque, conocer a mis hermanas y poder estudiar, son de las mejores cosas que me han sucedido. Quédate tranquilo, mi esposo será bueno conmigo —explicó ella suavemente.

—Quiero que sepas que, si algún día no estás a gusto con tu matrimonio, puedes venir a mí. Eres mi hermana y sabes que te quiero y que siempre te apoyaré —dijo Ebrahim con demasiada seriedad para sus catorce años.

—Lo sé, y yo también te quiero, hermanito. —Fue su respuesta antes de verlo marchar. No se arrepentiría de esto, haría lo que mejor pudiera durante los siguientes años hasta que Ebrahim fuera mayor de edad, entonces tendría una conversación con él respecto a su padre. No dejaría que lo manipulara como había hecho con ella, no sabía qué le diría para evitarlo, pero tenía mucho tiempo para pensarlo.

Ashira entró en su habitación para anunciarle que el jeque la estaba esperando, pero que quería darle algo antes de salir, sería él, como su *wali*, quien la entregaría. Para su sorpresa, su padre vino a la boda acompañado de Anisa, pero en el momento en que entregó su custodia al jeque este pasó a convertirse en su guardián. Agradecía profundamente no tener que tomar el brazo de su padre hasta el altar, lo odiaba y no quería verlo, ni a la bruja de su mujer tampoco.

El jeque Azim entró a la habitación portando una hermosa caja de madera labrada. A sus cuarenta años, era un hombre guapo con los característicos ojos verdes claros de los Al-Husayni, era de facciones un poco más toscas que Kazim, más parecido al jeque anterior que a su madre.

—Estás muy hermosa, hermana.

—Gracias, Azim.

—Galal te envía un regalo, le gustaría mucho que lo usaras el día de hoy —dijo antes de entregarle la caja.

Las manos le temblaban ligeramente, no esperaba otro regalo, su prometido hizo que su padre depositara su dote en el banco de Jake. Cuando su cuñado le entregó un estado de su cuenta casi se traga la lengua, era mucho dinero, el suficiente para vivir cómodamente durante varios años. Según su cultura ese era su seguro si las cosas no salían bien, ese dinero era suyo, intocable, su esposo tenía la obligación de mantenerla a ella y a todos los hijos que nacieran de su unión. De hecho, tenía desde hace tiempo una cuenta abierta a su nombre y un par de tarjetas de crédito sin límite, pero nunca las había usado hasta después de la noche en que lo sedujo.

Dentro de la caja había muchas cajitas de joyería, se sentó en su tocador y fue abriéndolas una a una, había una profusión de joyas dignas de un princesa y oro, mucho oro. Asombrada, levantó la vista hacia su cuñado.

—¿Qué demonios se supone que voy a hacer con todo esto? —exclamó olvidando las formas, su voz tembló ligeramente, provocando la risa de Azim.

—Tal vez usar los diamantes que hacen juego con tu anillo y la cosa esa que tienes en la cabeza —dijo refiriéndose a la diadema —y el resto, guardarlo en la caja fuerte, es parte de tu dote.

—¡No tengo caja fuerte! Además, ya mi dote estaba pagada —exclamó nerviosamente levantándose de tocador.

—En tu nueva casa seguro habrá. Por ahora, puedes decirle a Jake que te las guarde, estoy seguro de que en esta casa debe haber una caja fuerte. Y, con respecto a tu dote, es cierto que estaba pagada, pero en mi familia se acostumbra a entregar a la novia sus joyas de casada.

La visión de las joyas le recordó que a partir de ese momento habría cambios importantes en su vida. No había querido reflexionar sobre eso, hizo lo necesario para proteger a su hermano y tener su pequeña venganza, sin detenerse a pensar en las consecuencias de sus acciones. De haberlo hecho, tal vez no hubiese tenido el valor suficiente para seducir a Galal y obligarlo a casarse con ella. Habría hecho lo que su padre le exigía a hacer sintiéndose una víctima, sin tener ningún control sobre su vida, y no permitiría que eso ocurriera, mucho le había costado obtenerlo. Sin embargo, ella no quería que las cosas cambiaran, quería seguir siendo la chica despreocupada que iba a la universidad, tenía un trabajo de verano y una vida tranquila. No quería ser la mujer árabe que era esposa y madre ante todo, que dependía de un hombre,

siempre a la sombra. No tenía grandes sueños, pero los que tenía eran suyos, ella era la protagonista, no el hombre con el que se casaría. Hoy debía posponer sus sueños.

Capítulo 23

Para Zahira la celebración de la boda en la mezquita transcurrió como en un trance, eran muchas las emociones que sentía en ese momento, era como si todo lo que le estaba pasando le ocurriese a otra persona y ella fuese un simple espectador. Estaba un poco mareada, por lo que cerró sus ojos mientras escuchaba las palabras del Imán, respondió cuando era necesario y firmó el libro del registro.

A la salida del templo se aferró al brazo de Galal hasta llegar a la limusina que los llevaría a los banquetes de bodas. Una vez que la puerta del coche se cerró, Galal levantó su velo y escrutó sus facciones.

—¿Estás bien? —preguntó solícito.

—Sí, solo un poco abrumada por lo larga de la ceremonia, anoche dormí poco por el estrés de la boda.

—Ya solo queda el banquete, que es la parte divertida, y podrás descansar.

—Pensé que la parte divertida era después del banquete —insinuó seductora.

—No, esa será la parte apasionada —respondió Galal con los ojos llenos de deseo. —Estás muy hermosa —agregó mirándola con pasión.

—Gracias, esposo, tu también estás muy guapo —contestó regresando el cumplido.

Al llegar al hotel donde se celebrarían los banquetes de boda se separaron. Galal se fue con los hombres dejando a su esposa en manos de su hermana, habían acordado que sería Nahla quien la acompañaría hasta el salón donde entraría por una pasarela para mostrar su vestido de novia a todas las invitadas. Estaban en un saloncito anexo con la estilista y la maquilladora, quitando la capa del vestido y retocando su maquillaje y peinado, cuando la puerta se abrió y Anisa hizo acto de presencia.

—As-salamaleikom, hija.

—¿Qué haces aquí, Anisa?

—¿Qué forma es esa de saludar a tu madre? —reclamó altivamente la esposa de su padre.

—Tú no eres mi madre —le respondió Zahira con los dientes apretados.

—Lo soy por ley y vine a reclamar mi derecho a presentar a mi hija a familiares y amigos, deberás entrar de mi brazo.

—Ni lo sueñes.

Hasta ese momento, Nahla había estado inspeccionando a la segunda esposa de su padre y decidiendo que la odiaba profundamente, esta era la mujer que se atrevió a tratar de casar a Zahira siendo una niña para sacarla de su hogar.

—¿Y quién eres tú para meterte donde no te llaman? —preguntó Anisa mirándola despectivamente.

—Soy Nahla Steel Sfeir, la hermana mayor de Zahira y designada por mi madre Bashira Sfeir, primera esposa de Abraham Sfeir, para presentarla. Así que largo de aquí si no quieres que me arremangue el vestido y te arrastre hasta afuera. Estoy segura de que Jameela me ayudará si no dejas de molestar a nuestra hermana.

—Eres la primogénita, él me habló de su hija ramera que se quedó embarazada sin casarse y vive con un infiel.

—Soy la primogénita y la mujer más feliz del mundo. Y, cada día que pasa, le doy gracias a Dios por haberte hecho estéril y que no hayas tenido hijos en tu vientre porque, entre el mal hombre que es mi padre y la mala pécora que eres tú, mis hermanos hubiesen sido muy desdichados.

Nahla miraba con satisfacción cómo a Anisa se le iban subiendo los colores de la rabia, la misma que sentía ella ante esa mujer despreciable que se atrevió a perjudicar a su hermana.

—Esto no se quedará así, tu padre se enterará de cómo me has tratado y te arrepentirás —le gritó Anisa a Nahla.

—¡Me importa una mierda mi padre! —gritó en respuesta Nahla, con los ojos cargados de fuego—, mientras no se meta con los míos, y Zahira es de las más.

Zahira miraba atónita a Nahla, ya que su hermana era una persona dulce que nunca decía palabras malsonantes ni perdía la compostura. Furiosa, Anisa abandonó la estancia dando un portazo.

Nahla respiró profundo tratando de calmarse, amablemente les pidió salir un momento a la maquilladora y la estilista que estaban casi pegadas a la pared impresionadas por la escena que acababan de presenciar. Cuando las mujeres se retiraron, se volvió a mirar a Zahira que lloraba en silencio. Angustiada se acercó rápidamente a su hermanita y la abrazó.

—Lo lamento, Zahira, perdí la compostura, no debí hacer una escena en tu boda.

—¡Me encantó! —fue la sorprendente respuesta de Zahira—. Nunca nadie me ha defendido así, siempre me he sentido sola cuando he estado indefensa. Yo hubiese podido patear su trasero escalera abajo, pero el hecho de que lo hayas hecho tú... Me dejas sin palabras, Nahla, gracias. Te quiero, hermana.

—¡Oh, Zahira! Yo también te quiero y siempre te voy a defender. Eres mi hermanita, aunque te siento más como una de mis hijas tal vez porque te terminé de criar. Eres una parte muy importante de mi familia y te prometo que siempre voy a estar ahí para ti, cada vez que lo necesites solo tienes que llamarme que yo iré por ti.

—Gracias, Nahla —fue la suave y emocionada respuesta de Zahira.

—Ahora a limpiarse esas lágrimas que es hora de pasarlo bien y bailar hasta el anochecer —dijo Nahla—. Voy a hacer pasar a las chicas para que terminen de arreglarte.

Zahira entró de la mano de Nahla al salón, se sintió muy emocionada por los aplausos de sus familiares y amigas. Caminó por la pasarela mostrando su vestido y, al llegar al final, se encontró en los brazos de Jameela.

—Que seas muy, muy feliz, mi querida hermana, que tu camino esté plagado de rosas —le deseó Jameela con lágrimas en los ojos—. Quiero que sepas que te quiero y que siempre que me necesites estaré allí para ti —culmino besándola en la mejilla.

—Muchas gracias, Jameela, yo también te quiero, sé que siempre podré contar contigo. —Fue la emocionada respuesta de Zahira.

Las felicitaciones se sucedieron una tras otra, hasta que llegó el turno de Suhana. Desde la noche de la seducción de Galal había pasado poco tiempo con su amiga, la había extrañado mucho, pero los preparativos de la boda y el traslado a la ciudad le habían dejado poco tiempo libre. Cuando su amiga la rodeó con sus brazos sintió todo el afecto de largos años de amistad.

—¡Lo lograste! Por favor, prométeme que tratarás de ser feliz, dale una oportunidad a este matrimonio, a lo mejor pueden hacer que esto funcione. ¿Sabes?, pensé que el hombre te mataría después de aquella noche, pero ha demostrado ser un caballero, te ha apoyado en todo. Mas quiero que sepas que si no es así, yo siempre estaré a tu lado para lo que necesites, te juro que te ayudaré a esconder su cadáver si es necesario.

—Lo sé, cariño, mi vida sería otra sin ti. Mis planes están hechos, veremos cómo se desarrolla todo, lo que sí te puedo asegurar es que no me conformaré con un matrimonio de conveniencia, sin amor, así este lleno de

deseo. Quiero un amor de cuento de hadas, como el de Jake y Nahla o el de Kazim y Jameela. Quiero a alguien que me ame sin condiciones, alguien para quien yo sea su prioridad, que me apoye, me deje crecer y ser yo misma. De verdad no creo que ese alguien sea Galal, aunque es un caballero, es muy tradicional, no pegamos, así que para mí este matrimonio tiene fecha de caducidad.

Mientras terminaba sus últimas palabras vio a Beatriz acercándose a ella.

—¡Cómo se atreve! —dijo Zahira furiosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Suhana, antes de mirar a su alrededor, al ver a Beatriz endureció sus facciones.

—¿Qué haces aquí? No eres bienvenida —Zahira habló entre dientes.

—Vine como invitada de Peter O'Brien, quería ver...

—Peter O'Brien tenía una invitación al banquete de hombres...

Zahira se interrumpió cuando Suhana clavó sus uñas en el brazo de Beatriz y tiró de ella para alejarla, su amiga le dijo unas palabras al oído y la soltó. Mientras observaba la escena, la novia hizo una seña al personal de seguridad y le pidió escoltar a Beatriz a la salida. Su amiga regresó muy ufana mientras la mujer se marchaba furiosa.

—Listo, como tu dama de honor honoraria ya saqué la basura —dijo mientras hacía gestos de sacudirse las manos provocando la risa de Zahira—. Ahora, ¿sirven alcohol en esta fiesta?

—Eso espero —respondió Jade a sus espaldas.

No la había oído acercarse, al girarse, la vio acompañada de Ashira, Raissa y Karima, el cuarteto inseparable, sus cuñadas se reían abiertamente mirando a Suhana.

—Oye, eso estuvo muy bien, no soportamos a Beatriz, siempre hemos creído que trata de metérsele por los ojos a Galal —exclamó Ashira.

—No sabemos qué vino a hacer aquí, es una mosquita muerta. —Fue la respuesta de Karima, mientras Raissa, la más callada, asentía con la cabeza.

—Una muestra de apoyo familiar, eso merece un brindis —propuso Suhana mientras ocupaban una mesa y llamaba a una camarera para que trajera sus bebidas.

Dos horas después se anunció que los hombres entrarían a la celebración femenina, para entonces, las chicas estaban más allá del estado alegre pese a haber comido del banquete. Galal levantó una ceja al ver el estado de su esposa, sin embargo, una leve sonrisa apareció en sus labios cuando ella se

arrojó a sus brazos.

—¿Sabes que eres el esposo más hermoso que tengo? —preguntó arrastrando las erres ante la risa de los presentes.

—Y espero que el único que tengas —respondió sonriendo.

—Síííí, y yo espero que solo me tengas a mí como esposa, si no, puedes jurar que seré el Voldemort^[18] de tu vida —afirmó con alegría provocando las risas de todos los que los rodeaban.

Capítulo 24

Parecía que la vida por primera vez le sonreía a Zahira. La celebración de su boda terminó siendo un acontecimiento feliz, Galal se había arrodillado ante ella para la ceremonia de intercambio del anillo, luego la había besado, profunda y apasionadamente, delante de su familia, despertando risa y chiflidos entre algunos y carraspeos y refunfuños entre los más conservadores. Su padre y Anisa se habían retirado después de esa demostración hecha por su esposo.

No estaba ebria, estaba alegre, se dijo mientras miraba a los ojos de Galal, estos brillaban de un modo que parecía feliz, levantó su mano y la posó en la mejilla de su nuevo marido, bajó la mirada a su boca y luego, seductoramente, levantó sus parpados. La mirada de su esposo se oscureció de deseo y tragó convulsivamente.

—Creo que es tiempo de marcharnos —propuso con voz enronquecida.

—Sí, no hay nada que desee más —aceptó Zahira con voz seductora.

La limusina los llevó directamente al aeropuerto en un viaje sorpresa que había preparado Galal, no sería mucho tiempo porque ambos tenían obligaciones. Él estaba en plenas negociaciones con Patrick O'Brian y ella comenzaría el semestre en una universidad local.

—Debí haberme cambiado el vestido antes de salir del hotel, tenía preparado lo que vestiría en el vuelo —dijo Zahira mientras admiraba el lujo del avión que Galal había alquilado para el viaje.

—Le pedí a Jameela que empacara tu ropa de viaje en tu maleta de mano, no quería perderme el placer de quitarte el vestido de novia —expresó admirándola—. Cuando el piloto coloque la señal de quitarnos el cinturón de seguridad, podremos pasar al dormitorio a descansar un poco.

—¿Estás seguro de que quieres descansar? —preguntó provocadora.

«Va a volverme loco», pensó Galal mientras la observaba con deseo.

Estaba muy hermosa. Aunque siempre supo que se casaría con ella había tenido sus dudas sobre cómo les iría en el futuro, sin embargo, ahora que habían pasado tiempo juntos le gustaba su mujer y esperaba tener un buen matrimonio. Se había prometido que haría todo lo posible por hacerla feliz y que sería un hombre fiel. Su resolución se había afianzado más desde que volvió a verla, esta Zahira adulta lo tenía alrededor de su dedo meñique. Su esposa era mucho más que una mujer sexy y hermosa, tenía muchas otras cualidades, amaba a su familia sobre todas las cosas, lo supo al verla con su hermano y sobrinos, y ahora, él sería parte de su familia. Cuando tuvieran hijos sabía que sería una buena madre, le gustaban los niños y su trato hacia ellos era muy bueno.

Su carácter era explosivo, podía maldecirlo y celarlo hasta el infinito, incluso tratar de hacer de su vida un infierno cuando estaba furiosa y, aunque le desesperaba lo malhablada que era en esos momentos, por dentro se regocijaba de despertar en ella ese sentimiento, significaba que sentía algo por él. Ahora sabía que estaba de su parte hacer que lo amara, que se enamorara de él de manera que surgiera esa ternura que sabía que estaba dentro de ella, la misma que solo dejaba ver con su familia y que deseaba se extendiera hacia él.

La luz de mantener colocado los cinturones de seguridad se apagó, por el rabillo del ojo vio que la azafata se acercaba y, con un gesto de la mano, le pidió que se retirara dejándolos solos. Desabrochó su cinturón, se levantó ante la mirada cargada de deseo de su esposa y con manos seguras hizo lo mismo con el suyo, rozando con su mano la cintura y el costado de su pecho. Ese simple gesto provocó que ella aspirara aire profundamente, dejándolo escapar de sus pulmones en un suspiro tembloroso que le indicó cuánto le había gustado su roce. Había estado duro, pero en ese momento sintió que su deseo se expandía hasta límites insospechados. La habitación estaba cerca, a solo unos pasos, mas en aquel instante pensó que estaba a kilómetros, porque su deseo era tal que quería arrancarle el vestido y poseerla allí mismo, en su butaca. Sin embargo, su esposa merecía una cama a miles de kilómetros de altura donde sintiera que estaba rozando las estrellas. Merecía que le hiciera el amor lentamente, que la besara y saboreara, que le diera placer antes de buscar el suyo.

Las piernas le temblaban cuando se puso de pie, Zahira deseaba que Galal

la besara, pero no lo hizo, la tomó de la mano y tiró de ella hasta encaminarla a una de las puertas que se veían al fondo del avión. Al abrirla se encontró en una habitación bellamente decorada, la cama era de tamaño *King size*^[19] demasiado grande para una avión, pero muy cómoda para sus ocupantes. Entraron al dormitorio y él la tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho tan pegada a él, que Zahira pudo percibir su erección. Complacida levantó su mirada y pudo leer en los ojos de su esposo el mismo deseo que ella sentía, pero aderezado con un toque de ternura. Eso la incomodó porque podía manejar la pasión, pero no quería que él fuera tierno, ni suave, ni amoroso, corría el riesgo de enamorarse y él no la amaba. Por eso siempre la decepcionaría, como en todas las oportunidades donde se permitió ilusionarse.

Debía recordar sus palabras cuando se comprometieron, también lo que Galal le dijo a Gaby en su fiesta de dieciséis años. Su mente estaba recordando cada página de sus diarios cuando los labios de Galal se posaron sobre los suyos, las piernas le temblaron y solo pudo aferrarse a su camisa para seguir en pie, su mente quedó en blanco, solo podía sentir y desear más. Tras unos instantes interminables Galal apartó su boca.

—Date la vuelta —ordenó con voz ronca.

Zahira le obedeció, dándole la espalda. Él le apartó el pelo de los hombros y empezó a desabotonar su vestido. Por cada botón que abría, depositaba un suave beso en la piel de su espalda, provocando que se le erizara todo el vello del cuerpo. Al llegar a sus caderas, Galal se levantó y deslizó sus manos por sus hombros, empezó a empujar el vestido hasta hacerlo caer a sus pies. Sus manos se deslizaron por su piel hasta posarse sobre sus senos, cuyas puntas estaban erizadas desde el primer beso; no llevaba sujetador. Siguió bajando lentamente hasta su cintura apretándola contra su cuerpo hasta que pudo frotar su erección contra el trasero de su mujer. Un gemido escapó de sus gargantas al unísono evidenciando la pasión que los embargaba.

Galal la giró hasta tenerla de frente, admirando su rostro sonrosado, su respiración superficial y sus ojos de gata, que lo miraban entrecerrados por el deseo.

—Desnúdame —exigió él.

Ella alargó sus manos y le desabrochó los botones de la camisa. Imitando

sus acciones, posó un beso en cada centímetro de piel descubierta. Al llegar al último botón, Galal temblaba de deseo.

—Quítate las bragas y tumbate en la cama, abre las piernas para mí —ordenó mientras se quitaba el cinturón y comenzaba a desabrocharse el pantalón.

Zahira se sintió en carne viva, vulnerable. Una veta de rebeldía hizo que lo desobedeciera, fue hasta la cama y se colocó sobre sus manos y rodillas, abrió las piernas todo lo que pudo y apoyó sus antebrazos y cabeza en el colchón, su trasero apuntando hacia la erección de su marido. Provocadora, se volvió a mirarlo.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó con picardía.

Galal no pudo hablar, no pudo resistirse y se sumergió en su cuerpo de una solo estocada, el placer lo inundó y apretó los dientes fuertemente para evitar correrse. Pasó sus manos por la espalda de su mujer mientras trataba de calmarse, quería que durara, quería ser tierno, pero esta mujer no se lo ponía fácil, era demasiado pasional. Galal luchaba contra la pasión, quería demostrarle su ternura y llegarle al corazón, pero era una batalla que estaba perdiendo a pasos agigantados. Comenzó a empujar rítmicamente, estaba muy mojada, se inclinó hacia adelante, se sostuvo en una mano y con la otra apretó el sexo de Zahira provocándole un gemido. Siguió empujando frenéticamente, su dedo encontró el clítoris, que estaba duro, lo frotó repetidamente hasta hacerla gritar cuando un clímax intenso la recorrió. Él dejó de moverse para disfrutar de las convulsiones de su vagina, cuando sintió que estas se calmaron, salió de su cuerpo.

Zahira se desplomó sobre la cama, sin fuerzas, sentía sus músculos pesados. Cuando Galal la giró, abrió sus piernas en toda su extensión, su erección apuntando hacia su cuerpo. Miró su cara, roja por el orgasmo brutal que acababa de experimentar. Su sonrojo bajaba hasta sus pechos, sus pezones estaban suaves, su estómago bajaba y subía por su respiración agitada y su sexo estaba totalmente mojado y muy rojo, apetecible. Bajó su cara y lamió su clítoris provocándole un grito por lo sensible que estaba, intentó cerrar sus piernas en respuesta, pero con sus manos la mantuvo abierta para saborearla a su antojo.

Zahira movía la cabeza de un lado a otro mientras suplicaba que parara, porque estaba a punto de volverse loca de placer. Cuando se sintió a punto de explotar paró de atormentarla, se ubicó entre sus piernas y la llenó de una sola

estocada. Su grito resonó en la estancia mientras lo sentía moverse duramente sobre ella, la marea era imparable arrasando todas sus capas de protección. Se sintió estallar en mil pedazos y gritó cuando las oleadas de placer hicieron convulsionar su cuerpo. Entonces lo sintió explotar y llenarla, juntos regresaron a la realidad.

Y allí, entre las estrellas, Zahira no pudo seguir negándose que amaba a ese hombre.

Capítulo 25

Su destino fue Grecia, se percató de ello al bajar del avión en Atenas. Al pasar por inmigración Zahira casi no se mantenía en pie, los parpados le pesaban, literalmente se estaba durmiendo mientras andaba, por lo que Galal la sostenía contra su cuerpo. El oficial que los atendió frunció el ceño con sospecha y pidió que lo acompañaran a una habitación donde les ofreció asiento.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el oficial en inglés, sentándose en una silla que colocó delante de ella.

—Señora, nos acabamos de casar —interrumpió Galal

—Por favor guarde silencio o tendrá que abandonar la habitación, necesito asegurarme de que la señora esté bien. —Zahira sonrió al escuchar al oficial regañar a su esposo, además le enterneció su preocupación. «Debería haber más personas así, el mundo sería un lugar más seguro», pensó.

—Sí, señor oficial, nos acabamos de casar, casi no he dormido por los nervios de la boda, y la fiesta y el viaje me agotaron, solo es eso, pero agradezco mucho su preocupación e interés. Perdón —se disculpó la joven perdiendo la contienda que mantenía contra los bostezos.

—No se preocupe, señora, tenía que asegurarme —explicó levantándose y caminando hacia el escritorio donde selló sus pasaportes—. Que disfrute de su estancia en nuestro país.

—Gracias, oficial.

Antes de acompañarlos a la salida, el buen hombre le tendió la mano a Galal y se disculpó por los inconvenientes.

—Creo que no llegará despierta a su destino —vaticinó el oficial con una sonrisa.

—La dejaré dormir todo el camino —aseguró Galal antes de tomarla en brazos.

Su siguiente medio de transporte logró espabilarla un poco, nunca se había subido a un helicóptero y la experiencia fue, además de excitante, maravillosa.

Atenas desde el aire era una belleza, a lo lejos se divisaba la Acrópolis con el Partenón totalmente iluminado; en la madrugada, las luces resaltaban los monumentos y edificios dándole un brillo cautivador. Se prometió que volvería en una visita más extensa.

La oscuridad envolvió el paisaje a medida que se alejaban de la ciudad, solo pequeños puntos de luz se veían en la inmensidad del mar Egeo, eran pequeñas islas que adornaban el paisaje, su destino era una isla privada cerca de Santorini. Por los audífonos escuchó al piloto informar que estaban llegando al final de su recorrido, entusiasmada, se volvió a mirar a Galal y descubrió que este no miraba el panorama, que gracias a la luz de la luna llena estaba bastante iluminado. Sus ojos estaban puestos en ella a pesar de la penumbra, el rubor subió a sus mejillas al recordar su descaro en el avión. ¿Qué estaría él pensando cuando la miraba tan intensamente? De muchas maneras, Galal era un libro cerrado para Zahira, siempre la desconcertaba porque cuando ella hacía una de las suyas para molestarlo, él siempre la sorprendía con una reacción inesperada. Mentalmente, se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa.

El rápido descenso la obligó a salir de sus reflexiones, miró con curiosidad el lugar donde pasarían su corta luna de miel. La isla era pequeña, a los lejos se veía un poblado que esperaba visitar al día siguiente. La casa estaba a orillas de la playa. Una villa clásica, inmaculadamente blanca, con grandes columnas y ventanales que, al abrirlos, permitían el paso de la brisa nocturna. El aire olía diferente, cálido y sensual.

—Pedí que no hubiese personal, solo son tres días y podremos arreglárnoslas solos —señaló Galal.

—Sí, me gusta eso, no soy muy dada a tener personal a mi alrededor.

—Por favor espera un momento —dijo Galal mientras colocaba las maletas dentro de la casa, muy cerca de la puerta—. Ahora sí —expresó con una sonrisa, cargándola de repente para cruzar el umbral, entre las risas y gritos de Zahira.

—¡Oye!, cierra la puerta —pidió la joven esposa.

Galal se volvió con ella en brazos.

—Empújala con el pie.

A duras penas llegó a la habitación con su hermosa carga, ahora el reto era abrir la puerta y llegar hasta la cama.

—Puedes bajarme —solicitó ella ante el evidente problema.

—No, ábrela tú. —Fue la respuesta de Galal.

Prácticamente la arrojó en la cama y se desplomó a su lado.

—Galal, cariño...

—¿Um? —respondió este entre jadeos.

—Cierra la puerta —pidió de nuevo la joven.

—Estoy muerto, pesas una tonelada —dijo con la cara medio enterrada en la almohada.

—¡No es cierto! ¡Ya no estoy gorda! —exclamó Zahira enfurruñada.

—No lo estás, ¡estás apetecible! Pero la distancia de la entrada hasta aquí es muy larga —respondió levantando la cabeza con una sonrisa en su rostro.

—Agradece que la casa es de una sola planta, no te imagino subiéndome en brazos por las escaleras. —La risa de Zahira le dijo que todo estaba bien—. Galal, cierra la puerta —repitió la joven.

—No, déjala así que no hay nadie y estoy muerto.

—No me gustan las puertas abiertas —dijo haciendo morritos.

—Está bien, pero que conste que lo hago por complacerte —Galal suspiró poniendo una cara dramática.

—¡Oh! Eres mi héroe.

El sol entraba a raudales por las puertas francesas de la habitación cuando Zahira abrió los ojos. Estaba sola en la cama, pero al mirar hacia afuera se encontró con que Galal estaba sentado en la terraza tomando café, vestido solo con unos calzoncillos de color azul oscuro. Se sentó en la cama y el movimiento atrajo su atención. Al verla una sonrisa se pintó en su cara, se levantó de su asiento y entró en la habitación.

—Buenos días, dormilona. —Se inclinó para depositar un suave beso en los labios.

—Buenos días, se me pegaron las sábanas —respondió la chica con cara de sueño.

—Has tenido mucho que hacer últimamente. Ven, vamos a desayunar, que después quiero mostrarte algo.

Ese «algo» era un pequeño yate que estaba anclado en el muelle, y les permitió salir a navegar durante su estancia, con lo que los tres días pasaron volando y en nada, ya era hora de volver a casa. Mientras esperaban el helicóptero Galal la tomó en sus brazos y, al mirar hacia el mar, le señaló la villa.

—¿Te gustó la casa?

—Sí, mucho, es un hermoso lugar, es una lástima que tengamos que irnos tan pronto.

—Está en venta, aproveché nuestra luna de miel para venir a verla y ver si te gustaba. ¿Quieres que la compremos? Será divertido venir aquí a pasar el verano, el invierno o la época que sea.

—¿Es en serio? Me gustaría muchísimo.

Galal sacó su móvil y llamó a su abogado para que hiciera una oferta por la casa.

Zahira lo miró pensativa, no debía dejarse impresionar por lo que su esposo hacía en ese momento, estaban de luna de miel y al calor de la pasión todo se endulza. Debía recordarse que este era un hombre que la había engañado durante mucho tiempo, se casó con él para proteger a su hermano, pero su matrimonio era temporal por lo que debía proteger su corazón.

La fina lluvia que caía sobre Londres la devolvió a la realidad más que sus pensamientos. Sintió frío a pesar de que el otoño apenas estaba por comenzar. Un vehículo con chofer los esperaba en el aeropuerto, cuando el coche avanzó hacia *Parkside*, Zahira frunció el ceño.

—Nos estamos alejando de tu ático.

—No viviremos allí, lo vendí y compré una casa para ti. No es tan grande como la de Nahla o Jameela porque prefiero no tener mucho personal en la casa, me gusta la intimidad y, como dijiste que querías esperar para tener hijos, no necesitamos tanto espacio.

—¡Oh! Me hubiese gustado ir contigo para escogerla —dijo Zahira pensando que, si ella viviría en esa casa, debería haberle preguntado si le gustaba, ¿no?

—Todo sucedió muy rápido, estabas muy ocupada con lo de la boda así que no quise agobiarte más. Si no te gusta la venderé y buscaremos algo más de tu gusto, ¿te parece?

—Sí, claro, gracias.

La casa estaba ubicada en Knightsbridge, el *hall* de entrada era grande y conducía a una sala de recepción separada del comedor. La cocina era espaciosa, toda de color blanco con toques de madera clara y suelos de madera flotante. En el piso superior contaba con tres dormitorios muy espaciosos. Era una casa moderna y elegante y, lo mejor de todo, quedaba muy cerca de Hyde Park.

Se instalaron en una cómoda rutina. Galal se iba al trabajo y Zahira a la

universidad, ella regresaba más temprano y despedía a la señora Thompson quien se ocupaba de la limpieza de la casa y de preparar la cena. Sin embargo, no dormía en la residencia ya que Zahira había aceptado la ayuda siempre que pudiera mantener la intimidad. Los fines de semana salían y visitaban a la familia, con lo que su relación con sus cuñadas mejoró notablemente.

La única espina en su matrimonio era Beatriz Cifuentes. Sabía que Galal hablaba con ella, lo había pillado al teléfono en varias oportunidades. Aunque era consciente de que era la mujer quien lo llamaba, los celos hacían su aparición y los pleitos malsonantes por parte de Zahira, seguidos de las reconciliaciones apasionadas, resonaban por toda la casa.

Capítulo 26

Galal regresaba hoy, por lo menos eso fue lo que le dijo antes de irse de viaje a Arabia Saudí. Se puso furioso cuando se negó a acompañarlo, primero había intentado convencerla y al no conseguirlo, se lo ordenó. Zahira se rio en su cara. El día de su partida se marchó sin darle ni siquiera un beso de despedida y durante su viaje no se molestó en llamarla.

Había ido a visitar a su madre y quería que le acompañara, pero Zahira no tenía intención de volver a su país bajo ninguna circunstancia. Nunca más usaría un *nicaq*, ni siquiera un *hiyab*, no regresaría a un país donde no tenía derechos, más aún cuando toda la familia que le importaba estaba en Inglaterra. Sus hermanas estaban viviendo la vida que querían, quien más le preocupaba era Ebrahim, por él habría estado dispuesta a volver, a sacrificarse, pero ya había pagado el precio de su libertad.

Quien sí la había llamado fue Peter, diciéndole que tenía algo urgente que mostrarle, algo que cambiaría su vida. Insinuó que Galal tenía otra mujer, que él podía proporcionarle las pruebas, pensó en su amistad con Beatriz y se enfureció, como siempre. A pesar del traslado, la mujer iba de visita a la oficina de Galal, estaba segura de eso. Peter la había invitado a un bar la noche anterior, pero no le pareció correcto así que quedaron en verse al día siguiente en una cafetería. Al llegar lo encontró sentado con un café, revisando los mensajes de su móvil.

—Aquí estoy. ¿Para qué querías verme?

—Hola, querida, por favor siéntate, te pedí un té —dijo haciéndole una seña al camarero para que trajera la bebida.

—Esto no es una cita. Quiero saber a qué se debe tu insistencia en verme.

—Vamos, Zahira, fuimos amigos alguna vez, ¿no podemos volver a serlo? —preguntó al tiempo que el camarero colocaba frente a Zahira una taza de té—. En realidad, quería disculparme por haberme comportado como una idiota, me di cuenta que quien hablaba era mi orgullo de hombre, tenías derecho a decir no y yo, por borracho, no lo acepté.

—Peter, sé que estas preocupado de que indisponga a tu padre frente a Galal por lo que ocurrió esa vez —respondió mientras tomaba su té—, pero eso no ocurrirá. En primer lugar, porque tu padre es un excelente empresario que no tiene la culpa de las cosas que tú haces y, en segundo lugar, en cuestiones de negocios Galal es muy bueno y no se dejaría influir por el hecho de que una persona sea o no de mi agrado.

—Si tú fueras mi esposa haría todo lo que pidieras —expresó halagándola.

—Vamos, Peter, compórtate. Sabes que soy una mujer casada y que conmigo no tienes oportunidad —señaló mientras daba otro sorbo a su infusión.

Zahira despertó desorientada. La luz del atardecer entraba por la ventana de una habitación desconocida, miró a su alrededor, estaba en un hotel. Las náuseas la obligaron a correr y vaciar el contenido de su estómago en una papelería. Al incorporarse vio con horror que estaba casi desnuda, solo tenía puesta las bragas, metió la mano derecha y palpó su zona íntima, el alivio la invadió cuando no sintió nada fuera de lo común.

Se sentía muy confusa, trató de levantarse del suelo, donde se había dejado caer, y un mareo la obligó a permanecer sentada, puso la cabeza en sus rodillas hasta que sintió que el mundo había dejado de girar. Su mente le gritaba que todo estaba mal. ¿Qué era lo que hacía en ese lugar? ¿Cómo había llegado? Y, lo más importante, ¿con quién? Se esforzó en recordar y su mente estaba en blanco.

Lentamente se incorporó y divisó su ropa doblada encima de una silla, tambaleante, caminó hasta ella y con manos temblorosas se vistió. Debajo de su ropa estaba su bolso, desesperada lo abrió y buscó su teléfono, estaba apagado, sus manos temblaban mientras lo encendía y esperaba que se cargara el sistema, apresurada llamó a Suhana.

—Hola, Zahira... —Fue la cálida respuesta de su amiga

—¡Por favor ayúdame! No sé dónde estoy —Zahira pidió con voz temblorosa.

—¿Qué te pasó? —preguntó Suhana con aprehensión, ante la desesperación en la voz de su amiga.

—No lo sé, estoy confundida y mareada y, no sé dónde estoy —lloriqueó Zahira.

—Está bien, Zahira, tranquila, mira a tu alrededor, ¿qué ves?

—Creo que estoy en una habitación de hotel —señaló con aprehensión.

—Ve hacia la puerta, allí siempre hay un cartel donde pone qué hotel es y cómo llamar a recepción. Verifica si puedes salir, si no, busca en los cajones de la mesita de noche o en el buró, pero no cortes la llamada. —Suhana le daba instrucciones, que siguió ciegamente. Confiaba en ella, aunque su mente aún estaba aletargada.

—Que tonta soy, no he intentado salir, pero estoy tan confundida —dijo Zahira mientras se levantaba y caminaba lentamente hacia la puerta de salida, sus zapatos y bolso apretados contra el pecho.

—Suhana, en la puerta dice que estoy en el hotel Riverside —indicó mientras probaba a abrir la puerta—. La puerta está abierta saldré a la calle.

—Vete de allí pitando, busca un café o un sitio público y espérame, estoy buscando la dirección del hotel en Google Maps.

Zahira caminó todo lo rápido que sus piernas le daban hasta las escaleras. Mientras recorría el pasillo se dio cuenta de que estaba en un primer piso. Bajó aferrada al pasamanos, aún se sentía mareada y con náuseas. Al llegar a la planta baja se sentó en un escalón para ponerse los zapatos.

Atravesó la recepción mirando a su alrededor, temerosa de que alguien quisiera impedir su salida. Respiró tranquila cuando vio que nadie le prestaba atención. Salió por la puerta, aún hablando con Suhana, y caminó a paso apresurado por la calle. Vio un pequeño café, pero decidió que estaba muy cerca del hotel, aún temía que alguien la detuviese. Siguió caminando hasta que llegó a un Starbucks, le dijo a Suhana que la esperaría allí, entró y se sentó a esperar a su amiga.

Suhana llegó casi veinte minutos después mirando desesperadamente a los lados. Zahira se levantó y se lanzó a sus brazos, se sentía un poco mejor, había logrado espabilarse después de tomar una bebida energética. No quería llamar la atención por lo que trató de sentarse tranquila mientras mil preguntas bullían en su cabeza.

Creía que la habían drogado y se preguntaba si no habría sido Peter, lo último que recordaba era que iban a reunirse para tomar un café. Él le había dicho que tenía algo muy importante que mostrarle y, cuando Zahira le preguntó qué era, Peter dijo que no le creería hasta que lo viera. Como una estúpida había caído en su trampa, pero no sabía con quién se había metido, si pensaba que se quedaría callada estaba muy equivocado. Ella era Zahira Sfeir y no dejaba ofensa sin cobrar.

—¿Estás bien? —preguntó Suhana.

—No —respondió meneando la cabeza—, necesito que me lleves al hospital porque creo que me drogaron.

Fue con la doctora Soraya Maalouf, su médico de cabecera, la llamó camino al hospital y cuando llegó la estaba esperando.

—Zahira, ¿cómo estás?, ¿qué puedo hacer por ti? —le preguntó con preocupación cuando estuvieron a solas.

—Doctora Maalouf, necesito que me examine, desperté casi desnuda en una habitación de hotel sin recordar nada. Creo que no me violaron, aún conservaba las bragas y no tengo marcas, ni señales de haber sido violada, pero quiero estar segura —comentó con aprehensión.

—Oh, Zahira, lamento escuchar eso —dijo tomándola de las manos —¿Recuerdas haber tomado alguna bebida?, ¿alcohol?

—No, no he tomado alcohol recientemente y desde el desayuno, no recuerdo haber comido o bebido algo.

—Pasemos a la camilla para examinarte, después llamaré a una enfermera para que te tome una muestra de sangre y verificar el tipo de droga que usaron. ¿Sabes que, al haber venido aquí, debo hacer la denuncia ante la policía?

—Sí, es lo que deseo. Quien me drogó lo pagará, no soy una víctima de nadie, no me callaré.

Zahira entró al área de examen con el corazón latiendo a mil por hora, se despojó de su ropa en un pequeño baño y se colocó la bata que le pasó la enfermera. Una vez en la camilla la doctora comenzó su examen.

—¿Cuándo fue tu última menstruación? —Zahira se quedó pensando.

—Unos días antes de mi boda, mañana hará dos meses —respondió frunciendo el ceño, se encogió mentalmente de hombros antes de continuar—. Supongo que debió atrasarse por los anticonceptivos.

—¿Cuándo fue tu última actividad sexual? —preguntó la doctora.

—Diez días. —Lo recordaba claramente, Galal llevaba ocho días fuera y, como estaba molesto con ella por negarse a acompañarlo, no habían tenido sexo.

—No se evidencia actividad sexual reciente, pero quiero que esperes un momento, voy a pedir una ecografía. Mientras ubico a un especialista la enfermera tomará la muestra de sangre. —La doctora Maalouf salió de la consulta dejándola muy aliviada.

Diez minutos después regresó acompañada de un médico algo mayor.

—Zahira, este es el doctor Johnson, hará la ecografía. —Zahira asintió, tensa, mientras el doctor la saludaba y le daba una pequeña sonrisa alentadora.

El ecograma transvaginal fue indoloro, aunque muy incómodo. A pesar de que el médico le pidió que se relajara le fue imposible hacerlo, era su primer médico masculino y, en su mente, aún quedaban rastros de su estricta educación musulmana. Por otra parte, ¿por qué necesitaba ese examen? ¿Había descubierto la doctora Maalouf que algo andaba mal?

—Tus sospechas eran ciertas, Soraya —dijo el doctor Johnson señalando a la pantalla.

—¿Qué ocurre doctora? —preguntó Zahira preocupada.

La doctora Maalouf, se sentó al lado de la camilla y tomó su mano mientras el doctor Johnson abandonaba la habitación. El corazón de Zahira latía a mil por minuto, había pasado mucho tiempo enferma, sintiéndose mal y no quería volver a eso, escrutó la cara de la doctora esperando la respuesta.

—Estás embarazada —respondió suavemente la doctora Maalouf.

Capítulo 27

Sintió su alma caer de la impresión. ¡No, no, no!, gritaba su mente. No podía estar embarazada, no quería estar embarazada, no ahora, no después de lo ocurrido ese día. Además, su matrimonio tenía fecha de caducidad y si estaba embarazada no sabía si Galal la dejaría ir. No quería un hijo criado en el islamismo, no quería una hija que fuera obligada a casarse por conveniencia.

Quería una vida donde se casase por amor, donde sus hijos fueran criados al estilo occidental, como Jade. Que tuvieran el derecho a tomar sus propias decisiones, a elegir lo que querían hacer con sus vidas. Había imaginado que después de su divorcio, volvería a Durham, trabajaría, conocería a alguien, se enamoraría y se casaría. Quería su casa con cerca blanca, un esposo con quien envejecer, dos hijos, un perro y algunos gatos. Una vida normal, con preocupaciones normales, que sus decisiones fueran qué haría de cenar o qué película quería ver en el cine.

Estaba cansada del estrés que significaba hacer las cosas correctas para su cultura, la frustraba no poder hacer lo que en realidad deseaba y ahora estaba más atada aún. Quería seguir estudiando, graduarse, trabajar y ser independiente.

—Zahira, ¿te encuentras bien? —preguntó la doctora ante el silencio de su joven paciente.

—Sí, lo lamento, me impresionó la noticia, no me lo esperaba. De hecho, estoy tomando anticonceptivos —respondió Zahira con mil preguntas bullendo en su mente.

—En un rato deben traer el resultado de los exámenes, pero no te preocupes, no creo que el episodio de hoy tenga consecuencias en el feto ya que estás en las doce primeras semanas. Debes parar los anticonceptivos

inmediatamente y tomar algunos suplementos alimenticios.

Zahira asentía ante cada indicación de la doctora, pero su mente estaba muy lejos de allí, en las decisiones que debía tomar. Sabía que tendría a su hijo, de eso no había la menor duda. Galal lo querría y sería un buen padre, con los niños era paciente y amoroso, lo veía cuando estaba con sus sobrinos.

La enfermera volvió con los resultados de los exámenes, sacándola de sus pensamientos. La doctora leyó detenidamente la hoja, antes de levantar la vista.

—Zahira, sí fuiste drogada, con escopolamina^[20], mejor conocida como burundanga o polvo zombi. Por los síntomas que presentabas era lo que sospechaba desde el inicio, mientras no se vuelva a repetir la dosis, una sola debería ser inocua para el feto. Ya el hospital dio parte a la policía y deben estar al llegar, ¿quieres llamar a tu esposo? —preguntó amablemente la doctora.

—No, Galal está de viaje —respondió la joven.

—¿A tus hermanas, tal vez? —insistió la galeno.

—No, doctora, estaré bien.

Unos minutos después entraron dos policías, hombre y mujer. Amablemente le preguntaron lo que había sucedido, las manos le temblaban y sentía náuseas mientras relataba todo lo que recordaba y la cita que tenía con Peter O'Brian. Le preguntaron si podía ir hasta la estación de policía para formalizar la denuncia, a lo que respondió que iría de inmediato. Aún se encontraba allí cuando llevaron a Peter esposado, al verla trató de soltarse del amarre de la policía para ir contra ella.

—¡Todo esto es tu culpa! ¡Maldita seas, Zahira! ¡Yo no he hecho nada! Eres una *calientapollas* que se dedica a excitar a los hombres para luego dejarlos —le gritó en medio de la estación. Zahira sintió una profunda vergüenza, pero levantó su cabeza y lo miró fijamente.

—Pagarás por lo que me hiciste —dijo Zahira con rabia.

—No, tú pagarás por lo que eres: una zorra. —Fueron las palabras de Peter antes de que los policías lo llevaran a otra habitación.

—¿Puede acompañarme de nuevo? Necesitamos mostrarle algo —le pidió suavemente la misma oficial que la atendió en el hospital.

—Claro, no hay problema, todo lo que sea necesario para que pague por lo que me hizo.

Entraron de nuevo en la oficina donde había formalizado la denuncia.

—Confiscamos el PC y el móvil del señor O'Brian y encontramos muchísimas fotografías tuyas, en algunas usted estaba desnuda o semidesnuda. Creemos que fueron hechas con el fin de chantajearla, ya que no fueron subidas a ningún sitio web, solo se compartieron con una persona, cuyo contacto decía Beatriz...

—Beatriz Cifuentes, la antigua asistente de mi marido.

—Efectivamente, ya hay dos oficiales buscándola en su casa y en su trabajo. Estoy segura de que todo se resolverá, ahora quiero que vaya a casa y descanse, debe estar agotada. Si necesitamos alguna aclaración la llamaremos.

—Quiero que paguen por lo que me hicieron —pidió con rabia.

—Pagarán, no se preocupe —aseguró la detective—. Tiene usted una gran fortaleza y ha sido muy valiente al denunciar.

—Gracias, por favor manténgame informada —insistió Zahira.

—Por supuesto, señora Al-Husayni.

Cuando salió, Suhana la esperaba, tomó su mano y examinó su cara.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, Peter me tendió una trampa, creo que en complicidad con Beatriz. Ellos me tomaron fotos comprometedoras, la policía cree que con el fin de extorsionarme.

—¡Joder, Zahira! Qué gente tan malvada.

—Sí, no quise ver las fotos, hoy no me siento con fuerzas para hacerlo, otro día lo haré. La detective dijo que serían usadas como pruebas para acusar a Peter.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Suhana.

—Nada, si ellos necesitan algo me llamarán, por el momento llévame a casa, por favor.

—¿Galal ya llegó?

—No lo creo, llamó cuando mi teléfono estaba apagado y no ha vuelto a hacerlo, así que imagino que su vuelo se debió retrasar. Agradezco ese pequeño respiro porque vamos a tener que hablar de lo sucedido y no me siento con fuerzas ahora.

—Está bien, tú no te preocupes, pronto estarás en tu cama.

Cuando llegaron a la casa ya era noche cerrada. Su hogar permanecía a oscuras, lo que significaba que Galal no había regresado, respiró aliviada, así no tendría que explicar todo lo que había pasado ese día. No quería tener que

decirle que estaba embarazada, necesitaba pensar, aclarar sus ideas, recomponer fuerzas. Ya mañana sabría qué hacer, por ahora necesitaba descansar.

—Si Galal no ha llegado me quedaré contigo —ofreció resueltamente Suhana.

—No, por favor, solo quiero darme un baño y meterme en la cama. Ha sido un día muy largo y quisiera estar sola y descansar.

—¿Segura?

—Totalmente, amiga, no tengo cómo agradecerte lo que has hecho por mí.

—No te preocupes, tonta, para eso estamos las mejores amigas —dijo antes de darle un abrazo rápido.

Zahira bajó del coche sintiendo todo el peso del mundo, caminó lentamente hasta la puerta con la llave en la mano, mentalmente agradeció el pequeño descanso que le dio el retraso de Galal. No había vuelto a llamar, por lo que dedujo que aún estaría furioso con ella. Abrió la puerta y el silencio de la casa la recibió, la adrenalina que la había mantenido en pie la abandonó dejándola agotada, no tuvo la energía ni siquiera para encender las luces. El camino hacia su habitación le pareció muy largo, a medida que avanzaba por la escalera, se encendían las luces de los escalones que se activaban por el movimiento.

La puerta de su habitación estaba cerrada tal y como le gustaba, era una pequeña manía que sabía que era heredada de su madre y por eso nunca luchó contra ella. Al pensar en la mujer que la trajo al mundo una sonrisa triste apareció en sus labios, su mamá era una mujer alegre y optimista que nunca se dejó vencer por las adversidades que la vida le puso por delante. A veces pensaba que todo su carácter y depresión venían de su padre y lo odiaba más por ello.

Abrió la puerta y atravesó su habitación en penumbra, dejando caer el bolso y el sobre con la copia de la denuncia al suelo. Su mente estaba puesta en la bañera, solo quería hundirse en el agua caliente y llorar un rato. Necesitaba liberar el estrés acumulado, el cúmulo de emociones que apretaban su pecho y amenazaban con ahogarla. Lloraría solo esa noche, su hijo necesitaba a una madre fuerte que lo defendiera y le enseñara a ser bueno, pero hoy podría regodearse en su desdicha antes de levantarse y volver a empezar.

Perdida en sus pensamientos abrió la puerta del baño y, antes de encender

las luces, su habitación se iluminó.

—Hola, esposa.

Capítulo 28

Su grito resonó en la estancia, asustada se giró a mirar a su marido y lo encontró sentado en uno de los sillones al lado de la chimenea, había estado mirándola en la oscuridad. Vestía un traje tradicional sin turbante, dándole un aspecto ligeramente distante y amenazador. Su mirada lo devoró, le había extrañado, a pesar de que no quería reconocerlo ante sí misma. En los dos meses que habían transcurrido desde su matrimonio se había acostumbrado a vivir con él, a dormir a su lado, a que le hiciera el amor todas las noches, a sus costumbres.

Estaba guapísimo, tenía un rastro de barba que le indicaba que llevaba algunos días sin afeitarse. A medida que se miraban a través de la habitación sintió un poco de nerviosismo cuando vio que la rabia endurecía sus facciones, sus hermosos ojos verdes destilaban fuego, aclarando su mirada hasta un tono de verde casi felino. Un vaso de *whisky* reposaba en su mano, eso la sorprendió, Galal bebía muy poco, alguna copa de vino con la comida. Su postura era rígida, la examinó de arriba abajo sin pronunciar palabra, nerviosa retrocedió un paso hacia el interior del aseo.

—No..., no..., no sabía que estabas en casa, no me lla... llamaste —tartamudeó ante su mirada.

—Quería darte una sorpresa, llegué al mediodía y he estado llamándote, pero tu móvil sonaba apagado.

—Yo... estaba con Suhana y me quedé sin batería, ella me trajo.

—Sí, vi cuando llegaron, tu buena amiga Suhana siempre está allí cuando la necesitas, ¿no?

—Sí, es una muy buena amiga.

La mente de Zahira giraba buscando una excusa. No quería hablar en ese momento, sus defensas estaban muy bajas, se pondría a llorar como una niña y necesitaba de toda su fortaleza para explicar lo sucedido, para contarle de su embarazo y poner las condiciones. Tenía que levantar sus barreras para no quedar indefensa ante Galal, para no dejarse avasallar por él.

—¿Y qué hicieron Suhana y tú todo el día? —preguntó suavemente Galal.

—Almorzamos, fuimos al spa y luego de compras, se nos hizo tarde caminando por ahí por lo que decidimos cenar. No pensé que habías llegado, no me llamaste para confirmar tu regreso. —Mintió descaradamente, sin pensar, solo sabía que en ese momento no podía contarle todo lo sucedido.

—Antes de irme te dije que regresaría hoy. Una buena esposa estaría en casa esperando el regreso de su marido.

—No soy una buena esposa entonces, mi vida no estará supeditada a la tuya —indicó levantando la barbilla arrogantemente.

—No, no lo eres —dijo cruelmente—. No eres más que una puta mentirosa. —La rabia carcomía su mirada.

—¡Cabrón! No permitiré que me insultes, no soy una puta. Era virgen cuando estuve contigo, así que no tienes argumento para llamarme así.

—Tenías el himen intacto, pero a saber por cuántas camas habrás pasado. Tenía la sospecha de que tu vida no había sido tan recta como la de una novia prometida. Lo comencé a sospechar cuando estuvimos en tu universidad y escuché a un hombre llamarte *calientapollas*, me dije a mí mismo que no era cierto, que no te ofendería a ese punto, pero la duda ya estaba sembrada. Una virgen no se comportaría en la cama como tú lo hiciste esa primera vez.

—¡Maldito! No te escuché que te quejaras esa vez, estabas loco de deseo —gritó Zahira en respuesta.

—Después, las insinuaciones de Peter y la familiaridad con la que te trataba me hicieron dudar —continuó hablando implacablemente, ignorando sus palabras.

—Estabas celoso, yo no tengo la culpa de tus celos. Peter es un maldito enfermo que se juntó con la puta de tu secretaria para hundirme, y tú, en vez de apoyarme me has dejado a un lado. Ella sigue trabajando en la empresa a pesar de haberme lastimado e injuriado.

—Te dije que dejaras a Beatriz fuera de esto, ella lo que ha hecho ha sido tratar de defenderme, me ha sido leal, cosa que no puedo decir de ti. Eres una cualquiera, una puta, pero eres mía y te juró que aprenderás a comportarte.

—Puedo ser tu esposa, pero no soy tuya. No tienes motivos para dudar de mi integridad, esta ofensa no te lo perdonaré nunca. —Enfurecido, Galal la agarró por el brazo arrastrándola hasta la cama. Al llegar allí la empujó hasta que quedó medio recostada, se cernió sobre ella, su nariz casi tocaba la suya.

—¿Dices que no tengo motivos? ¿No es esto motivo suficiente? —susurró

con rabia poniendo en su mano su móvil.

La primera fotografía le impactó, horrorizada, las fue pasando una a una. En todas aparecía desnuda, en poses sugerentes, en la cama con un hombre al que no se le veía la cara. Pero ella sabía que era Peter, tocándola, besándola, estrujando sus senos. Había una en la que parecía que estaba penetrándola, pero gracias al examen sabía que no era así, sin embargo, la náusea subió por su garganta. Sabía que le había tomado fotos sugerentes, pero no las vio en la estación de policía. Se sentía violada, avergonzada.

Cuando Zahira levantó su mirada, Galal vio el dolor y la vergüenza que sentía, pero su corazón se había endurecido ante la traición sufrida, no sentiría compasión de ella, no le importaba lo que sentía, bastante tenía con su propio dolor.

—Eres una zorra inmoral, una cualquiera que no merece compasión, pero hice una promesa, prometí que me ocuparía de ti...

—¡No! No es lo que tú piensas, déjame explicarte lo que pasó —derrotada, dejó caer las lágrimas que había estado conteniendo desde que despertó en esa habitación del hotel.

—No me interesa oír tus mentiras, todo lo que sale de tu boca es falso. Desde el día que te conocí no has sido más que una malcriada que solo quería hacer su voluntad. No quiero mirarte más, no quiero ver tus lágrimas. Si crees que vas a poder manipularme con ellas no lo lograrás.

—Por favor, Galal, escúchame —rogó llorando.

—¡No! Tu tiempo se acabó, pensé en hacer una vida contigo, pensé mucho durante el viaje y había llegado a la conclusión de que tenías miedo de volver a casa y lo entendí, al final lo entendí. Llegué hoy aquí dispuesto a darnos una oportunidad, a proponerte un viaje de luna de miel, a poner mi corazón en tus manos, ¡que idiota! Mientras yo pensaba en un futuro a tu lado, tú estabas revolcándote con ese hombre.

Las palabras, dichas con la frialdad del hielo, estremecieron a Zahira, todo el control que había logrado reunir se rompió, dejándola con sus emociones al desnudo. No sabía qué hacer ni qué decir, nunca pensó que Galal la acusaría, pensó que, con lo caballero que era, iba a apoyarla. Que trataría de que se hiciese justicia en su caso y que Peter pagara por lo que le hizo. Pero no tuvo tiempo de contarle lo que había ocurrido, alguien le había enviado las fotos y ahora él pensaba que le había traicionado, que era una adúltera sin moral.

—Te lo ruego, Galal, déjame explicarte —pidió por última vez

—No, no quiero seguir escuchándote, ten un poco de dignidad y asume lo que hiciste.

Las náuseas que venía conteniendo subieron por su garganta, corrió al baño y, entre sollozos, arqueó repetidamente sobre el inodoro, no tenía nada en el estómago que vomitar. Había perdido totalmente el control.

Largo rato después, cuando pudo reunir un poco de serenidad, y pensando que Galal se había marchado, intentó levantarse y se sintió muy mareada. Tambaleante, caminó hasta su habitación, se sorprendió al ver a su esposo sentado en la cama, esperándola.

—¿Terminaste? —preguntó con una sonrisa sardónica—. Cada día me sorprendo más de tus dotes de actriz.

Sus palabras hicieron que tratara de enderezar su espalda, su orgullo vino al rescate, pero el mundo seguía dando vueltas a su alrededor hasta que perdió la batalla y todo se oscureció antes de perder el sentido.

Unos minutos después despertó en su cama, su mente estaba en blanco, se sentía muy cansada y trató de relajarse. Hasta que, de repente, el recuerdo de todo lo que había sucedido volvió como una avalancha, provocando una nueva ola de sollozos. Giró sobre sí misma para acurrucarse y llorar. La voz de Galal volvió para atormentarla.

—Prepara tu maleta, mañana saldremos a Arabia Saudí. Te dejaré en el castillo bajo la vigilancia de mi madre hasta que aprendas a comportarte como una mujer decente. Hasta entonces no volverás a poner un pie en Inglaterra. —Fueron sus crueles palabras, dichas con una voz que denotaba odio.

Zahira estaba en estado de *shock*, todos sus miedos estaban resumidos en sus palabras. ¿Volver a Arabia Saudí?, ¿enterrarse en vida en un castillo?, ¿sin nada que hacer?, ¿dependiendo de la buena voluntad de su esposo? ¡No!, ¡no!, ¡no! Más aún cuando Galal la odiaba, cuando la creía una adúltera, cuando tenía en su poder las fotografías que podían conducirla a la muerte.

Sería lapidada si Galal iba a un tribunal y mostraba esas fotos, de nada serviría la denuncia hecha ante la policía, ni los exámenes de laboratorio donde se comprobaba que había sido drogada. Aunque una vocecita le decía que Galal nunca la expondría de esa manera, el miedo era un potente enemigo que la impulsaba a actuar. Además, debía pensar en su bebé, ese pequeño ser que crecía en su interior, que no tenía la culpa de sus errores. Su hijo tenía el derecho a nacer libre y sin estigmas, pensó en cuáles eran sus opciones y llamó a la única persona capaz de ayudarla.

Capítulo 29

Galal salió de la casa dando un portazo, estaba furioso, tenía ganas de romper algo. Estrelló su puño contra la pared, pero el daño de su mano no amortiguó los sentimientos que le carcomían por dentro. Rabia, traición y dolor, por primera vez sintió que la vida lo pateaba. Sin saberlo había sido un hombre afortunado, nunca había sentido un dolor así, nunca había sufrido por una traición, nunca había estado tan ciego de rabia como en ese momento. Siempre había pensado que todo saldría bien, que podía hacer una vida al lado de Zahira, que tendrían hijos y envejecerían juntos. No había estado enamorado de ella, ¿cómo estarlo si era una niña cuando se comprometieron?

Cuando la conoció como Katia había quedado cautivado, era hermosa e increíblemente sexy, le había gustado mirarla, la había deseado como nunca había deseado a mujer alguna. Estuvo intrigado y nervioso al percatarse de que era virgen, se sintió culpable de haberla lastimado y se prometió buscarla y explorar hasta dónde los podía llevar ese deseo. Había pensado que era un hombre libre y por eso se permitió dejarse avasallar por esa mujer, había dado por culminado su compromiso con Zahira pensando que era lo que ella deseaba, nada más lejos de la realidad y ella se lo hizo pagar.

Había estado furioso por su engaño, se sintió como un estúpido cuando se enteró de que Zahira y Katia eran la misma mujer. Eso debió decirle quién era su prometida, de lo que era capaz. Pero había estado deslumbrado por la mujer en la que se había convertido, sin detenerse a pensar en que era solo una fachada, como la portada hermosa de un libro lleno de maldades.

Fue muy inteligente al desaparecer por veinticuatro horas después de su seducción, esa acción le había dado tiempo para enfriar su enfado y empezar a preocuparse por si ella estaría bien. Cuando se presentó en casa de su hermana, ya él había remendado el entuerto que había creado. Al mirar sus ojos pensó que había visto un poco de vulnerabilidad y miedo, entonces, Zahira había levantado su barbilla y sonreído forzosamente, por lo que en ese momento decidió darle una oportunidad de justificarse. Cuando le dijo que lo

había hecho por venganza, debido a lo que pensaba que era su traición, creyó erróneamente que estaba celosa, que sentía algo por él. Deslumbrado por el deseo que sentía por ella perdonó su engaño, la justificó de mil maneras. Estaba celosa por todas las publicaciones de la prensa amarilla sobre sus supuestas mujeres, tal vez resentida por haber sido comprometida sin haber dado su consentimiento, era voluntariosa y decidida, dos atributos que le gustaron.

Hubo momentos en los que creyó ver en su prometida cualidades que, ahora que había caído la máscara, era evidente que no tenía. Esa vulnerabilidad de su mirada era una farsa. Esa mirada cargada de amor era un engaño. Era un estúpido, en su mente idealizó a una mujer que no existía, una mujer que su mente creó y de la que se enamoró. Pero era solo eso: un enamoramiento absurdo que se acabaría con esta traición. Porque no podía amarla, no llegaría a ese punto.

No sabía qué pasaría en un futuro. Se divorciaría, la dejaría, pero no ahora, su orgullo no le permitiría hacerlo. Ella merecía un castigo por su traición, la llevaría a su país porque Zahira lo detestaba, la tendría allí un tiempo y luego le permitiría regresar a Inglaterra. Tendrían un divorcio discreto, no la expondría ante su familia dando explicaciones del porqué de su proceder, pero la rabia que sentía en ese momento no permitiría que saliera indemne.

Las manos le temblaron mientras abrió la puerta del coche, sentía que debía alejarse de la traidora de su mujer hasta que la frialdad se instalara en su alma y le permitiera mirarla sin sentir nada. Pensó en llamar a Beatriz para desahogarse, ella le amaba, se lo había dicho antes de pasarle las fotografías, no quería verlo sufrir, pero no podía permitir que Zahira siguiera engañándolo de esa manera. Las imágenes habían aparecido en un sitio de internet, pero su antigua asistente era una experta en informática y había logrado, junto a un amigo *hacker*^[21], eliminarlas, porque no podía permitir que su nombre fuera enlodado de esa manera. Se lo agradecía profundamente, por eso no la llamaría, porque probablemente terminaría acostándose con ella por rabia y despecho, y no sería justo hacerlo cuando sabía que le amaba.

Se registró en un hotel, pensó en ir al bar a buscar unos tragos y una mujer, su orgullo de hombre despreciado lo pedía a gritos, de hecho, se encaminó hacia allí. Se sentó en la barra y pidió una botella de *whisky*, el camarero le

sirvió el primer trago en un vaso corto, se lo tomó de un sorbo y se sirvió otro. Paseó la mirada por el bar, había varias mujeres que lo miraban con fascinado interés, bajó sus ojos hasta su ropa y se maldijo. Aún llevaba puesta su túnica, era cómoda y le gustaba usarla en los viajes, sin embargo, allí llamaba poderosamente la atención, gritaba lo que era: un hombre árabe rico que estaba en un bar buscando a una mujer. Si la prensa amarilla lo pillaba, en la mañana sería titular de primera página. Pensó que esa vez sería cierto y sonrió sarcásticamente, para Zahira sería una cucharada de su propia medicina.

Por el rabillo del ojo vio a una rubia acercándose, se volvió a mirarla. Pelo teñido de un amarillo casi blanco, dientes perfectos y maquillaje discreto que resaltaba lo hermoso de sus facciones. Su cuerpo, enfundado en un vestido negro ceñido, mostraba un pecho generoso, sin duda producto del bisturí, una cintura estrecha y unas piernas largas. No lo encendió, le dio la espalda para darle a entender que no estaba interesado.

Su mirada recorrió el bar buscando a una morena. En una mesa cercana, una chica joven reía a carcajadas después de oír el chiste de una amiga, sus miradas se encontraron y levantó el vaso en un brindis silencioso, ella le respondió al gesto, se levantó y caminó hasta la mesa de las jóvenes.

—¿Puedo acompañarlas? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Depende —respondió coquetamente la chica, su amiga lanzó una risita.

—¿De qué dependería el placer de tu compañía? —preguntó en respuesta con un tono un poco sarcástico.

—De lo dispuesto que estés a compartir tu botella —contestó con una sonrisa un poco picante.

—No negaría una bebida a una mujer tan hermosa —expresó con galantería a pesar de apreciar que era el tipo de mujer que solo buscaba quien pagara los tragos.

Quince minutos después subieron a su habitación, su amiga se quedó con la botella mientras buscaba compañía para pasar la noche. En el ascensor la chica lo besó con una pasión fingida. Era un hombre guapo sí, pero lo más importante era que se trataba de uno de los jeques millonarios que salían en las revistas del corazón, podría sacarle mucho dinero si jugaba bien sus cartas. Estaba bastante bebido, trataría de acostarse con él sin preservativo y, si la suerte la acompañaba, se quedaría embarazada y *voilà!* Nunca más trabajaría. Era un muy buen plan si funcionaba, si no, trataría de sacarle la

mayor cantidad de pasta posible.

Galal abrió la puerta de la habitación, le cedió el paso a su acompañante y entró un poco tambaleante, sus ganas de follarse a la mujer habían desaparecido después del beso. En la penumbra del bar se le había parecido ligeramente a Zahira, pero cuando entraron en el ascensor se dio cuenta de todas las diferencias en su aspecto y se odió al darse cuenta de que solo la deseó por el parecido que tenía con su esposa. Después ella lo había besado con mucha pasión y él no sintió absolutamente nada. No sintió el calor, el deseo, ni el sentimiento que lo envolvía cada vez que su mujer lo besaba.

La chica caminó hasta la cama, encendió las lámparas de las mesitas de noche que había a los lados de la cama, se giró y empezó a sacarse la ropa. Galal la contempló con el ceño fruncido, se acercó hasta ella y colocó sus manos en los hombros de la chica.

—Por favor no sigas, no creo poder seguir adelante.

—¡Oh! No te preocupes, yo haré todo el trabajo, tú solo disfruta —le respondió coqueta, pensando que se refería a su estado de embriaguez.

—No es eso, he tenido un día muy duro y estaba a punto de cometer un error del que me arrepentiría por la mañana. Creo que es mejor que te marches.

—¿No puedo quedarme contigo? Es tarde, mi amiga debe haberse marchado y hace mucho frío para tomar el autobús —replicó poniendo excusas para intentar quedarse.

—Permíteme que te compense pagando tu taxi, es lo menos que puedo hacer —resolvió buscando su cartera.

—Muchas gracias, eres muy amable —aceptó tomando el dinero que Galal le ofreció—. ¿Puedo usar tu baño?

—Por supuesto —respondió Galal sentándose en la cama.

«La chica está tardando demasiado», pensó Galal mientras el sueño se apoderaba de él. Ni siquiera sabía su nombre, no se había molestado en preguntárselo. Lo único que le importó era su parecido efímero con Zahira. Al recordar lo ocurrido sintió la familiar opresión en el pecho, esa que se había instalado en su corazón desde que descubrió la traición de su esposa, no entendía qué había sucedido. ¿Por qué le había engañado?, ¿tan infeliz era que debió buscar otro hombre? La última imagen que pasó por su cabeza antes de dormirse fue la cara horrorizada de su esposa cuando vio las fotografías.

La chica se llamaba Olivia Parker y se encontraba revisando su móvil

mientras perdía el tiempo en el aseo esperando a que el idiota se durmiera. La había despreciado despertando su rabia, su plan se fue al garete, sin embargo, como toda buena estafadora, había ideado un plan B. Solo debía tener paciencia y esperar lo suficiente, le daría unos minutos más, así podría desnudarse, meterse en la cama con el tipo y hacerle creer que habían pasado una noche de tórrida pasión. Además de tomarse unas fotografías con el buenorro y venderlas a la prensa. Siempre pagaban buena pasta por ese tipo de imágenes con famosos y ella sabía a quién llamar para sacar el mejor provecho de la situación.

Capítulo 30

El vuelo le pareció excesivamente largo a Zahira, a pesar de que durmió gran parte del mismo. Estaba muy cansada por lo que, cuando la azafata le ofreció la habitación principal del avión de Jake, no dudo en irse a descansar. Pensó que no podría dormir después de tantas emociones, pero el agotamiento la venció.

Mucho tiempo después de que Galal hubiese salido azotando la puerta se obligó a sí misma a levantarse de la cama, buscó su móvil y llamó a Nahla. Necesitaba huir y sabía que quien podía ayudarla era su hermana mayor, ella entendería su necesidad de esconderse, de ocultar su embarazo. No sabía qué le depararía el futuro, pero se prometió a sí misma que lucharía por su hijo con uñas y dientes. Si su esposo pensaba que ella se iría con él mansamente estaba muy equivocado, ella nunca sería mansa, ni sumisa, ni siquiera cuando se sentía vencida.

Nahla llegó a su casa pocos minutos después acompañada por Jake y Ebrahim. La preocupación marcaba sus facciones, aún tenía muy presente la crisis depresiva que sufrió su hermana en la adolescencia. Zahira miró a su hermano con aprehensión, para ella seguía siendo su niño y lo que tenía que contar lo involucraba.

—Lo lamento, Zahira, Ebrahim escuchó cuando le contaba a Jake de tu llamada e insistió en venir —se excusó Nahla.

—Por supuesto que vendría. Eres mi hermana, si algo te ocurre yo vendré a ayudarte —declaró su hermano con vehemencia.

—Quizás sea lo mejor, es necesario que conozcas todos los hechos para poder protegerte —reflexionó Zahira.

—Zahira, cariño, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Nahla

—Empezaré desde el principio. Hace tres meses, cuando Galal quiso romper el compromiso, papá fue a Durham y me amenazó para que me casara o bien con Galal o con un jeque del desierto. —Ebrahim juró por lo bajo.

—Pero sabes que estando aquí no puede obligarte, por eso hemos pedido

tu asilo —alegó Nahla.

—Lo sé, me reí en su cara y se lo dije, se puso hecho una furia. Entonces me amenazó con llevarse a Ebrahim al desierto, cuando cumpliera los dieciséis años lo obligaría a casarse con una hija viuda de ese mismo jeque.

—No puede hacer eso, tiene un acuerdo con los Al-Husayni...

—Acuerdo que se rompería en el momento en que se rompiera mi compromiso.

—¿Te sacrificaste por mí? —preguntó Ebrahim con rostro sombrío.

—Ebrahim, haría cualquier cosa por tu bienestar y papá lo sabe. Lo hice porque te quiero, eres lo único que me dejó mamá.

—Lo lamento, Zahira, pero hubiese preferido saberlo, no quiero que nunca más hagas algo así... Yo también te quiero —dijo su hermano abrazándola.

—El matrimonio con Galal no fue malo, hasta el momento en que me pidió acompañarlo a Arabia Saudí a ver a su madre. Me negué rotundamente a ir, no volveré nunca, no usaré un *nicaq*, ni un *hiyab* nunca más.

—Te entiendo perfectamente —apoyó Nahla.

—El hecho es que Galal regresó hoy al mediodía. Yo había salido a ver a Peter O'Brian, un antiguo compañero de la universidad e hijo de un hombre de negocios que está haciendo tratos con el consorcio Al-Husayni. Peter me dijo que tenía algo que mostrarme de Galal y que debía ser en persona.

—Y Galal se molestó —afirmó Nahla.

—Ojalá hubiese sido eso. Peter me drogó, me llevó a un hotel y me tomó fotos desnuda, como si estuviera teniendo relaciones sexuales con él y, en complicidad con la antigua asistente de Galal, se las enviaron.

Las exclamaciones de Nahla y Ebrahim la hicieron callar por un momento, con sus manos les pidió silencio, necesita terminar de contarles para pasar a la acción.

—Al despertar llamé a Suhana y le pedí que me llevara con la doctora Maalouf. Ella me examinó y confirmó que Peter no me violó, pero igualmente tuvo que notificar a la policía, fui a la estación a declarar. Cuando llegué a casa ya era de noche y Galal me esperaba, estaba furioso porque pensó que lo estaba engañando, no dejó que le explicara lo que había sucedido. Como castigo planea llevarme de regreso a Arabia Saudí y dejarme con su madre. ¡No iré!

—¡Por supuesto que no iras! —exclamó Nahla.

—¡Déjalo, divórciate de él, no te preocupes por mí, puedo manejar a

papá! —exclamó Ebrahim.

—No es tan fácil, estoy embarazada, y cuando Galal se entere, tratará por todos los medios de llevarme con su madre. Por eso necesito ocultarle mi embarazo y huir, quiero que mi hijo o hija nazca como ciudadano británico, que tenga esa seguridad. Después de su nacimiento me enfrentaré a Galal.

—Yo me iré contigo, cuidaré de ti —afirmó su hermano de inmediato, provocando que Zahira le acariciara una mejilla con sus dedos.

—Claro que te ayudaremos a huir —exclamó Nahla con convicción—. Si quieres llevarte algo de aquí vamos a empacarlo, porque nos iremos de inmediato —su hermana se puso de pie y, mirando al chico, ordenó—: Ebrahim, sube con nosotras para que bajes las maletas, por favor.

Jake había permanecido parado en una esquina escuchando la historia, una vez que las mujeres y su joven cuñado se marcharon a terminar el equipaje, se sentó, tomó su móvil y llamó a su piloto. Si había huida debía tener el avión listo para partir. Quería partírle la cara a Galal. Su esposa y sus cuñadas habían sufrido mucho en manos del viejo jeque y, aunque los hijos del antiguo prometido de su esposa habían demostrado ser hombres de honor, siempre podía haber una excepción.

Media hora después Zahira abandonó su hogar, antes de ir al aeropuerto pasaron por casa de los Steel a recoger algunas cosas para Ebrahim. Su hermano se había empeñado en acompañarla y Nahla lo secundó. Ya se ocuparía ella de que su padre los dejara tranquilos, tendría una seria conversación con el jeque, él le debía un favor y se lo cobraría manteniendo a su padre a raya. Nahla, mejor que nadie, entendía a su hermana, su miedo era real, con esas fotos circulando nunca podría volver a su país. Era un riesgo muy grande, uno que podría costarle la vida, porque en su cultura no importaba si la mujer era la víctima, siempre era la culpable de lo sucedido.

Zahira fue despertada por la azafata media hora antes de llegar. Sentía sus emociones entumecidas, como si estuviese viviendo un sueño y todo lo sucedido le hubiese ocurrido a otra persona. Por todos los medios trató de evitar pensar en lo que había pasado, si lo hacía no dejaría de llorar nunca y debía ser fuerte por su hijo. Era de madrugada cuando aterrizaron en Nueva York, tomó la mano de su hermano y bajó del avión. A pesar de la hora había bastante movimiento de personas en el aeropuerto John F. Kennedy. El oficial de inmigración que los atendió revisó sus pasaportes, los selló y le dio la bienvenida a los Estados Unidos de América.

Un chofer los esperaba para llevarlos al hotel de un amigo de Jake, no aparecerían en los registros con sus nombres reales, no existirían datos bancarios de pago alguno, su cuñado se había encargado de todo. Si Galal se empeñaba en buscarla no la encontraría, no hasta que ella quisiera aparecer. Aunque sabía que era inevitable y que volvería a verlo porque llevaba en su vientre a su hijo, en ese momento sentía que podía pasar toda la vida sin él.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, en los dos meses transcurridos desde su boda había bajado sus defensas y ahora estaba pagando el precio. Se había permitido enamorarse de su esposo y, aunque se lo negara, hubo momentos en los que fantaseó con una final feliz, en su casa, con dos hijos, un perro, tres gatos y un esposo con quien envejecer. Era una estúpida porque olvidó que los sueños pocas veces se hacen realidad.

Capítulo 31

Galal despertó sintiendo que su cabeza martilleaba, abrió los ojos lentamente para acostumbrarse a la claridad que percibía a través de sus párpados cerrados. La luz inundaba la habitación del hotel donde se alojó la noche anterior, sentía en la boca el sabor amargo del licor ingerido provocándole una ligera náusea. Se incorporó hasta quedar sentado en la cama, aún permanecía vestido, con la túnica y los zapatos puestos.

Los recuerdos de lo sucedido en las últimas veinticuatro horas inundaron su mente como en una avalancha repentina, la rabia se había marchado dando paso a un dolor sordo en su pecho. Colocó los codos en sus rodillas, con los puños apretando sus ojos tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir. Reprimió las ganas de llorar, no lo había hecho desde que su padre murió hacía ya varios años. Él nunca lloraba, no había habido en su vida suficientes motivos para hacerlo, nunca había sido desdichado hasta Zahira.

El recuerdo de su esposa provocó una nueva ola de sentimientos que derribó su fuerza de voluntad y las lágrimas reprimidas corrieron libremente por sus ojos. Habían traspasado todas sus barreras y no pudo contenerse más, se rindió a los sollozos que brotaron de su pecho. Su traición dolía como nada le había dolido en la vida. Se había enamorado de su esposa, la amaba como nunca había amado a nadie, pero todo era mentira. Todas sus sonrisas eran una farsa, las miradas de amor que creyó percibir en ella eran producto de su imaginación, lo que deseaba creer.

Había pasado por alto muchas señales de que ella era una persona diferente a la que él creyó, empezando por el engaño de cuando la conoció como Katia. Se lo había advertido, le dijo que era vengativa y rencorosa, que su lema era que no dejaba ofensa sin cobrar.

Zahira pensaba que él la había engañado muchas veces a lo largo de los años, tal vez debió aclarar la situación, pero en su arrogancia, pensó que no tenía importancia, que ella vería al hombre que en realidad era. Había tenido su cuota de amantes mientras ella crecía ya que era una niña cuando se

comprometieron, debía dejarla crecer y madurar antes de buscarla como mujer, antes de intentar conquistarla. Había tomado la decisión de ser totalmente célibe desde el momento en que empezara su cortejo, creía en el amor y la fidelidad. Quería enamorarla antes de casarse, si no era así, la dejaría libre para que tomara sus propias decisiones con respecto a su vida.

Galal esperó que Zahira se graduara en la escuela secundaria antes de acercarse a ella. Sin embargo, ella rechazó todo intento de aproximación por lo que él pensó que no deseaba mantener el compromiso. La gota que colmó el vaso fue cuando ella no asistió a la boda de Suleyma, entonces fue cuando le pidió a Azim que lo cancelara.

Nunca obligaría a ninguna mujer a casarse con él si no era ese su deseo, pensó estar haciendo lo correcto. Mas cuando ella se negó incluso a responder sobre la cancelación del compromiso, pensó que era libre y se dio permiso para dejarse avasallar por el deseo que Katia despertó en él, sin saber que estaba cayendo en una trampa muy elaborada.

Había estado furioso con el engaño, pero después de la rabia inicial decidió cubrir su artimaña ante la familia. No quería que fuese señalada por nadie, era su mujer y se casaría con ella.

La única persona que lo supo fue Nasser y confiaba en la discreción de su hermano. Pensó que podía enamorarla, la deseaba mucho y eso era un gran alivio. Había sido una de sus preocupaciones, que no hubiese química entre ellos, que la cama fuese una obligación. Pensó que el deseo era una buena base, de allí podían empezar a construir una relación sólida.

En los dos meses que habían transcurrido desde la boda creyó que había empezado a conocer a la mujer que se ocultaba debajo de la máscara de desfachatez, pero el día anterior se percató de que lo que ella mostraba era su realidad. El amor y la lealtad que manifestaba a sus hermanos no eran extensivos a nadie más. No le cabía la menor duda de que Zahira amaba a su familia, pero su esposo no entraba en esa definición. Él era el hombre con el que tuvo que casarse por obligación y su corazón nunca estaría involucrado en su matrimonio de conveniencia. Sin embargo, pensó que ella era leal y tenía principios, con amargura se dio cuenta de su error.

Durante el día anterior había estado ansioso por llegar a su casa, ver a Zahira, besarla y hacerle el amor. Había meditado mucho en su negativa de ir a Arabia Saudí y llegó a la conclusión de que tenía miedo, que no era fácil para ella regresar y adoptar el comportamiento que las leyes de su país daban por

correcto, y la entendió. Zahira era un espíritu libre que había vivido encerrado y, al conocer la libertad, se rebelaría antes de volver a su encierro. Galal se juró que no volvería a presionarla para que lo acompañara en sus viajes. Quizás algún día, cuando ella estuviera segura de que él no la obligaría a nada, cuando le amara lo suficiente y no pudiera dormir si no estaba a su lado, tal vez entonces, ella iría voluntariamente con él.

Encendió su móvil en cuanto el avión tocó tierra y lo primero que hizo fue llamarla, no estaba en casa, llamó a su móvil y estaba apagado. Los mensajes empezaron a entrar, ninguno era de ella. Había varios de Beatriz, frunció el ceño un poco fastidiado por la cantidad. Pensó que algo había sucedido con el último contrato que firmó antes de su viaje.

Al comenzar a leer su ceño se profundizó. Beatriz empezó dando varios rodeos en los que le daba todo su apoyo ante su situación y se disculpaba por ser quien le mostrara la realidad de la traición de su mujer. Cuando abrió la primera fotografía el mundo se le vino encima. El dolor y la rabia se disputaban el primer lugar en sus emociones, luego el sentimiento de traición asomó su fea cabeza y lo cegó, quiso hierla tanto como ella lo había lastimado. Pero ¿cómo se lastima a una mujer que no te ama? Jugando con sus miedos. Y eso es lo que él había hecho, la amenazó con llevarla a Arabia Saudí y encerrarla en su casa, pasó de sentirse víctima a ser juez, jurado y verdugo, contrariando todos los principios de los que sentía tan orgulloso.

Zahira lo había traicionado de la peor manera, pero eso no le daba derecho a castigarla. Se preguntó a sí mismo si se había convertido en su padre, si ante una situación adversa había actuado igual que el viejo jeque. Aunque nunca tuvo claro lo que ocurrió entre Jameela y él, siempre pensó que este no tenía ningún derecho a lastimar a su esposa. Y ahora él había hecho lo mismo. Recordó cómo había empujado a Zahira a la cama, gritándole toda clase de insultos. ¿Eso no le convertía en un reflejo de su padre?, ¿tan malvado y lleno de ira hacía su esposa? ¿Dispuesto a lastimarla? Avergonzado se dio cuenta de que sí, había reaccionado igual que su padre.

Ante la infidelidad de su mujer no podía volver a confiar en ella, no quería vivir con ella ni que siguieran casados. Se divorciaría, le daría su libertad y nunca más volvería a mirarla. Lo peor de todo era que la amaba, durante su viaje se dio cuenta de que el amor había llegado de manera silenciosa y casi sin darse cuenta. Ahora ese amor debía morir, se lo arrancaría de su alma a base de pura fuerza de voluntad. Volvería a su casa para decírselo, de ahora en

adelante sería su abogado quien se entendería con ella, ya todo había terminado. Secó su cara, esas serían las últimas lágrimas que derramaría por su esposa, una mujer que no valía la pena.

Con esa resolución se levantó, se duchó y bajó a la recepción del hotel a cancelar la cuenta. Mientras era atendido vio a un grupo de *paparazzis* tomándole fotos e intentando traspasar la seguridad del hotel, en silencio maldijo su mala suerte. Aunque su divorcio sería de conocimiento público en poco tiempo, no quería las especulaciones que correrían como la pólvora al verlo salir de un conocido hotel siendo un hombre recién casado. Un aparcacoches trajo su vehículo y, al verlo estacionado, se apresuró a abordarlo cuando una pregunta de esos buitres le heló la sangre.

—¿Qué piensa su esposa de que haya pasado la noche con Olivia Parker?

—Sin comentarios.

Se maldijo en silencio, asumía que Olivia Parker era la chica de la noche anterior. No había pensado en ella, sus recuerdos eran un poco confusos. Había una chica que tenía un ligero parecido a Zahira, la había invitado a pasar la noche con él, su deseo se había apagado y le pidió que se fuera, hasta allí recordaba, estaba seguro de no haberse acostado con ella.

Mientras manejaba rumbo a su casa, pensó de nuevo en Zahira. Necesitaba armarse de valor para informarle de sus decisiones, no sería un enfrentamiento fácil, pero era necesario. El día anterior había tomado malas decisiones cegado por los celos y el alcohol, había sido implacable. Tal vez ella lo mereciera, pero no sería él quien la condenara.

Su casa estaba en silencio, recorrió las habitaciones de la planta principal buscando a su esposa, subió las escaleras con rostro sombrío y fue hasta su habitación. La puerta estaba cerrada, recordó cómo Zahira se desesperaba por su costumbre de dejarlas abiertas. Cuando entró en su dormitorio vio que todo estaba recogido. Contrario a su costumbre no había nada tirado por el suelo, abrió los armarios y gran parte de la ropa de Zahira había desaparecido al igual que sus artículos de uso personal. Abrió la caja fuerte y el pasaporte de su esposa no estaba, pero sí todas las joyas que le había regalado, incluyendo sus anillos de boda y de compromiso.

Se había marchado, fue un estúpido al pensar que la encontraría con su equipaje preparado, lista para obedecerlo. Zahira nunca había sido una mujer obediente, ¿esperaba que lo fuera en su traición? El olor de su perfume impregnaba la estancia, respiró profundo, tratando de llenarse las fosas

nasales de su esencia. «Que duro es esto», pensó con dolor.

Como un tonto había estado lleno de resolución diciéndose que la olvidaría a base de fuerza de voluntad y, en la primera prueba, el dolor lo había barrido todo de nuevo, dejándolo en carne viva. Tal vez era mejor no verla más, porque de tenerla de frente habría flaqueado en todas sus resoluciones. Habría escuchado todas sus excusas, todas sus mentiras. No podía permitir que le quitara su orgullo porque eso era lo único que le sostenía en ese momento, lo único que le quedaría para reconstruir los pedazos rotos de la que había sido su vida.

Capítulo 32

El día transcurrió lentamente mientras Galal permanecía acostado en la almohada de Zahira. Su móvil repicó innumerables veces sin que él se molestara en atenderlo, no quería hablar con nadie. Ni siquiera se molestó en llamar a la oficina, mañana volvería a asumir sus funciones como CEO en el consorcio familiar. El timbre de la puerta lo despertó de un sueño ligero, al mismo tiempo, su móvil repicó por enésima vez, lo levantó; era su hermano Kazim. Aunque no era el jeque, lo había sido. Era su hermano mayor, el que siempre lo apoyó y muchas veces tomó la responsabilidad de su padre en asuntos relacionados con su educación y su forma de percibir la vida.

—Hola, Kazim. —Fue su saludo con voz enronquecida.

—Abre la puerta, estoy fuera.

A regañadientes se levantó y se dirigió a la puerta, al abrirla se encontró con la mirada preocupada de su hermano.

—¿Cómo estás? —pregunto Kazim examinándolo con la mirada.

—He tenido días mejores. ¿Y tú como estas? ¿Y Jameela? —preguntó a su vez mientras caminaban hacia el recibidor. Estaba tratando de desviar la atención de Kazim o de postergar el interrogatorio que sabía que vendría.

—Yo estoy bien, pero mi esposa no está segura de sí abofetearte por lo que hiciste o abrazarte y consolarte cuando te enteres de la metida de pata que cometiste. Aún tiene un poco de fe en ti, aunque le duela más su hermana.

—Lo lamento, pero no discutiré mi matrimonio ni contigo ni con nadie. Bueno, rectifico, lo discutiré con mi abogado porque me divorciaré de Zahira lo antes posible.

—Zahira se fue del país, pero regresará para el juicio. —Fue la enigmática respuesta de Kazim.

—No habrá juicio, nuestro divorcio será amistoso. No tenemos hijos, le dejaré esta casa y una buena pensión, no quiero tener que verla nunca más.

—Estoy seguro de eso, pero es muy probable que la prensa enloquezca por el juicio de Peter O'Brian y tu antigua asistente, Beatriz Cifuentes. Perseguirán

a Zahira y a ti mientras dure todo el proceso —expresó su hermano mientras miraba sus uñas.

—No entiendo lo que dices —respondió molesto Galal, no quería hablar de Zahira y las enigmáticas respuestas de Kazim le estaban volviendo loco.

—Por supuesto, no lo sabes porque no dejaste que ella te contara nada. Peter O’Brian, en complicidad con Beatriz Cifuentes, drogó y abusó de tu esposa, le tomaron fotos y te las enviaron a ti. La policía cree que con el fin de extorsionarte...

—¿Cómo dices? —cuestionó Galal horrorizado.

—Por eso Jameela no sabía si abofetearte por amenazar con llevarte a Zahira a Arabia Saudí, donde una sola de esas fotos sería prueba suficiente para condenarla a muerte, o venir a abrazarte cuando te dieras cuenta de que tu esposa es inocente de todas las cosas de las que la acusaste; acabando con todas las posibilidades de sacar adelante tu matrimonio.

Por segundo día consecutivo Galal sintió que la tierra se abría y lo engullía dejándolo en un sitio oscuro y desolador. Su esposa le había rogado que la dejara explicarse y Zahira era más orgullosa que él. Nunca le había pedido perdón cuando había obrado mal, nunca le rogó por nada, así que se imaginó lo desesperada que debió sentirse para pedirle de esa manera que la escuchara.

—¿Dónde está Zahira? Dímelo por favor —preguntó con la desesperación rayando su voz.

—En algún lugar de los Estados Unidos, no lo sabemos a ciencia cierta. Nahla solo nos dijo lo sucedido y que había partido a Norteamérica. Se fue con Ebrahim, su hermano se negó a dejarla ir sola.

—Debo ir a hablar con Nahla inmediatamente —exclamó Galal levantándose para salir.

—Aún no lo sabes todo —fue la escueta respuesta de Kazim.

—¿Más secretos? ¿Puede haber más? —preguntó angustiado.

—Sí, lo lamento, pero debes conocer todos los hechos —expresó Kazim.

—Suéltalo todo —pidió Galal nervioso.

—Zahira iba a romper el compromiso contigo. Aceptó el matrimonio porque su padre la chantajeó con llevarse a Ebrahim a nuestro país y casarlo en dos años con una viuda mucho mayor.

Galal se presentó en la residencia de los Steel al día siguiente en la mañana. Cuando Kazim se retiró de su casa era muy tarde para una visita,

además necesitaba pensar en todo lo ocurrido, encontrar el sentido a muchas de las acciones de Zahira. Finalmente dedujo que ella lo había seducido para poder sentir que tenía un poco de control de la situación, y de paso, vengarse por el dolor y la humillación que sintió por todas esas publicaciones sobre sus supuestas amantes.

Su mujer no era una víctima, quería ser una participante activa de su vida. No sabía cómo lograría su perdón, pero necesitaba redimirse, amaba a su esposa y la necesitaba, por eso se sintió tan desolado al creer que ella le había traicionado de esa manera, y como un animal herido, actuó atacándola.

La mirada que le dirigió Nahla cuando entró al salón pudo haber helado las dunas del desierto. Pero Galal no se inmutó, sabía lo mucho que la mujer amaba a sus hermanas y que por Zahira sería capaz de volverse como una leona defendiendo a su cachorro. En la luna de miel, su esposa le había contado el incidente con su madrastra y cómo esta mujer, que siempre se había destacado por su dulzura, se engrandeció ante sus ojos.

—Buenos días, Galal. ¿Querías hablar conmigo? —A pesar de su tono calmado, Nahla echaba fuego por los ojos mientras recordaba cada lágrima de su hermanita.

—Buenos días, Nahla, quisiera hablar con Zahira, por favor.

—No está aquí —respondió fríamente.

—Sé que no está, pero necesito verla con desesperación.

—¿Para qué? ¿Para llevarla de regreso a Arabia Saudí y encerrarla mientras tú te entretienes con tus amantes?

—Eso fue una amenaza estúpida cuando estaba cegado por el dolor pensando que me había traicionado. No tengo ninguna amante, por favor, dime dónde está mi esposa.

—Si no tienes ninguna amante, ¿quién es esta mujer? —preguntó Nahla extendiéndole una de esas malditas revistas del corazón, donde aparecía en primera plana una foto de él durmiendo y a su lado la chica que subió esa noche a su habitación.

—Creo que las explicaciones tengo que dárselas a Zahira —dijo ya algo molesto, arrugando la revista—. Te pido que me digas dónde está mi esposa.

—Zahira me pidió que te dijera que no quiere verte nunca más, que la dejes en paz, que no la busques. Quiere el divorcio, así que nuestro abogado se comunicará con el tuyo. —Fue la respuesta de Nahla echando chispas por los ojos.

—La encontraré, no me importa donde se esconda. Nuestro matrimonio tiene muchos problemas, pero amo a mi esposa y haré todo lo posible por recuperarla.

—Suerte —le dijo Nahla con mirada sarcástica.

La necesitaría, pensó recordando su visita a Jameela la noche anterior.

Su cuñada estaba trabajando en el estudio donde editaba y manejaba su negocio de fotografía. Al verlo entrar le dirigió una mirada compasiva, aunque su tono, y las palabras que pronunció, fueron duras.

—No sé dónde está.

—Hola, Jameela. —Fue su respuesta. No deseaba estar enemistado con esta mujer a la que tanto apreciaba. Su relación era muy cercana, ella había sido la tercera esposa de su padre, fue muy maltratada por este y, aun así, mantuvo su dulzura y su fuerza de voluntad. Él la admiraba por eso. Además, se había casado con Kazim transformando la vida de su hermano.

—Hola, Galal.

«¡Vaya! Galal, no Lancelot como solía llamarme», pensó lastimado.

—Solo porque te quiero, te diré que estoy sumamente arrepentido de todo lo ocurrido. Estaba herido y reaccioné atacándola. Lo que hice es imperdonable, pero te aseguro que cuando desperté esta mañana estando sobrio, me di cuenta de que utilizar sus miedos para castigarla había sido sumamente ruin. Regresé a la casa para hablar con ella y aclarar la situación, pero ya se había marchado.

—Lo sé, Kazim me lo contó, me llamó al salir de tu casa rumbo al hospital. —Fue la suave respuesta de Jameela.

—Ayúdame por favor, necesito encontrarla, explicarle lo que siento. La amo, llegué de Arabia queriendo decírselo y encontrarme con su supuesta traición... —Su voz entrecortada despertó la compasión de su cuñada—. Me volví loco de rabia y traté de herirla tanto como yo me sentía. Metí la pata hasta el fondo y necesito que me perdone.

—Quisiera poder ayudarte, pero realmente no sé dónde está. Nahla solamente me dijo que estaba en Norteamérica, tuvimos nuestra primera pelea de hermanas desde que nos reencontramos. Me dijo que yo te quería mucho y que podías manipularme para decirte dónde estaba Zahira y que nuestra hermanita necesitaba que la apoyáramos en esta situación. Nahla vivió mucho tiempo con miedo a ser encontrada y enviada de vuelta a nuestro país, por eso apoya a Zahira en su huida. Además, teme que entre de nuevo en depresión, ya

pasamos mucho miedo con ella y, aunque lleva un par de años recuperada, Nahla tiene miedo de que esta situación desencadene otra crisis.

—¿Cuándo tuvo Zahira una crisis depresiva? —preguntó Galal. «Más secretos», pensó sorprendido. ¿Cuántos más habría? Estaba descubriendo que su esposa era mucho más compleja de lo que pensaba y él solo había visto una ínfima parte de ella. La que Zahira le había dejado ver.

—Creo que desde que llegó aquí estaba deprimida, pero fue cuando cumplió los diecisiete años que cayó en una crisis severa. Estaba a punto de cortarse las venas cuando su amiga Suhana la encontró, ella dice que no pensaba suicidarse, solo quería cortarse un poco para aliviar su dolor. Eso nos espantó, la llevamos a un psiquiatra y estuvo medicada y en terapia durante un par de años, se recuperó, pero siempre tememos que recaiga. Sobre todo Nahla, que fue la que más cerca estuvo de ella.

—Nunca lo supe, Zahira no me lo contó.

—Zahira nos pidió en ese entonces que la mantuviéramos alejada de ti mientras se recuperaba porque tú la alterabas. Por eso dejaste de verla en las reuniones familiares. Lo lamento, eras su prometido y debimos decírtelo, pero Nahla y Zahira nos pidieron a Kazim y a mí que no te dijéramos nada por el momento, que cuando estuviese recuperada ella te lo contaría. Supuse que así había sido.

—Me hubiese gustado saberlo para poder ayudarla, pero no te culpes, sé lo que es estar dividido entre dos lealtades. Además, ella es tu hermana y entiendo que quisieras protegerla.

Había intentado hablar con Suhana, pero la chica se había negado a contestar sus llamadas después de su primera conversación. Aunque trató de explicarse, esta se negó a dejarle hablar para insultarlo.

—Quiero a Zahira como a una hermana, si la pierdo... Si algo le sucede por tu culpa no habrá lugar en la tierra donde puedas esconderte, te lo haré pagar, maldito cabrón.

Era hora de empezar a buscar ayuda profesional, contrataría una agencia de detectives para encontrar a su esposa.

Capítulo 33

El tiempo transcurrió muy lentamente para Zahira durante el mes que estuvo en Nueva York, se estaba volviendo loca sin nada que hacer encerrada en ese hotel. Su anfitrión, un hombre llamado Blake Forrest, era un individuo entrado en los cuarenta, amable pero distante, que lo preparó todo para su estancia y, días más tarde, se marchó de la ciudad en un viaje de negocios.

Sus noches en Nueva York fueron difíciles. Estuvieron plagadas de sueños de Galal, de su tiempo juntos, de las veces que hicieron el amor. En medio de la oscuridad lo añoraba, extrañaba sus manos recorriéndola, sus brazos alrededor de su cuerpo y sus besos cargados de pasión. Se despertaba en la madrugada abrazando su almohada y con el cuerpo ardiente, entonces, las lágrimas acudían a sus ojos y se permitía llorar en silencio, ahogando los sollozos para no despertar a Ebrahim. A la mañana siguiente volvía a ser fuerte mientras se recordaba que todo pasaría, que el dolor sería menor con cada día vivido y que su hijo la necesitaba sana de cuerpo y alma, sus prioridades en la vida habían cambiado.

Cuando salió de Inglaterra solo tenía en mente huir, sin ningún plan adicional, pero ahora tenía uno y estaba más dispuesta que el primer día a divorciarse de Galal. Su esposo, además de haberle dado la espalda cuando más lo necesitaba, en la primera dificultad había corrido a los brazos de otra mujer y eso nunca se lo perdonaría. Antes de casarse se lo había advertido, no toleraría una infidelidad. Ella, Zahira Sfeir, era vengativa y rencorosa y no dejaba ofensa sin cobrar.

Diariamente sostuvo largas conversaciones con Nahla, su hermana estaba muy preocupada por su salud mental. Zahira la había tranquilizado con la serenidad con la que había encarado la situación, asegurándole que se sentía muy fuerte, con un propósito en la vida, una razón para no decaer. Su hermana le contó de su reunión con Galal y de lo arrepentido que parecía estar de su conducta. Zahira la escuchó con el corazón en un puño, pero nunca más confiaría en él. El dolor que había sentido había sido desgarrador, como si la

estuvieran partiendo por dentro, aún había momentos en los que se hacía insoportable. Algún recuerdo, un olor o una situación que le recordara lo que pasó y la tristeza la embargaba, por eso se prometió que nunca más le daría a alguien el poder de hacerla sentir así.

No había querido hablar con nadie más. Jameela estaba casada con Kazim y Jade comprometida con Nasser, no quería ponerlas entre dos lealtades. Aunque estaba segura de que estarían de su lado, no quería crearles problemas con sus parejas. Jameela había sufrido mucho y se merecía ser feliz sobre todas las cosas, y Jade finalmente había aceptado sus sentimientos por Nasser y estaba viviendo con él. Amaba a su sobrina y no haría nada que pudiera enturbiar su felicidad.

Nahla le había asegurado que su padre no les molestaría más, el jeque Azim Al-Husayni se aseguró de eso. Este le debía un favor a su hermana, ya que Nahla había sido secuestrada por el jeque anterior que había muerto durante el rescate. Todo había sido silenciado con la ayuda de su hermana, manteniendo así el buen nombre de la familia. Nahla le había comentado que lo hizo para evitarle el escándalo a Jameela y a Ashira, su sobrina, pero el nuevo jeque estaba muy agradecido por su silencio. Azim le puso un ultimátum a su padre para que los dejara en paz, y no había nada a lo que Abraham Sfeir temiera más que a la ruina económica con la que lo había amenazado el nuevo jeque.

Sabía que Galal estaba buscándola, había contratado a un detective para encontrarla sin respetar el hecho de que ella no quería verlo. Zahira estaba decidida a que no la encontrara. Estaba muy dolida con él, en su corazón no había reconciliación posible, su amenaza siempre pendería sobre ellos como la espada de Damocles. Además, había salido de su casa directo a los brazos de otra mujer, eso había dolido.

Entendía lo furioso que su esposo estaba al ver las fotografías, pero no le había dado la más mínima oportunidad de explicarse. La juzgó y condenó sin escucharla y eso la había lastimado mucho. Siempre pensó que su matrimonio tenía fecha de caducidad, pero al enterarse de que estaba embarazada, una pequeña llama de esperanza se había instalado en ella y, durante un momento, pensó que quizás tuviesen una oportunidad de sacar adelante su relación.

Sabía que era inevitable que se encontraran cuando se presentara al juicio de Peter y Beatriz. La audiencia donde debía prestar su declaración había sido fijada para dentro de cuatro meses, de acuerdo a lo que le informaron los

abogados de Jake, quienes se ocupaban de todos sus asuntos legales. Para entonces tendría siete meses de embarazo.

Zahira tenía una lista de condiciones para discutir con Galal cuando se divorciaran. No estaba ciega, él sería un buen padre y no le negaría sus derechos, estaba dispuesta a hacer ciertas concesiones si él aceptaba sus términos, sin embargo, no estaba segura de lo que sucedería cuando su marido se enterara de su embarazo.

Galal estaba proclamando a los cuatro vientos que la amaba y que haría cualquier cosa por recuperarla, tal vez con la esperanza de que ella recibiera ese mensaje y, aunque le emocionó escucharlo de labios de Nahla, su esposo había roto su confianza y eso era algo que ella no entregaba con facilidad. Hasta ahora no había pedido el divorcio porque para ello debía presentarse ante un juez y, aunque su barriga era poca, su estado quedaría evidenciado en la audiencia y no quería que Galal se enterara por el momento. Estaba decidida a tener a su hijo en Inglaterra y para ello debería tener un embarazo bastante avanzado antes de que su esposo se enterara de que tendrían un hijo. Galal era un hombre perteneciente a una familia poderosa, por lo que debía tratar de tener las condiciones más favorables posibles en el momento de negociar el divorcio y la custodia del niño.

Su plan era instalarse en Durham, estaba segura que ese era el último lugar en la tierra donde se le ocurriría a Galal buscarla. Entraría en el Reino Unido por Escocia luego regresaría a Inglaterra por tren. Buscaría una casa donde empezar de nuevo y una escuela para su hermano. Ebrahim se negaba a dejarla para volver al internado y ella lo amó más por eso, el volver a vivir juntos le daba fuerzas y le alegraba el día.

Zahira le planteó a Nahla su plan, a su vez, su hermana le dijo que regresara, pero que pasara unos meses en la finca de sus suegros en Bath, donde dispondría de una casa para ella y Ebrahim. Estaría acompañada mientras estuviese embarazada y sería más fácil para Nahla visitarla sin levantar sospechas de su paradero. Le pareció un buen plan.

Ejecutarlo fue mucho más fácil de lo que pensó, viajaron rumbo a Escocia en un vuelo privado pagado por Jake, pasaron la frontera en un coche que su cuñado había dispuesto para ello y, desde allí, tomaron un tren rumbo a Bath. Nahla había hecho todos los arreglos con su suegra para que alguien los recogiera en la estación del tren y los trasladara a la finca. Miranda Steel estaba encantada con la visita de Zahira y Ebrahim y les abrió las puertas de

su casa.

La finca era tan hermosa como la recordaba. Desde la colina donde estaba situada la casa principal se ofrecía una vista de diez hectáreas de los jardines, terrenos y la casa de invitados, que era donde se alojarían. Zahira apreció la arquitectura de la residencia construida a finales del siglo diecinueve de estilo jacobino, con pesadas columnas de roble, ventanas de altura completa con plomo y detalles de yeso. Muchas veces estuvo en esa finca, le gustaba la tranquilidad del campo y la vista del lago que se apreciaba desde la casa de invitados, que constaba de tres habitaciones, una pequeña sala de visitas, comedor, cocina y una práctica lavandería.

Miranda los esperaba en la puerta de su casa, al verlos, bajó los escalones y la abrazó.

—Bienvenida, mi niña, considera esta tu casa por el tiempo que lo necesites. —La emoción la embargó y agradeció profundamente haberse quedado con Nahla, era una de las mejores decisiones que había tomado en su vida.

—Gracias, Miranda, por abrirme las puertas de tu casa mientras resuelvo algunas cosas.

—De nada, hija, todo saldrá bien, ya lo verás —afirmó antes de volverse a mirar a Ebrahim—. Déjame ver a tu hermano, que pocas veces coincidimos con él. A ver jovencito... ummm estás muy grande, ¿cuántos años dices que tienes?

—Cumplo quince el próximo mes, señora Miranda —respondió el chico con la seriedad que lo caracterizaba.

—Qué bien, habrá que organizar una celebración, yo me ocuparé de llamar a Nahla para ponernos de acuerdo —dijo con el entusiasmo reflejado en la voz—. Ahora los dejaré instalarse y en la tarde vengan a cenar. Lamentablemente William y yo partiremos hacia Londres en la mañana, para ver a nuestros nietos y de paso despistar a tu esposo, pero volveremos antes del cumpleaños del chico —aseguró señalando a Ebrahim.

Capítulo 34

Ebrahim comenzó a estudiar en la escuela local lo que la ayudó a hacerse una rutina cómoda, se levantaba temprano, preparaba un desayuno para ella y su hermano y luego lo llevaba al colegio. Su embarazo avanzaba lentamente y su vientre, ligeramente redondeado, era el único indicativo de que su hijo crecía en su interior; no tuvo ningún malestar, no supo lo que eran las náuseas. Miranda le recomendó a una antigua amiga para que la atendiera en su embarazo y la acompañó a la consulta haciendo el papel de madre sustituta. El día anterior al cumpleaños de Ebrahim le hicieron la primera ecografía del bebé, tenía cuatro meses de embarazo.

Estaba un poco nerviosa mientras la doctora Wash esparcía el gel sobre su abdomen, Miranda tomó su mano en el momento en que la doctora colocó el aparato sobre su vientre. Un pum, pum, pum, resonó en la estancia sobresaltándola. Ante la cara de asombro de la joven madre la doctora sonrió.

—Es el latido del corazón de tu hija —dijo la galeno. Zahira abrió aún más la boca y la risa de la mujer se escuchó en el consultorio —Sí, es una nena, por casualidad es lo primero que vi en la pantalla —continuó moviendo el aparato por todo el abdomen de Zahira.

La joven miraba embelesada la pantalla con el corazón embargado del más profundo amor. Cuando su hija levantó la mano como saludándola, la risa la invadió al pensar que su bebé le decía: «Hola mami, aquí estoy».

Una niña. Un instinto protector creció feroz en su pecho, su bebé estaría siempre segura y protegida, ella se encargaría de eso. Su hija no sería obligada a casarse, sería libre y podría hacer con su vida lo que quisiera.

Al día siguiente fue el cumpleaños de su hermano, los Steel al completo, Jake, Nahla, Jade, Billy y Sara, llegaron antes del mediodía para la celebración cargados de regalos para el cumpleaños. Hubo una profusión de saludos y felicitaciones para Ebrahim, quién estaba feliz de reunirse de nuevo con la familia.

Al ver a Zahira, Jade corrió a abrazarla, la había extrañado un mundo.

Aunque entendió sus razones para no hablar con ella, quería zarandearla por tenerla alejada. Una vez que sus brazos la rodearon sintió el vientre abultado de su tía y la soltó inmediatamente.

—¡Demonios!, ¡estás embarazada! —exclamó asombrada.

—¡Jade! —la reprendió Nahla —Los niños... —dijo señalando con los ojos a Billy y a Sarah.

—Como si papá no dijera demonios todo el tiempo —respondió Sarah con voz dulce, con lo que Jake se ganó una mirada de reproche de su esposa, los demás adultos sonrieron disimuladamente. A una señal de Nahla la niñera llevó a los niños al jardín, no quería que sus hijos oyeran algo que pudieran comentar más adelante.

—¡Mamá, ¿por qué no me dijiste que Zahira estaba embarazada?! —preguntó Jade molesta.

—Porque yo le pedí que no se lo contara a nadie —respondió Zahira con tranquilidad.

—Yo no soy nadie, soy tu sobrina, una de tus mejores amigas —replicó Jade refunfuñando.

—Lo sé, cariño, pero necesitaba ese tiempo, aun lo necesito. No quiero que Galal se entere de mi embarazo hasta el juicio de Peter, quiero que mi hijo nazca en este país y si Nasser se entera de mi estado estoy segura que se lo dirá a su hermano... Sé que es mucho pedir que guardes silencio...

—No seas tonta —respondió Jade—. No es mi secreto para contar, de hecho, Nasser no sabe que estás aquí y hemos decidido no discutir entre nosotros por tu relación con Galal. Creemos que es algo que deben resolver ustedes. —Jade pensó un momento con un dedo en los labios—. ¡Al diablo!, le cortaré las pelotas a ese cabrón si te vuelve a lastimar —expresó de repente su sobrina aligerando el ambiente. Nahla solo trató de dirigirle una mirada de reproche, mas no pudo contener la risa.

—Gracias. —Los brazos de Zahira volvieron a extenderse hacia Jade, al separarse, buscó la mirada de su hermana antes de dar la buena nueva—. Bueno, familia, les anuncio que tendré una niña.

Las felicitaciones no se hicieron esperar, entre risas y abrazos el día pasó volando y era hora de irse a la cama. Estaba cansada y se durmió rápidamente, unas horas más tarde, se despertó de su sueño recurrente. Galal estaba con ella, mirándola con amor un minuto, y al siguiente con odio y desprecio. Una solitaria lágrima rodó por su mejilla y se preguntó si estaba haciendo lo

correcto al ocultarle su embarazo. Todas las razones válidas que tuvo para huir se habían desvanecido, su amenaza había perdido fuerza. Él les había asegurado a Nahla y a Jameela que no la obligaría a ir a Arabia, que podía quedarse en Inglaterra y hacer su vida, que nunca se impondría sobre ella y que trataría de conquistarla. Pero su corazón estaba tan lastimado que se negaba a sufrir más, no quería verlo y al mismo tiempo lo deseaba. Y era ese deseo lo que la obligaba a mantenerse oculta, necesitaba el tiempo para recuperarse y fortalecerse ante sus sentimientos. Galal no solo la había abandonado y condenado cuando más necesitó de su apoyo, sino que también había recurrido a los brazos de otra mujer y eso le había dolido mucho.

Desde su desaparición la prensa lo asediaba preguntando por ella y por su infidelidad. La chica con la que la engañó había tenido su momento de fama, en todas las entrevistas que había concedido a las revistas del corazón afirmaba que se habían acostado juntos y que Galal era un amante excepcional. La prensa se había cebado en el ligero parecido físico que había entre ambas mujeres. No quería ni pensar en lo que publicarían una vez que empezara el juicio.

Los abogados de Jake le habían advertido de que la defensa trataría por todos los medios de desprestigiarla. Buscarían la manera de probar que lo sucedido había sido con su consentimiento y de presentarla como una esposa infiel y coqueta que consumía drogas y alcohol, algo que ningún hombre árabe consentiría de su mujer. Esa sería la prueba de fuego del supuesto amor de Galal.

Después de que la prensa publicara todas las cosas que se dirían sobre ella en el juicio, estaba segura de que el amor que su esposo decía sentir se acabaría y tendría que luchar con uñas y dientes por mantener la custodia de su niña. Siempre y cuando Galal aceptara que su hija era de él, bien podría desentenderse de ambas. Y eso era que lo que ella quería. Entonces, ¿por qué sentía ese peso en el corazón?

Tal vez estaba actuando de manera egoísta, su madre había muerto siendo ella una niña, pero durante sus primeros años de vida había tenido una familia tradicional con ambos progenitores y había sido feliz. Se había sentido segura, protegida y amada. ¿Acaso su hija no tenía derecho a tener una familia así?, ¿a tener la mejor vida que ella pudiera darle? ¿Estaba siendo egoísta al mantenerla alejada de su padre? ¿Cómo quisiera tener todas las respuestas o una guía que le ayudara a hacer lo correcto! Pero tenía tantos miedos que se

sentía más segura manteniéndose oculta, por lo menos hasta que pudiera ponerse de nuevo la fachada de mujer feroz. Este embarazo la tenía descontrolada emocionalmente, estaba sensible y con sentimientos encontrados. Esperaba que, al llegar al tercer trimestre, las cosas mejoraran.

Capítulo 35

Galal había logrado mantener oculta la identidad de su esposa en el juicio de Peter O'Brian, pero al iniciarse el mismo, por su carácter público, el nombre de Zahira saldría a la luz. La fiscalía no había presentado cargos contra Beatriz Cifuentes por falta de pruebas, no habían podido demostrar una implicación que pudiera ser comprobada más allá de la duda razonable. Sin embargo, después de terminado el juicio de O'Brian, sus abogados estaban preparando una demanda civil en contra de su exasistente. De alguna manera pagaría por lo que le había hecho a Zahira, no tendría compasión con ella.

A pesar del frío de la época, Galal estaba parado fuera del edificio que albergaba los tribunales esperando la llegada de su mujer. Ese día iniciaba el juicio y él estaba allí para demostrarle, con hechos más que con palabras, que la apoyaba totalmente. Sabía que lo que se avecinaba era difícil, la defensa trataría de desprestigiar a su esposa para tratar de desestimar su testimonio, buscarían en su pasado la más mínima cosa que pudiera cambiar la impresión del jurado acerca de la inocencia de Zahira. Galal se había preparado para escuchar cualquier tipo de declaración que hicieran los testigos de la defensa sobre el comportamiento de su mujer antes de su boda y se había puesto a disposición de la fiscalía para declarar en el caso, inclusive había entregado su móvil como prueba.

Impaciente por verla llegar, escudriñaba cada coche que se estacionaba a dejar pasajeros frente al edificio. Unos meses atrás había llegado a un acuerdo con Nahla: dejaría de buscar a Zahira hasta que comenzara el juicio, respetando así la decisión de su esposa. Pero Nahla le avisaría cuando supiese el momento en que su hermana debía presentarse en la corte, ambos habían cumplido su parte. Galal llamó a su cuñada todas las semanas para saber cómo estaba su esposa, sin importarle la frialdad demostrada por ella. Con el tiempo Nahla, al ver su interés y constancia, fue bajando la guardia y ahora lo trataba de manera más amable y cordial.

Un coche negro se estacionó frente al edificio captando su atención,

cuando la figura de su esposa se apeó del vehículo sus ojos se impregnaron de su presencia. Si eso era posible, le pareció más hermosa que antes. Tenía una belleza serena y una expresión decidida en su rostro, su mirada se deslizó por su figura envuelta en el pesado abrigo de invierno. Su andar era lento mientras se sujetaba del brazo de Jake para evitar resbalar en el suelo mojado, del otro lado estaba custodiada por Nahla. Frunció el ceño ante lo extraño de la situación, pero la impaciencia por acercarse no le permitió analizarla, presuroso, se acercó hasta colocarse frente a ella.

—Hola, amor —dijo cuando sus ojos se levantaron.

Zahira palideció visiblemente y su agarré de Jake se afianzó. Después de tanto tiempo, tanto dolor y dudas, su esposo estaba frente a ella. Con incertidumbre miró el brazo que Galal le ofrecía, escudriñó a su alrededor indecisa sobre qué hacer. La prensa, que estaba al acecho, se acercó apresuradamente, volvió sus ojos hacía su marido buscando en su rostro un indicio que le permitiera tomar una decisión. Durante los meses anteriores había sido muy consciente de que lo vería en el juicio, sin embargo, aún no se sentía preparada para el impacto de su presencia.

—Creo que lo mejor es que presentemos un frente unido de cara a la defensa, y para ello debemos poner a la prensa de nuestro lado. Así que, por favor, toma mi mano, estoy aquí para apoyarte —indicó Galal con sinceridad, mirándola a los ojos.

—¿Pase lo que pase? —preguntó ella recelosa.

—Sí, nada me separará de tu lado.

Miró a Nahla, su hermana asintió con la cabeza convidándola a tomarlo del brazo.

—Creo que es lo mejor, ve con él —le aconsejó Nahla.

Cuando su mano se posó sobre el brazo de su marido, una corriente eléctrica la recorrió, a pesar del tiempo y de la distancia aun sentía lo mismo por él. «Soy una tonta», pensó con tristeza bajando su mirada. El sonido de la exhalación de Galal hizo que levantara sus ojos hasta el rostro de su esposo y creyó percibir en él la misma emoción. Los *paparazzis* rompieron el hechizo al poner los micrófonos frente a sus rostros.

—¿Está aquí por el juicio de Peter O'Brian? ¿Es su esposa la mujer supuestamente abusada por el señor O'Brian? ¿Se puede hablar de reconciliación? ¿Están juntos de nuevo? Señora Al-Husayni, ¿qué opina usted de que su esposo le fuera infiel con Olivia Parker?

Todas las voces se sobreponían al mismo tiempo, a gritos, mientras el personal de seguridad de Jake, los mantenían a raya. Zahira se mantenía callada, Galal solo respondió una vez.

—Sin comentarios.

Lograron entrar al edificio, un agradable calorcillo los recibió al ingresar, aun tomados del brazo entraron al ascensor, el trayecto fue rápido y silencioso mientras él admiraba a su esposa. Zahira mantenía la vista en el suelo, sin atreverse a levantar su mirada, sabía que cuando se quitara el abrigo su estado sería más que evidente y Galal aún no sabía nada. En ese momento le pareció incorrecto que se enterara en un pasillo lleno de gente, pero ya no había nada que ella pudiera hacer. Las puertas del ascensor se abrieron y Zahira se apresuró en salir, aún era temprano y no había tantas personas como pensó.

—Ven conmigo por favor, necesito hablar contigo —dijo apresuradamente, caminando con paso decidido hasta un pasillo más alejado, cerca de los baños.

—¿Te sientes bien? —preguntó con preocupación al verla tan pálida.

—Sí. —Fue su escueta respuesta mientras comenzaba a desabrochar lentamente su abrigo.

Galal seguía mirando su rostro buscando respuestas, automáticamente se colocó detrás de ella para tomar la pesada prenda, una vez que la tuvo en sus manos, Zahira se giró mostrando su cuerpo. Sus ojos la recorrieron a la vez que ella le decía desafiante.

—Felicidades, vas a ser papá.

Galal cerró los ojos tratando de asimilar el impacto de la noticia. «Un hijo», pensó mientras sentía en su alma el impacto de la noticia. Su esposa estaba embarazada y, por el tamaño de su abdomen, casi a punto de tener el bebé y no le había dicho nada. ¿Por qué tantos secretos?, ¿tanto lo odiaba? ¿O era temor lo que sentía por él? Zahira creyó vislumbrar un vestigio de dolor en su mirada, sin embargo, se justificó diciéndose a sí misma que hizo lo que debía hacer, lo que era necesario para proteger a su hija. El silencio se prolongó hasta ponerla nerviosa. Galal levantó sus párpados, ella trató de leer en su mirada lo que sentía, pero no pudo descifrar nada.

—¿Por qué, Zahira? —preguntó con voz suave. Sin reproches, sin peleas, solo intentando comprender cómo pudieron llegar a ese punto.

—Porque tenía miedo —respondió Zahira decidiendo que ya no habría más mentiras—. Quería que mi hija naciera en Inglaterra para que nunca

tuviera que regresar a nuestro país. Quiero que ella sea libre, quiero que tenga oportunidades y no que la obliguen a casarse.

—¿Es una niña? —preguntó con la emoción bordeando su voz.

—Sí y se llamará Hana Kardelen —respondió retándolo con la mirada.

—Es un hermoso nombre —proclamó suavemente para tranquilizarla—. Hablaremos después, ya es hora de entrar a la sala, quiero que estés tranquila y que sepas que estoy aquí para apoyarte.

Zahira lo miró con dudas, sabía que las cosas se pondrían feas en el juicio y desconocía hasta donde llegaría el apoyo de Galal cuando empezaran a descubrirse todos sus secretos.

Capítulo 36

Zahira entró a la sala de audiencia tomada del brazo de Galal, un murmullo se extendió por la misma ante su aparición, se acercaron al fiscal y, después de los saludos correspondientes, tomaron asiento en la primera fila. Nahla y Jake se sentaron a su izquierda, poco a poco la sala fue llenándose, Jameela y Kazim, Jade y Nasser, su familia estaba allí para darle apoyo. Suhana llegó corriendo cinco minutos antes de que se llenara la sala, se ubicó en su puesto detrás de Zahira, apretó cariñosamente el hombro de su amiga y lanzó puñales con los ojos a Galal.

Peter fue llevado esposado, sus ojos buscaron a Zahira y la miraron fijamente, una sonrisa malvada se extendió por sus labios, en un gesto sugerente se pasó la lengua por los labios para después sonreír con burla. Zahira se tensó ante el gesto, pero mantuvo su mirada desafiante puesta sobre el acusado. Galal tenía ganas de saltar sobre todos y matar al desgraciado que se había atrevido a poner las manos sobre su mujer. Sin embargo, no era lo más sensato, solo lograría que lo expulsaran de la sala y Zahira lo necesitaba allí. Así que se tragó su ira y tomó la mano de su esposa, la apretó suavemente logrando que ella desviara su mirada desde su agresor y lo mirara interrogativamente, Galal meneó la cabeza casi imperceptiblemente.

—No lo mires, no dejes que te afecte —dijo casi en un susurro.

—Lo sé —respondió ella en igual tono.

El juez entró para dar inicio al juicio y la sala quedó en silencio. La fiscalía acusó a Peter O'Brian de agresión sexual con agravante de sumisión química de la víctima. El juez preguntó al abogado defensor como se declaraba su cliente.

—Inocente, su señoría.

La defensa basó su alegato en que Zahira había sido amante de Peter en la

universidad y que una vez que se reencontraron en la gala del consorcio Al-Husayni habían continuado su romance. Zahira era plenamente consciente de que la defensa se basaría en desprestigiarla, pero era duro estar allí y escuchar todas las mentiras e insinuaciones que el abogado defensor exponía ante el jurado.

La fiscalía llamó a declarar a Zahira, Galal tomó su mano y la apretó suavemente queriendo transmitirle todo su apoyo y fortaleza. Zahira se levantó con la cabeza en alto y se sentó en el estrado, juró decir la verdad.

—A los efectos de registro, por favor, diga su nombre completo —pidió el fiscal.

—Zahira Al-Husayni Sfeir —respondió la joven.

—¿Conoce usted al señor Peter Alexander O'Brian Campbell?

—Sí, señor, lo conozco. —La respuesta de Zahira fue dada con voz firme.

—¿Puede señalarlo? —Imperturbable, Zahira levantó su mano y apuntó al acusado.

—¿Cuál es su relación con el señor O'Brian?—preguntó el fiscal.

—Lo conocí en una fiesta en la universidad y nos hicimos amigos.

—¿Puede relatar los hechos ocurridos el día 25 de Octubre del año pasado?

Zahira volvió sus ojos a Galal, la hora de contar lo sucedido había llegado. Nerviosa, entrelazó sus manos, su esposo le hizo un leve gesto de asentimiento. Dirigiendo la vista hacia el jurado, la joven comenzó su relato desde el momento en que Peter la había citado para mostrarle algo que concernía a su esposo hasta que despertó semidesnuda en la habitación del hotel.

—¿Recuerda algo de lo sucedido en la habitación del hotel?

—No, no recuerdo nada —respondió la joven con la voz entrecortada por la emoción.

—¿Que hizo luego de despertar? —inquirió el fiscal.

—Llamé a mi amiga Suhana y le conté lo que había pasado. Ella me ayudo a centrarme porque estaba muy confundida. Hui del hotel, varias calles después entré a una cafetería a esperarla, cuando llegó me llevó con la doctora Soraya Maalouf para que me examinara.

—Presento al tribunal original del examen toxicológico donde se indica que la señora Al-Husayni fue drogada con escopolamina y, también en original, el informe de la evaluación médica realizada por la doctora Maalouf

—indicó el fiscal entregando dos sobres al juez, que los revisó y los entregó al alguacil para ser incorporados al expediente.

—¿Es cierto que en esa consulta usted descubrió que estaba embarazada?

—Sí, es cierto—. Galal cerró los ojos, imaginando cómo debió sentirse Zahira al descubrir que estaba embarazada el mismo día de su abuso, añadiendo que después él la confrontó y humilló.

—No más preguntas —. La parte acusadora terminó su interrogatorio

—Abogado, su testigo —informó el juez al abogado defensor.

—Gracias, su señoría. —El representante de la defensa se levantó y caminó lentamente hasta situarse frente a Zahira.

—Señora Al-Husayni, ¿conoció usted al señor O'Brian en un bar?

—Sí, en la fiesta de...

—Limítese a responder sí o no, señora Al-Husayni. —La interrumpió el abogado de Peter con una sonrisa socarrona.

—Sí. —Fue la respuesta de Zahira.

—¿Mantuvo usted relaciones sexuales con mi cliente el señor O'Brian esa misma noche?

—No —respondió Zahira tranquilamente.

—¿Está usted segura? Recuerde que está bajo...

—Protesto —dijo el fiscal enérgicamente—. La señora Al-Husayni ya respondió la pregunta.

—Ha lugar. —Fue la declaración del juez.

—¿Compartió besos y otras caricias íntimas con el señor O'Brian la noche en que lo conoció?

—Lo besé solamente...

—Responda sí o no señora O'Brian. —Zahira respiró profundo no queriendo mirar a Galal.

—Sí —respondió finalmente, su barbilla subió unos centímetros más.

—¿Asistió usted voluntariamente a la cita con el señor O'Brian el día veinticinco de Octubre del año pasado?

—Sí —respondió Zahira con una sola palabra, no queriendo darle la satisfacción al abogado de que volviera a llamarle la atención.

—¿Llegó usted a este país como prometida del señor Al-Husayni?

—Sí —respondió de nuevo Zahira.

—¿Su compromiso con el señor Al-Husayni estaba vigente cuando besó al señor O'Brian?

—Sí —Zahira luchó contra la tentación de bajar su mirada, no le daría la satisfacción de mostrar vergüenza ante ese bastardo.

—¿En su cultura un compromiso es casi tan vinculante como un matrimonio? —indagó el abogado con una sonrisa petulante.

—Protesto, la pregunta es irrelevante para el caso —protestó el fiscal.

—Ha lugar. Abogado, las costumbres de otros países no influyen en las leyes del nuestro. El comportamiento esperado y exigido a cualquier inmigrante es el mismo que para los nativos —expuso el juez.

—¿Estuvo usted bajo tratamiento psiquiátrico hace tres años?

—Protesto, esta audiencia no es para cuestionar la salud mental de la señora Al-Husayni, ella es la víctima de este caso.

—No ha lugar. Conteste la pregunta, señora Al-Husayni

—Sí.

—¿Es cierto que usted trató de suicidarse hace tres años?

—No, no es cierto, nunca he tratado de suicidarme —respondió Zahira con convicción arrancando un suspiro de alivio de su esposo.

—No más preguntas —dijo el abogado defensor.

Zahira se levantó de su asiento con piernas temblorosas, su vientre voluminoso dificultaba sus movimientos. Galal se levantó presuroso, solicitó permiso para ayudar a su esposa y la tomó de la mano, pasó un brazo alrededor de su cintura y la condujo hasta su asiento.

En silencio, Zahira agradeció el apoyo que Galal le proporcionó, temía flaquear y no llegar a su silla. Su corazón retumbaba, pasó una mano por su abdomen en un gesto protector y rezó para tener la entereza de mantenerse serena hasta el final. No era fácil defenderse cuando se sentía vulnerable y era lo que más odiaba de la situación. Ella era la abusada, la parte acusadora, pero la defensa la atacaba sin piedad, como si ella fuese la culpable de las acciones de Peter, como si ella se lo hubiese buscado. En ese momento entendió por qué tantas víctimas callaban.

No sabía hasta cuándo duraría el apoyo de Galal, no creía que él reaccionara bien a tantos secretos que tenía guardados. Esperaba su abandono en cualquier momento porque en el fondo siempre se sintió abandonada, dejada de lado.

Como si presintiera sus lúgubres pensamientos, su esposo la tomó de la mano envolviéndola en la suya, transmitiéndole calor, estaba helada a pesar de que la calefacción calentaba el edificio. Después, cuando su mano se calentó,

Galal entrelazó sus dedos y con su pulgar empezó a trazar círculos en el dorso de su mano. Zahira miró sus manos unidas y levantó la mirada hacia el rostro de su esposo, buscando una señal de lo que pensaba o sentía. A pesar de que sus ojos destilaban rabia mientras observaba a Peter, al mirarla a ella estos se suavizaron de inmediato.

—Todo saldrá bien, ya pasó lo más duro.

«No, no ha pasado lo más duro», pensó Zahira. La fiscalía había repasado con ella la lista de testigos de la defensa y varios de ellos eran chicos a los que ella había besado en la universidad. Todos los que se habían molestado cuando ella no quiso ir más allá.

Desde un inicio había comprendido que la defensa la presentaría como una mujer amoral y había decidido que lucharía para que Peter pagara por lo que le había quitado. Estaba plenamente convencida de que Galal ya no querría saber de ella después de las fotos, y a pesar de que Nahla le había comentado de todas las llamadas de su esposo, no pensaba que fuese posible una reconciliación. No después de tantas dudas, mentiras e insultos, no después de que la prensa desmenuzara su pasado. Porque lo que empezó como un juego por afianzar su recién descubierta libertad, ahora la expondría como una mujer de baja moral. Pero no se arrepentía. Había vivido y disfrutado el momento, ella era Zahira Sfeir y había vencido muchas cosas, esta sería una batalla más.

—La fiscalía llama a declarar como testigo a la ciudadana Suhana Nehru.

Capítulo 37

La expresión de Zahira se mantuvo imperturbable, sin embargo, estaba nerviosa, se removió en su asiento y retiró su mano de la de Galal. Estaba al tanto de que Suhana era la siguiente testigo por ser la primera persona con la que había contactado al despertar ese día. Además, el fiscal le había comentado que usaría el testimonio de su amiga para aclarar las insinuaciones que dejaría la defensa después de su declaración.

Confiaba plenamente en Suhana, su amiga había guardado todos sus secretos durante muchos años, pero conocía su carácter explosivo cuando se enfadaba. Si el abogado defensor lograba sacarla de sus casillas, Suhana podía gritar unas cuantas verdades que más que ayudarla la podían perjudicar y, aunque había ensayado con su abogado lo que debía decir y las palabras adecuadas para hacerlo, sabía que en un momento de ira estos podían salir a la luz. Y estaba harta de dar explicaciones, de tratar de comportarse de determinada manera para ser aceptada, de ser juzgada. Estaba cansada y ese maldito juicio apenas acababa de comenzar.

Suhana subió al estrado con una expresión de serenidad, su traje de chaqueta gris oscuro, bastante sobrio, le daba un aire elegante. Con gran seriedad se identificó y juramentó antes de comenzar a prestar declaración.

—¿Puede usted narrar los hechos, relacionados con el caso, acontecidos el veinticinco de Octubre del año pasado? —preguntó el fiscal.

—Sí, ese fin de semana estaba en mi casa, me estaba vistiendo para salir con mis hermanas cuando recibí una llamada de Zahira, estaba llorando y me pidió que la ayudara. Le pregunté qué ocurría y me dijo que había despertado y que no sabía dónde estaba. La noté bastante aturdida, hasta el punto que tuve que decirle que se calmara y mirara a su alrededor. Me dijo que creía que era un hotel, en la puerta decía que era el Hotel Riverside, le dije que saliera corriendo de allí, buscara un café y me esperara. Al llegar al café acordado, Zahira me contó que había despertado casi desnuda en la habitación y que no podía recordar nada de lo ocurrido. Lo último que recordaba era que había

quedado en encontrarse con Peter O'Brian para discutir algo. Esa tarde la llevé al hospital, después a poner la denuncia y finalmente a su casa.

—¿Cuándo conoció a la señora Al-Husayni? —preguntó el fiscal

—Desde que comenzó a estudiar en el St. Anne's Catholic High Scholl for Girls, teníamos trece años en ese momento.

—¿Es usted su mejor amiga?

—Eso creo, señor.

—¿Cuándo conoció a la entonces señorita Sfeir estaba comprometida para casarse con el señor Galal Al-Husayni?

—Sí, señor, es costumbre en culturas como las nuestras.

—¿Ese compromiso continuó hasta terminar en matrimonio?, ¿no hubo ninguna ruptura?

—Cuando Zahira cumplió los dieciséis años tomó la decisión de que cuando llegara a la mayoría de edad rompería el compromiso arreglado por su padre, ella no quería casarse con Galal Al-Husayni.

—¿Por qué esperar y no romperlo de inmediato?

—Porque no quería que su padre se la llevara de nuevo a Arabia Saudí para casarla con otro hombre.

—¿Considera usted que durante un tiempo ella no se sintió comprometida? Digamos... ¿durante su etapa universitaria? —preguntó el fiscal.

—Protesto —replicó el abogado defensor—. Se trata de una especulación ya que la señorita Nehru no puede saber qué pensaba la señora Al-Husayni en esa época.

—Ha lugar. Sin embargo, el fiscal puede reformular su pregunta. Creo que sería interesante conocer su respuesta. —Fue la respuesta del juez.

—¿En algún momento le dijo la señora Zahira Al-Husayni que rompería su compromiso matrimonial?

—Sí, en varias oportunidades. De hecho, se negó a verlo durante tres años, hasta que se reencontraron y se casaron posteriormente.

—No, más preguntas —declaró el fiscal.

El abogado de la defensa se acercó a Suhana y sonrió con fingido encanto, pensando que la chica se cohibiría ante el comportamiento escandaloso de su amiga. La había estudiado y sabía que sus padres eran bastante tradicionales y que estaba comprometida para casarse.

—Señorita Nehru, tengo entendido que la señora Al-Husayni y usted compartían un apartamento en Durham, ¿salía usted de fiesta y a bares con

Zahira Sfeir, ahora Zahira Al-Husayni?

—Sí, la mayoría de las veces.

—¿Conoce usted al señor Peter O'Brian?

—Sí, tuve la desdicha de conocer a esa escoria.

—Señorita debe moderar sus palabras, ¿entendido? —replicó el juez amonestando a Suhana.

—Sí, señoría, disculpe usted. —La disculpa fue dicha con cara de inocencia.

—¿Conoció al señor O'Brian el mismo día que la señora Al-Husayni?

—Sí.

—¿Vio usted a la señora Al-Husayni besarse con el señor O'Brian esa noche? Recuerde que está bajo juramento —dijo el abogado defensor dirigiéndose a su escritorio para tomar unos documentos.

—No, no la vi, no puedo dar testimonio de lo que ocurrió. Esa noche me retiré temprano por una migraña.

—Según estas declaraciones de testigos, la señorita Sfeir tenía por costumbre escoger a un hombre en cada fiesta y escaparse a una habitación para tener sexo con él, incluyendo a Peter O'Brian. ¿Fue usted testigo de esta situación?

—No, señor, no lo fui. Algunas veces Zahira besaba a algún chico...

—Limítese a responder sí o no —objetó el abogado defensor

—...pero no ocurría en todas las fiestas como usted pretende insinuar —continuó Suhana como si el abogado no hubiese hablado, la expresión molesta de su cara preocupó a Zahira.

—Solicito al tribunal que se elimine de la declaración de la testigo, solamente dejando la respuesta de sí o no.

—Ha lugar —aceptó el juez.

—Gracias, su señoría —dijo el abogado de la defensa.

—Señorita Nehru, ¿es cierto que Zahira Sfeir es bailarina de danza árabe?

—Sí, ambas los somos.

—Señorita Nehru, ¿es cierto que Zahira Sfeir bailaba la danza del vientre en bares de la localidad?

—No es cierto, en algunas oportunidades bailamos por diversión en fiestas con amigos.

—Entrego al tribunal la prueba en video de que Zahira Sfeir era bailarina exótica en un bar.

El video fue colocado y en el mismo se veía a Zahira encima de un escenario con el traje que se había hecho para la presentación de la academia. Frente a la tarima había un grupo de hombres silbando y gritando.

—Eso fue una representación benéfica...

—Hago entrega para el expediente de las declaraciones de, al menos cinco personas, que aseguran que Zahira Sfeir se dedicaba a mantener relaciones sexuales con uno o varios hombres en la fecha en que estaba prometida con el señor Al-Husayni. Entre esos hombres figura mi cliente, Peter O'Brian —continuó el abogado como si Suhana no hubiese hablado.

—¡Eso es una maldita mentira! —El tono de voz de Suhana subió unos grados.

—Protesto, este juicio no es para atacar la moralidad de la víctima, sino para determinar si el acusado es culpable de abuso sexual bajo sumisión química —alegó el fiscal casi al mismo tiempo. Los murmullos de la sala crecieron en intensidad.

—Esta defensa trata de demostrar que la señora Al-Husayni no es una víctima, sino una mujer adúltera que jugaba un juego peligroso y que trata de implicar a un examante al ser descubierta en una infidelidad —estableció el abogado defensor en un tono de voz alto. Los murmullos crecieron de intensidad, el juez resonó su martillo insistentemente.

—¡Silencio! Señorita Nehru, es la segunda vez que esta corte le recuerda moderar su lenguaje, una falta más y recibirá una multa. Señor fiscal, no ha lugar su objeción. Señor abogado, la corte acepta las pruebas presentada por la defensa, puede continuar —repuso el juez.

—Señorita Nehru, el día veinticinco de octubre del año pasado, ¿dónde se reunió usted con la señora Al-Husayni? —continuó el abogado.

—En el Starbucks que está a tres calles del hotel Riverside —respondió Suhana con la furia brillando en sus ojos.

—¿Se podría afirmar que usted no vio ni entrar ni salir a la señora Al-Husayni del hotel Riverside ese día?

— Sí, señor. —Fue la respuesta de su amiga.

—Señorita Nehru, ¿está usted comprometida para casarse?

—Sí, señor.

—Tengo entendido que su familia es muy tradicional, ¿su matrimonio fue concertado por sus padres?

—Sí, señor. —Suhana contestó entre dientes.

—¿Está usted mintiéndole a esta corte, mejorando la reputación de la señora Al-Husayni, para que su comportamiento no la perjudique?

—Usted se ha dedicado a enlodar el nombre de mi amiga cuando su comportamiento está basado en lo que es aceptable en la sociedad británica —gritó Suhana.

—Creo que se confunde, señorita Nehru, el adulterio no es socialmente aceptable. —respondió el abogado con petulancia.

—¡Maldito infeliz! —replicó Suhana en voz alta.

—La defensa no tiene más preguntas. —alegó con una sonrisa socarrona.

—Señorita Nehru, le advertí claramente que ese vocabulario era inaceptable. Le impondré una multa de cien libras esterlinas —estableció el juez—. Esta sesión entra en receso hasta mañana a las nueve de la mañana.

Zahira soltó el aire que estaba conteniendo en los pulmones, durante toda la declaración de Suhana no había mirado a su esposo. No quería leer en sus ojos lo que opinaba de ella, desprecio, ira, acusación, o cualquier reproche hacia su comportamiento. Sus defensas no estaban muy arriba después de todas las insinuaciones del abogado de la defensa, y el pensar que Galal también la despreciaría después de conocer sus escauceos de la universidad la tenía nerviosa. En cualquier momento esperaba sus palabras de rechazo ya que su comportamiento chocaba con la imagen que tenía él de lo que debía ser una esposa árabe.

—Espero que me permitas llevarte a casa de Nahla, ¿es allí donde te quedas?

—Sí —respondió Zahira atreviéndose a levantar su mirada.

—¿Sí, te quedas con Nahla o sí, me permites llevarte? —preguntó con una mirada divertida.

—Sí, a ambas —respondió la joven con un murmullo.

—Entonces soy un hombre afortunado. —Fue la suave respuesta de Galal.

Capítulo 38

Galal sentía un mar de agitación dentro de sí, pero la mirada inquieta de Zahira y su cuerpo en tensión lo obligaron a dejar de lado sus sentimientos. Ella necesitaba su apoyo, no sus preguntas. La sentía frágil y nerviosa lo que no le hacía bien a su estado emocional y mucho menos en su condición. Así que todas sus dudas quedaron relegadas hasta después del juicio o hasta después del parto, ante lo verdaderamente importante, que era el bienestar físico y emocional de su esposa y su bebé. Todo lo demás carecía de importancia. Ya habría tiempo para aclarar sus dudas, al menos, esperaba que ella le diera la oportunidad.

—Relájate, todo estará bien —dijo entrelazando sus manos.

¡Maldición! Esperaba que Galal estuviera al menos molesto por todas las cosas que se dijeron sobre ella, porque eso le habría permitido mantener sus defensas. Nahla y Jameela le dijeron que estaba arrepentido por cómo la había tratado, pero no esperaba esta versión de hombre cariñoso y tranquilo que estaba sentado a su lado. Creía que una vez que descubriera que le había ocultado su embarazo y que sus secretos salieran a la luz estaría furioso. Estaba desconcertada por su actitud, pero Galal nunca se había comportado como ella esperaba.

Llegaron a casa de Nahla cada uno sumido en sus pensamientos, pero con las manos aún entrelazadas. Una vez que el coche se detuvo Galal bajó del mismo, ayudó a su esposa a apearse y la condujo hasta la puerta de entrada. Nahla y Jake llegaron poco tiempo después en otro vehículo, mientras se acercaban, Galal tomó la mano de su esposa y depositó un suave beso en su muñeca.

—Descansa, mañana vendré por ti a las ocho para acompañarte al juzgado. Pasaremos esto juntos, te lo prometo —juró Galal.

—Gracias. —Fue todo lo que Zahira atinó a decir.

Galal se inclinó hasta casi poner la boca sobre su abdomen.

—Hasta mañana, pequeña Hana Kardelen, papá te quiere —susurró en su

prominente barriga provocando que su hija saltara y pateara enérgicamente.

Lo vio marcharse con sentimientos encontrados, estaba hecha un lío. Durante todos los meses que estuvieron separados Zahira había construido sus murallas, colocando ladrillo a ladrillo para protegerse del dolor y de la desilusión, se había preparado para luchar contra él por su hija y ahora parecía que no habría lucha. Galal se había rendido y ella estaba parada con todas sus armas preguntándose qué diablos ocurriría ahora.

Si pensaba bien en la situación era hasta un poco cómica, se veía a sí misma como una guerrera preparada para el combate, con el traje de batalla puesto y una gran espada, lista para comerse al enemigo. Y este, en cambio, se encontraba postrado a sus pies, con el pañuelo blanco extendido y mirándola con ojos de cachorro. Bajó la mirada hacia su vientre.

—¿Tú también caíste bajo el encanto de tu padre?

Su hija pateó repetidamente su estómago, como si respondiera con un contundente sí, Zahira sonrió.

Galal regresó a su ático muy cansado, tenía una hija que pronto nacería y no sabía nada, ¿por qué nadie se lo dijo? ¿Acaso pensaron que él cumpliría su amenaza?, ¿una que había hecho cegado por el dolor? Jameela no lo sabía, estaba seguro por la sorpresa en su mirada cuando vio a Zahira, por lo tanto, Kazim tampoco tenía conocimiento. Después había visto dolor en los ojos de su cuñada, probablemente se había sentido excluida. Desde que su hermana había llegado Jameela había hecho todo lo posible por ganársela, el no conocer de su embarazo abrió nuevas heridas en su cuñada. Estaba seguro de que Jade lo sabía, pero Nasser se veía desconcertado, miró fijamente la barriga de su esposa y luego lo había mirado a él sin pronunciar palabra.

En el segundo día del juicio la defensa llamó a declarar a cinco testigos que, bajo juramento, aseguraron haber mantenido relaciones sexuales con Zahira la noche en que la conocieron. Las preguntas de la fiscalía tuvieron como finalidad que los testigos aportaran más detalles a su declaración. A su lado, Galal estaba rígido de rabia viendo como cada uno de ellos mentía sobre su esposa. Zahira era una mujer sensual, pero no era promiscua, no como estos hombres querían hacer ver.

Zahira sostuvo su cabeza en alto, su mirada se mantuvo fija en cada testigo mientras las mentiras brotaban de sus bocas, ella sabía la verdad y no se avergonzaría ante las injurias de los demás. Galal la tomó de la mano haciendo que desviara la atención un segundo del testigo del momento, vio la

rabia en su mirada y pensó que estaba ocurriendo, que faltaba poco para que la abandonara, sin embargo, Galal acercó la boca a su oído.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Sí, ¿y tú como estas? —preguntó retadora.

—Contigo, estoy contigo, todo estará bien.

Zahira apretó la mano de Galal, su pulgar se deslizó hacia la palma para comenzar a acariciarlo. Era la primera vez desde que se reencontraron en la que era ella la que le ofrecía consuelo, la que deseaba ayudarlo a pasar el mal trago. Era cierto que las cosas entre ellos estaban mal, pero al menos podía pagarle con un poco de consuelo todo lo que él estaba haciendo por su bienestar.

Cuando el último de ellos bajó del estrado y la fiscalía llamó a declarar a la Doctora Soraya Maalouf, Zahira esbozó una pequeña sonrisa. Después de la identificación y juramentación, el fiscal comenzó su interrogatorio.

—Doctora Maalouf, ¿conoce usted a la señora Zahira Sfeir?

—Sí, la conozco —señaló la doctora.

—¿Es su paciente?

—Sí, soy su médico de cabecera desde que llegó al país con trece años.

—¿Podría decirse que conoce su historial médico?

—Sí. Inclusive cuando ella ha tenido consultas con otros especialistas, para tratar alguna enfermedad o condición específica, siempre estoy al tanto, ya que la veo cómo mínimo una vez al año para sus chequeos anuales.

—¿Hace unos ocho meses, poco antes de su boda, la señora Zahira Sfeir Al-Husayni fue a consulta con usted?

—Sí, ella pidió cita y fue a consulta.

—¿Cuál fue el motivo de la consulta? —preguntó el fiscal.

—Iba a casarse y fue a la consulta para pedirme un certificado de virginidad. —Los murmullos en la sala crecieron en intensidad hasta tal punto que el juez golpeó el martillo, Galal apretó su mano y Zahira sonrió levemente.

—¿Emitió usted dicho certificado?

—Sí, lo emití posteriormente al examen físico.

—Su señoría, entrego como prueba el certificado de virginidad de Zahira Sfeir, emitido por la doctora Maalouf, que desmiente las declaraciones de los cinco testigos presentados por la defensa, quienes dijeron haber mantenido relaciones sexuales con la señorita en fechas anteriores a la emisión de dicho

certificado.

—¡Protesto! —gritó el abogado defensor—. Todos sabemos que es posible mantener relaciones sexuales sin penetración vaginal por lo que no habría ruptura de himen.

—No ha lugar, abogado. Le recuerdo que sus testigos se extendieron en sus declaraciones, detallando el alcance y lugar de las relaciones sexuales con tanta imaginación que podría escribirse un libro —dijo el juez—. Lo permití porque quería ver a dónde quería llegar la fiscalía al profundizar en las declaraciones, ya me quedó claro. —El fiscal y Zahira sonrieron.

—Ahora bien, doctora Maalouf, ¿es usual la expedición de dichos certificados? —preguntó el fiscal.

—No lo es en Inglaterra, pero en nuestra cultura es bastante común.

—¿En qué casos se solicitan este tipo de certificados? —siguió indagando el fiscal.

—En los casos de matrimonios concertados donde la familia del novio exige un certificado de que la novia es virgen. En culturas como la nuestra la virginidad de la mujer es el bien máspreciado que aporta al matrimonio, otras veces, el pedido es por parte de la madre de la novia o, como en este caso, por la novia misma; como una garantía ante reclamaciones futuras o rechazos por parte del novio.

—¿Cuándo volvió a ver a Zahira Sfeir? —El fiscal siguió el interrogatorio.

—Fui a su boda un par de semanas después. Una hermosa novia, una boda magnífica y unos novios enamorados —respondió la doctora con una sonrisa.

—¿Después de la boda, la señora Zahira Al-Husayni estuvo de nuevo en su consulta?

—Dos meses más tarde, el día veinticinco de octubre del año pasado. Me llamó diciendo que necesitaba que la viera con urgencia, me encontraba en el hospital y le dije que la esperaría.

—¿Cuál fue el motivo de la consulta?

—Había sido drogada y me pidió que la revisara para saber si había sido víctima de abuso sexual.

—Su señoría, anexo informe médico de la doctora Soraya Maalouf realizado el día veinticinco de octubre del año pasado. Así como el resultado del examen toxicológico donde se evidencian restos de la droga escopolamina en la muestra de sangre tomada de la paciente —dijo el fiscal acercándose al

juez para entregarle los documentos.

—Doctora Maalouf, ¿fue la señora Al-Husayni abusada sexualmente el día veinticinco de octubre del año pasado?

—No, no hubo evidencias de penetración vaginal ni anal. Tampoco marcas en su piel que evidenciara golpes o ataduras, no se demostró violencia física, pero al seguir el protocolo para estos casos, se recolectó muestras de tejido tomadas de su piel, y un vello oscuro que no pertenecía a Zahira Sfeir Al-Husayni. Esto último fue entregado como evidencia a la policía para ser realizadas las pruebas de ADN.

—Doctora Maalouf, ¿cómo puede estar segura de que el vello encontrado en el cuerpo no pertenece a la señora Al-Husayni?

—Estoy absolutamente segura porque Zahira Sfeir recurrió hace varios años a una depilación con láser, por lo que no posee vellos de ese grosor en su cuerpo.

—Su señoría, hago entrega del resultado del examen de ADN realizado sobre ese único vello encontrado en el cuerpo de la acusada. El mismo indica que pertenece al señor Peter O'Brian —estableció el fiscal. Posteriormente, dirigiéndose a la testigo, añadió—: No más preguntas.

—Señor abogado de la defensa, su testigo —estableció el juez.

—Doctora Maalouf, ¿es amiga usted de la familia Sfeir? —preguntó el defensor.

—Sí, he forjado lazos de amistad con Jameela y Nahla, las hermanas mayores de Zahira Sfeir.

—¿Pudo haber influido esa amistad en la expedición de ese certificado de virginidad?

—No, señor, soy una persona íntegra. —La doctora respondió con la mirada fija en el abogado defensor.

—No más preguntas.

La Doctora Maalouf bajó del estrado y se retiró de la sala con la vista al frente. La puerta al cerrarse pareció la señal para que la fiscalía llamara a su siguiente testigo.

—La fiscalía llama a declarar al señor Galal al-Husayni.

Capítulo 39

Zahira sintió el corazón saltar y su alma caer en picado cuando el fiscal llamó a Galal a declarar, no sabía que él prestaría testimonio. Algún sonido debió hacer porque su esposo se volvió a mirarla, regresó sobre sus pasos, tomó su mano y la apretó.

—No te preocupes todo estará bien.

Caminó al estrado con paso firme, mirando a Peter con desprecio. Patrick, el padre de Peter, estaba allí; el hombre no tenía culpa del hijo que tenía. Cuando se enteró de lo ocurrido le llamó para pedirle disculpas, sin embargo, también le dijo que pagaría al mejor abogado defensor; era su hijo, lo amaba y no lo abandonaría. Al principio había estado furioso por la actitud de Patrick, pero si este sentía por Peter una décima parte de lo que él sentía por su hija que aún no había nacido, lo entendía.

Había pedido al fiscal que lo llamara a declarar, necesitaba contribuir con la condena de Peter O'Brian, tanto como quería que el nombre de Beatriz Cifuentes saliera a la luz y que fuera llamada a declarar. No permitiría que saliera indemne del daño que le habían hecho a su esposa y a su matrimonio.

—Señor Al-Husayni, ¿reconoce este móvil? —Fue la primera pregunta que le hizo el fiscal.

—Sí, lo reconozco, es mío.

—Su señoría, hago entrega de este móvil como prueba, ya que el testigo recibió en este teléfono las fotos tomadas a la señora Al-Husayni por el acusado. Han sido pixeladas para proteger a la víctima, pero en ellas se puede apreciar que Zahira Sfeir estaba inconsciente.

—Señor Al-Husayni, ¿quién le envió las fotos?

—Mi exasistente, Beatriz Cifuentes.

—Cito textualmente el mensaje de la señorita Cifuentes extraído del móvil del señor Al-Husayni —dijo el fiscal leyendo un informe—. “Galal, lo siento mucho, siempre te he querido y respetado, por lo que ahora siento que debo protegerte de las cosas malas que está haciendo tu esposa, de cómo te engaña

mientras tú estás trabajando para darle a ella una vida de clase alta. No sabes lo mucho que lamento ser yo quien tenga que mostrarte la clase de mujer que es Zahira. Estas fotografías las baje de la red, cuando las vi llamé a un amigo *hacker* para que las eliminara. Gracias a Dios pudo hacerlo, solo espero que no hayan tenido muchas descargas. Si me necesitas para lo que sea ya sabes dónde encontrarme. Te amo.” Cierro la cita —dijo el fiscal.

—En numerosas ocasiones salió publicado en la prensa que usted y Beatriz Cifuentes tenían una relación amorosa, por lo que le pregunto: ¿tuvo o tiene usted una relación amorosa con Beatriz Cifuentes?

—No, nunca la tuve y ahora tampoco la tengo —respondió Galal con firmeza.

—¿Conoce usted al acusado Peter O’Brian?

—Sí, le conozco, es hijo de Patrick O’Brian, con quien estaba negociando un contrato del consorcio Al-Husayni.

—¿Se conocían Beatriz Cifuentes y Peter O’Brian?

—Se conocieron poco antes de mi boda, en una cena de negocios, y se volvieron inseparables. Aunque Beatriz comentaba que solo eran amigos.

—No más preguntas —dijo el fiscal.

—Abogado, su testigo —expuso el juez.

El abogado de la defensa se acercó a Galal con una sonrisa arrogante.

—Señor Al-Husayni, ¿es cierto que a raíz de las fotografías que mostraban cómo su esposa le fue infiel, usted la abandonó?

—Protesto, la pregunta no es relevante para determinar la culpabilidad de Peter O’Brian en los cargos que se le imputan —solicitó el fiscal.

—Ha lugar —aprobó el juez.

—Su señoría, permítame contestar —pidió Galal. Ante el gesto afirmativo del juez continuó—. No, no es cierto. En primer lugar, las fotografías no demuestran que me fue infiel, los hechos demuestran que mi esposa fue drogada y que todo lo ocurrido durante ese lapso de tiempo fue en contra de su voluntad. En segundo lugar, sí, es cierto que esa noche tuvimos una pelea y yo salí de nuestra casa furioso, pero mi intención no era abandonarla, sino llevarla de regreso a nuestro país. Me he arrepentido profundamente de mi actuación, porque Zahira Sfeir Al-Husayni, mi esposa, es inocente y tiene todo mi apoyo para lo que necesite. Ahora, abogado, no entiendo cómo es posible que usted base su defensa en desprestigiar a mi esposa y hacerla ver como la culpable de este caso, más aún en su condición de embarazada. Aquí ella es la

víctima y usted le está agregando una carga emocional que puede afectarles a ella y a mi hija nonata, espero que su conciencia no le permita dormir por las noches —expresó Galal con sinceridad.

—Mi conciencia me deja dormir, pero ¿le deja dormir la suya tras despedir, injustificadamente y sin referencias, a la señorita Cifuentes? —dijo el abogado defensor.

—La señorita Cifuentes fue despedida por conducta impropia y faltas a la moral. Ella participó de alguna forma en el abuso de Peter O'Brian a mi esposa, no fue injustificado y le aseguro que no me quitó el sueño sacarla de nuestro entorno.

—No más preguntas.

Galal bajó del estrado y volvió a su puesto al lado de su mujer. Se sentó junto a ella, tomó su mano y al sentirla tan fría, frunció el ceño. Preocupado, pensó que si él se sentía tan alterado por todas las acusaciones del abogado defensor, no podía imaginar cómo se debía sentir ella. Acercó la helada mano de Zahira a sus labios y la besó.

—Todo estará bien, estoy contigo.

Cuando el segundo día de juicio terminó, Galal tomó a su esposa del brazo y salieron juntos del juzgado. Esa vez, a pesar de que igualmente los acosaron a preguntas, los periodistas fueron más respetuosos y menos agresivos que el día anterior.

Galal había pensado mucho en la situación de su matrimonio. Durante mucho tiempo, la relación entre ellos se había caracterizado por el silencio, sus conversaciones habían sido escasas, solo se comunicaban a través de la pasión y eso casi le cuesta al amor de su vida. Ahora estaba decidido a sentarme a hablar con su mujer y desnudar su corazón. Los secretos, temores y rencores debían acabar si quería tener la oportunidad de construir una familia junto a Zahira.

Con eso en mente, recorrió el camino a casa de Nahla, cada uno sumido en sus pensamientos. Consciente de que su esposa estaba encerrada dentro de sí misma, le pasó un brazo alrededor de sus hombros, al llegar a su destino bajó del coche con ella y le pidió a su chofer que esperara.

—¿Puedo pasar?, quisiera hablar contigo de varias cosas —preguntó Galal.

La seriedad de su tono alertó a Zahira de que algo estaba a punto de suceder y rogó que no fuera a abandonarla en ese momento.

—Sí, claro —respondió con voz estrangulada.

Capítulo 40

Galal se paseó inquieto por la sala sin saber por dónde comenzar a explicarse.

—Empieza de una vez, Galal, di lo que tengas que decir —pidió Zahira con voz resignada.

—No sé por dónde comenzar —dijo su esposo mirándola a los ojos.

—Empieza por lo más importante —susurró ella esperando la estocada final.

—En primer lugar, quiero que sepas que esa noche no te engañé, estaba borracho y esa chica, Olivia Parker, tenía un ligero parecido contigo. Fuimos a mi habitación, pero no pude hacer nada, no eras tú. Así que le pedí que se fuera y ella me pidió usar el baño. Debí quedarme dormido esperando que saliera, lo que aprovechó para tomar esas fotos y venderlas a la prensa junto con una historia falsa.

—Gracias por contármelo —dijo Zahira esperando la segunda parte de su confesión.

—En segundo lugar, quiero pedirte perdón por cómo te traté la noche en que me enviaron las fotografías. Estaba loco de celos y de rabia, había pasado esa semana pensando en ti, con muchas ganas de estar en casa contigo... Había tomado la decisión de nunca obligarte a regresar, venía a decirte que me había enamorado de ti, pero al bajar del avión no logré ubicarte, después llegaron las fotografías y sentí que había caído al infierno. Cuando llegaste a casa y vi que tenías puesta la misma ropa que llevabas en algunas de las fotos, supe que me estabas mintiendo y eso me enfureció aún más. De haber sabido lo que acababas de pasar creo que hubiese podido matar a Peter en ese momento.

—Yo... habían pasado tantas cosas ese día que me sentía sumamente vulnerable y no quería desnudar mi alma frente a ti. Tenía tantos secretos que si hubiese hablado en ese momento creo que los habría soltado todos, y pasé tanto tiempo escondiéndome de ti, que si no fuera tan trágico sería cómico. Yo, Zahira Sfeir, la que se vio obligada a casarse por conveniencia... —Zahira

movió su cabeza para tratar de deshacer el nudo que oprimía su garganta —... le había puesto fecha de caducidad a nuestro matrimonio aun amándote. Me convencí de que tú y yo no teníamos futuro porque somos tan distintos... Yo soy un completo desastre y tú eres tan perfecto que estaba asustada. ¿Sabes acaso cuantas cosas te oculté?

—Muchas, pero nada de eso importa ahora. Sin embargo, para tú tranquilidad, empezaré a contarte tus secretos y veremos si falta alguno. Sin miedos y con el corazón en la mano —respiró profundo—. Primero, sé que escuchaste mi conversación con Azim el día de nuestro compromiso, hablé de más sobre tu físico, te herí y decidiste vengarte...

—También escuche tu conversación con Gaby en mi fiesta de dieciséis años. Cuando le dijiste que tu prometida era una tonta, la típica novia islámica discreta, juiciosa y tranquila, y que tú tenías tu vida privada que nada tenía que ver conmigo

—Nunca dije que fueras una tonta, solo que eras una niña aún. Y también le dije que cuando crecieras me casaría contigo y serías la única mujer para mí, que cuando estuvimos juntos no estaba comprometido contigo y que no iba a humillarte saliendo con ella de nuevo.

—Eso no lo escuché. Probablemente lo dijiste después de que huyera cual doncella victoriana, sin embargo, allí decidí que sería para ti lo contrario.

—¿Ese fue el momento en que decidiste romper tu compromiso conmigo?

—Sí, pero antes quería dejarte claro que yo era muy diferente a lo que tú esperabas. Pensaba hacerlo en la boda de Suleyma, pero enfermé y no pude asistir.

—Yo pensé que era otra excusa igual a todas las que me diste en los últimos años.

—No lo era, iba a ir y, probablemente, hubiese roto el compromiso en ese momento.

—Entiendo. Vamos por el segundo secreto: tuviste una depresión severa a los diecisiete años.

—Sí y como sabía que tu podías desequilibrarme, le pedí a Nahla y a Jameela que me mantuvieran alejada de ti.

—Por eso no te vi por tres años —murmuró pensativo.

—Sí, todos me ayudaron con la promesa de que tú sabrías la verdad más adelante.

—Tercero, tienes varias cajas con recortes de prensa donde se me

vinculaba con otras mujeres.

—Oye, ¿cómo supiste eso? —preguntó Zahira asombrada.

—Los vi por casualidad cuando estuvimos en Durham. Dime, ¿esos chicos que besaste fueron por gusto o por venganza?

—Por venganza, pero nunca fui más allá de un beso y eso les molestaba. Un día uno de ellos dijo que había logrado tener sexo conmigo y allí empezó mi mala fama. Los demás pensaban que con ellos no quería, se molestaban y, para no quedar mal, decían que lo habían hecho conmigo. ¿Acaso piensas censurarme? —preguntó retadora.

—No, no puedo hacerlo, menos aún, cuando yo tuve algunas amantes mientras crecías. Pero quiero que sepas que la cantidad no es ni remotamente parecida a lo que publicaba la prensa.

—Digo lo mismo, creo que los que desfilaron por el juicio hoy eran casi todos.

—¿Por eso pediste el certificado de virginidad?

—En parte por eso y porque tampoco podía arriesgarme a que me rechazaras después de haberme acostado contigo.

—Nunca lo habría hecho.

—Ahora lo sé, pero, tal y como iban a ser las cosas, tampoco estaba segura de que te dieras cuenta de que era virgen, y el certificado era mi garantía.

—Tonta —le dijo Galal meneando la cabeza, pero con una sonrisa en la cara. Después, su rostro volvió a ponerse serio cuando continuó—. Cuarto secreto, te casaste conmigo chantajeada por tu padre.

—Sí, y como quinto secreto, te diré que no soy tan mal hablada y propensa a berrinches como me porté contigo. Todo era una actuación con el fin de fastidiarte.

—Me desesperaba lo soez que eras, quería lavarte la boca con jabón y azotarte en plan sexy —dijo Galal sin poder evitar reírse.

—Me costaba horrores hablar así, pero Suhana sí lo hace todo el tiempo así que lo que hice fue imitarla. Pensaba: «Si Nahla me oye... qué vergüenza».

—Galal rio abiertamente ante su cara roja, poco después se volvió a enseriar antes de hablar.

—Quiero decirte que la casa donde vivimos es tuya, la compré a tu nombre, y me gustaría que volvieras, solo te pido que dejes que me quede contigo. Pero no es una condición para que vivas allí, si no me quieres, dílo y

me marcharé, porque nunca más quiero que te veas obligada a depender de mí o de alguien más para tomar tus decisiones. Eres libre, Zahira Sfeir.

¿Libre? Después de luchar tanto por su libertad, Galal se la daba por voluntad propia, sin presión, sin drama. Pero ¿era eso lo que en realidad quería? Ya no estaba segura de las cosas. Sabía que quería volver a su casa, le encantaba, en el poco tiempo que vivió allí la hizo su hogar y tenía buenos recuerdos de ella. A excepción del último día, había sido feliz allí.

—Quiero volver ahora. —La decisión salió de sus labios antes de procesarla totalmente. Era un impulso del corazón, cansado de luchar contra los miedos y la opresión. Si Galal le ofrecía libertad a su lado, estaba dispuesta a arriesgarse y asumir el reto de intentar ser feliz con él—. No sé qué nos traerá el futuro, pero quiero volver a mi casa e intentar tener una familia, Hana se lo merece. Durante todo este tiempo me preguntaba si había sido justa negándote el derecho a saber que ella existía. Quiero que estés a su lado en cada momento de su vida, independientemente de lo que suceda con nosotros.

—Es lo que más desea mi corazón —susurró Galal emocionado.

—Lo único que te pediré, para ella y para cada hijo que tengamos, es que les permitas ser libres y tomar sus propias decisiones, que no sean obligados a casarse, ni los lleves a nuestro país.

—Te prometo que nuestros hijos tendrán la libertad de escoger la vida que deseen y sabes que siempre cumplo mis promesas.

—Lo sé, mi amor. Ahora, vamos a casa.

El juicio continuó sin la presencia de ninguno de los dos. Galal pensaba que asistir a las audiencias estaba afectando negativamente a Zahira y ella estuvo de acuerdo cuando empezó a sentir contracciones esporádicas. Estaba cansada y el estrés le estaba pasando factura, así que su doctora hizo un informe médico ordenándole reposo, y su abogado pidió que se le eximiera de estar presente en el juicio por razones de salud. Zahira pidió acudir solamente el día que se diera la declaración de culpabilidad. No tenía ninguna duda que eso sería lo que ocurriría, quería ver su nombre limpio para que el día de mañana, su hija supiera que había que luchar contra las injusticias y que su madre era una mujer digna.

Peter O'Brian fue declarado culpable de abuso sexual con sumisión química. Fue sentenciado a diez años de prisión y se incluyó su nombre en el registro nacional de delincuentes sexuales. Una vez liberado, tenía prohibido

acercarse a cualquier miembro de las familias Al-Husayni y Sfeir, bajo pena de volver a prisión por dos años más.

Durante las sesiones del juicio, la fiscalía llamó a testificar a Beatriz Cifuentes. Su declaración estuvo llena de incongruencias, su testimonio contradijo la declaración inicial donde había afirmado que descargó las fotos de la red. A pesar de haber borrado toda la evidencia de su portátil y su móvil, los expertos en informática pudieron comprobar que las fotografías fueron enviadas directamente por Peter O'Brian.

Ante la evidencia, trató de que su cómplice cargara con toda la culpa diciendo que la había engañado. Peter, ante las acusaciones dadas por Beatriz, terminó de incriminarse al declarar que la idea de drogar y secuestrar a Zahira había sido de ella, hecho que no pudo ser comprobado.

Beatriz Cifuentes fue acusada de actuar con complicidad en abuso sexual con sumisión química y condenada a cinco años de cárcel. Meses más tarde, los abogados del consorcio Al-Husayni, entablaron una demanda civil por difamación. El juez decidió a favor de la parte demandante y se le impuso un pago de medio millón de euros que fue abonado por el padre de Beatriz, un rico empresario español. El dinero en su totalidad fue donado al asilo para jóvenes de la hermana Concepción, la causa favorita de las hermanas Sfeir. De la monja habían aprendido que, de cada cosa mala, algo bueno salía. Lo bueno, en este caso, había sido que el asilo tendría dinero suficiente para ayudar a más chicas con problemas.

Esa noche Galal Al Husayni preparó la tina para el baño de su esposa, la ayudó a meterse en el agua tibia y luego se metió en la bañera detrás de ella. La acercó a su cuerpo, recostándola sobre su pecho, la escuchó suspirar antes de relajarse y, con cuidado, lavó y enjuagó su cuerpo. Cuando la tuvo limpia y sonrosada la abrazó poniendo sus manos encima de su voluminoso vientre.

—Ya todo acabó, amor mío, todo está bien en nuestro mundo, te amo.

—Yo también te amo con todo mi corazón, pero estás equivocado en algo, la historia no ha acabado, la nuestra acaba de comenzar. Para mí nuestra vida empieza hoy, cuando dejamos el pasado atrás y esperamos el nacimiento de nuestra hija. Inicia cuando decidimos darnos la oportunidad de amarnos y ser felices. Nuestra historia apenas está comenzando.

Fin

Epílogo

Días más tarde, en plena madrugada, Hana Kardelen Al Husayni Sfeir, decidió venir al mundo. No es que estuviera muy ansiosa por nacer, porque en ese sitio se estaba bien cómoda y calentita, pero cada vez que escuchaba las voces de quienes se llamaban a sí mismos mamá y papá, sentía que quería estar más cerca de ellos. Así que, llegado el momento, emprendió su viaje con alegría, porque sabía que el amor la estaba esperando.

Zahira no la pasó tan mal en el parto, hubo dolor al inicio, pero después de la anestesia todo mejoró. Sin embargo, la depresión postparto la golpeó duramente y, con sus antecedentes, era propensa a sufrirla más fuerte de lo normal, por lo que buscó ayuda de inmediato. Su hija merecía una madre sana y feliz, así que suspendió la lactancia materna para poder empezar con los antidepresivos que le recetó el psiquiatra. También fue a psicoterapia con una psicóloga, ambos profesionales la ayudaron a volver a ser ella misma, reafirmando su creencia de que ya no estaba sola, tenía a su esposo, y mucha familia y amigos que la amaban.

Siete días después del parto, el imán que los casó se había presentado en su casa. Zahira sintió la tensión en su cuerpo mientras lo escuchaba decir a Galal que debía cumplir con el *aqiqah*^[22] para iniciar a Hana en el Islam. Además, también le sugirió que debía pensar bien si quería seguir casado con una mujer tan disoluta como Zahira, según las leyes de su país él, como padre, obtendría la custodia de la niña.

Galal se enfureció y echó al hombre de su casa. Pero antes de hacerlo, le dijo que su mujer no era disoluta, sino una esposa amorosa y una madre formidable y que no permitiría a nadie poner en duda su integridad. Añadió que su fe era personal y no necesitaba ir a la mezquita para orar y hablar con Alá, seguiría leyendo las escrituras, pero lo haría desde el amor y no desde el

odio, y que sus hijos serían libres de escoger en que creer. Zahira estaba sentada, escondida en las escaleras, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, si aún tenía dudas del amor de su marido estas habían quedado atrás.

Meses más tarde, un domingo a principio de otoño, estaba sentada en el patio de la casa de Jameela, a la que habían ido a almorzar. Aquello que evitó tantos años ahora era lo cotidiano cada semana. Después de su reconciliación, Galal le comentó que había herido a Jameela al no hablar con ella en todos esos meses que estuvieron separados. Esa no había sido su intención, quería mucho a su hermana, y si no habló con ella, fue para que no sintiera que debía estar de su parte. Ese mismo día le pidió a Galal que la llevara con ella, y le pidió perdón antes de explicarle los motivos por los cuales se mantuvo distante. Jameela, con su dulzura característica, la perdonó, y desde entonces Zahira trató de compensarla pasando mucho tiempo a su lado.

Miró a Hana Kardelen con el corazón repleto de amor. La nena era muy parecida al bebé de sus sueños, con los ojos del mismo color que su padre. En ese momento había logrado quitársela a una de sus muchas tías que se morían por cargarla y estaba sentada en sus piernas, balbuceando y agitando sus bracitos, cuando Jade entró como una tromba.

—¿Dónde está el bomboncito de su tía? —preguntó melosa.

—Eres su prima, no su tía —respondió Zahira en broma.

—Seré su tía cuando me case con Nasser —replicó con retintín, aunque sabía que había caído en la trampa de Zahira.

—¿Y eso cuándo será?—preguntó la joven madre con una sonrisa maliciosa.

—Algún día, no hay prisa —respondió tomando a Hana de los brazos de Zahira, detrás de ella, Nasser puso los ojos en blanco. Esperó su turno antes de quitarle a la niña de los brazos a su prometida para darle un achuchón.

—La veo muy bien, ¿está durmiendo de corrido de nuevo? —preguntó en modo médico.

—Sí, no quedan rastros de la gripe —respondió la joven madre.

—Me alegro —dijo mientras la elevaba en el aire y la niña respondía con grititos de alegría.

Sus ojos recorrieron los jardines, había suficiente familia como para volver loco a un desconocido entre tantos nombres y parentescos. Los hombres reían mientras hablaban, su hermano Ebrahim estaba con ellos parado al lado

de su esposo. Aunque al principio había recelado mucho de Galal por todo lo que había sufrido su hermana, entendió que su cuñado no había sido completamente culpable y que la felicidad de Zahira estaba a su lado.

Había pasado sus vacaciones de verano con ellos, ya no regresaba a Arabia Saudí a ver a su padre. Tenía un trabajo a tiempo parcial en el periódico de Halim, como su asistente o chico para todo, y le encantaba, sin embargo, Zahira esperaba que su hermano no copiara el comportamiento mujeriego y promiscuo de su cuñado. El jeque Azim se había ocupado de que su papá dejara tranquilo a Ebrahim. Su padre se había quedado solo con Anisa, quien se ocupaba de amargarle la vida con sus exigencias.

En otro grupo, sus cuñadas Suleyma, Raissa, Karima y Phedre, cuchicheaban entre risas esporádicas. Ya cada una de ellas había tenido su turno de cargar a Hana y estaba segura de que, cuando Jade se descuidara, se la quitarían de los brazos. Ashira y Husain, “los mellizos”, reían de un chiste que Rashida les estaba contando. Suleyma estaba embarazada de pocos meses, Raissa y Karima comprometidas y Phedre se había declarado un espíritu libre y renegaba de los hombres en general, no quería saber nada de compromisos ni de matrimonios, decía que eso se lo dejaba a sus hermanas.

Nahla, Jameela, Bashira y Noor conversaban y reían, dejó a su hija con los tíos y fue a sentarse con ellas, sabía que su niña estaba bien cuidada y rodeada de amor. Como siempre, Galal la siguió con la mirada mientras caminaba hacia sus hermanas, su amor era como el de los cuentos de hadas, donde ella y su hija eran las protagonistas de la historia. «La vida es buena», pensó sonriendo.

Capítulo Extra

Jade miró fijamente el palito que le diría si sería madre. Mentalmente contaba los segundos, iba por doscientos cuarenta y dos cuando apareció la primera raya y dejó de respirar. Cuando la segunda hizo su aparición para confirmar sus sospechas aspiró profundamente llenando sus pulmones de aire. Estaba feliz, muy feliz, su relación con Nasser era lo mejor que le había pasado en la vida. Llevaban cuatro años viviendo juntos y se amaban más que el primer día, habían superado el período de enamoramiento y pasado al del amor, de ese que perdura en el tiempo.

Solo había una cosa que enturbiaba su felicidad y era que Nasser había dejado de pedirle que se casara con él. Cada mes, después de su famosa propuesta en Picadilly Circus, él le había pedido matrimonio. Durante tres años lo había hecho y ella le había dado largas. Ese año se quedó esperando la trigésima séptima pedida dispuesta a darle el sí, pero esta no llegó. El día en que pensaba estar preparada había llegado, ya había estudiado y tenía un trabajo consolidado que la llenaba, sin embargo, al cargar a cada sobrino que había nacido en los últimos años sentía sus brazos vacíos, el reloj biológico le estaba jugando una mala pasada.

Un día había mirado al bomboncito de Zahira y se había dado cuenta de que Hana ya tenía edad suficiente para encabezar el cortejo. Su tía se había graduado en la universidad y ahora esperaba su segundo bebé, la noticia la había dado el fin de semana pasado y ella quería gritar que también estaba esperando un hijo. Pero calló porque aún no tenía la seguridad, su corazón tenía la certeza de que sí tenía un bebé dentro de su cuerpo, en cambio su cabeza, esa que estaba llena de inteligencia, decía que debía comprobarlo antes de anunciar algo tan importante.

Otro asunto que le preocupaba mucho a la hora de casarse, era la diferencia de religión. Ella fue bautizada en el catolicismo y, aunque estuviera mal decirlo, no era una practicante activa. Si no fuera por los jalones de oreja de la hermana Concepción probablemente nunca iría a misa, pero la monja

había jugado un papel importante en la vida de su madre y en la suya y la quería y respetaba muchísimo. En cambio, Nasser era musulmán y para él su religión sí era más importante. Rezaba todos los días, aunque muy pocas veces acudía al templo. Jameela, Kazim y Galal, habían tenido que escoger entre la religión y el amor y había ganado el amor.

Quería llamar a Nasser y decirle que esperaban un hijo, quería correr y gritarlo a los cuatro vientos, pero no quería que él le propusiera matrimonio solo porque estaba embarazada. ¿Se habría cansado de esperarla? Todas esas dudas absurdas que surgían de unos días para acá eran producto de sus hormonas, estaba segura de eso, porque nunca antes dudó del amor de su prometido. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya, porque no quería casarse con un vestido de maternidad, además ella no se caracterizaba por su paciencia. Un plan empezó a fraguarse en su cabeza, pero para eso necesitaba varios cómplices.

Nasser salió del hospital un poco antes de su hora de salida acostumbrada. Jade lo había invitado a ver *El rey león*, un musical que se presentaba en el Lyceum Theatre. Era un espectáculo infantil por lo que imaginó que ya se había dado cuenta de que estaba embarazada, mentalmente sonrió, conocía su cuerpo mejor que ella y se dio cuenta desde el primer día en que su menstruación se atrasó. Sus senos crecieron y los sostenes le apretaban, además estaba muy emotiva. Sus ojos se aguaron cuando Zahira anunció que estaba embarazada, quizás ya sospechaba de su estado.

Hoy le pediría matrimonio de nuevo, lo haría antes de que le anunciara su embarazo, no quería que pensara que había dejado de proponérselo por falta de interés y que ahora que esperaba un hijo se veía en la obligación de pedirselo. Dejó de hacerlo porque pensó que la estaba agobiando y, como Jade era tan directa, él estaba seguro de que ella se lo pediría cuando en verdad se sintiera preparada, por eso había decidido esperar. Total, era feliz a su lado.

Quería casarse en una ceremonia íntima, pero en su familia era casi imposible, lo íntimo eran casi cien personas. Así que se había resignado a una gran recepción después de pasar por el juzgado, porque no se casarían por ninguna iglesia ya que eran de religiones diferentes.

Agradeció que al fin había llegado el viernes y ese fin de semana no tenía guardias. «Estoy cansado», pensó mientras iba saliendo por la puerta principal del hospital y un coche se paró a su lado.

—Sube —pidió su suegro desde el asiento trasero, un chófer manejaba el vehículo.

—Hola, Jake —saludó subiendo al vehículo—. No traje mi coche porque iba a salir al teatro con Jade y estacionar es un infierno. ¿Te envió ella a buscarme?

—Sí, me pidió el favor ya que todos vamos a ver *El rey león*.

—¿Incluyendo a los niños? —preguntó curioso.

—Sí, ellos también irán.

—¡Qué bien! Es un espectáculo que hay que verlo con los niños de la familia, se disfruta mucho más al ver sus reacciones.

Nasser frunció el ceño cuando se dio cuenta de que el coche no se dirigía al teatro.

—Jake, ¿no acabamos de pasar la salida hacia el teatro?

—No vamos al teatro, vamos al aeropuerto. No preguntes más, es una sorpresa.

«Con Jade la vida nunca es aburrida», pensó Nasser. El chofer los dejó en la salida de los vuelos privados, su suegro le entregó su pasaporte y pasaron por inmigración antes de abordar un avión que no era el de Jake. Allí estaba Jade con gran parte de su familia, todos los asientos estaban llenos, ella se lanzó a sus brazos y lo besó apasionadamente.

—Hola, amor —dijo al despegar sus labios.

—Hola, belleza, ¿no íbamos ir a ver *El rey león*? —preguntó curioso.

—Vamos a ver *El rey león*, pero no en Londres—respondió coqueta.

—¿Dónde lo veremos? ¿París? —La curiosidad lo estaba matando.

—Ummm, no —respondió evasiva.

—¿Es un secreto y no me lo piensas decir? —dijo medio en broma.

—De todas formas, te enterarás: ¡Vamos a Las Vegas!

¡Las Vegas!, ¡era una locura! Nasser ya sabía dónde se casarían, solo esperaba que en los planes de Jade no estuviese contemplado que los casara Elvis en una capilla alusiva al rey del rock.

Era de madrugada mientras subían las escaleras de la entrada de The Cromwell Hotel & Casino en Las Vegas, los niños iban dormidos en los brazos de sus padres. Jade estaba enfurruñada, se caía de sueño, eso no lo previó al hacer sus planes. Ella, que de por sí amaba dormir, ahora con el embarazo podía hacer el papel de Aurora en *La bella durmiente*. Al entrar a su habitación se arrastró hasta su cama y cayó rendida. Nasser se partía de la

risa, quizás era hora de hacer sus planes. Silencioso, salió de la habitación.

Cuando Jade abrió los ojos a la mañana siguiente, Nasser estaba en el baño afeitándose, el estómago le rugió de hambre, agradecía profundamente no sufrir de náuseas. El olor del café que estaba en el carrito del desayuno hizo que saliera de la cama y comió con apetito mientras esperaba que su prometido desocupara el aseo.

El baño terminó de despertarla, era la hora de la verdad. Debía proponerle matrimonio a su prometido y buscar una capilla para casarse. Podrían hacerlo en la noche, después del espectáculo, si todo sabía bien.

Jade salió del baño envuelta en un albornoz del hotel, al salir se paró de la impresión. Nasser estaba vestido con un esmoquin y en la cama había un vestido de novia, muy sencillo, pero sumamente hermoso; de corte ligero, tipo túnica, dejaba un hombro al descubierto. Lo miró con el asombro reflejado en la cara.

—Hoy es el día en que te convertirás en mi esposa, —afirmo con seguridad—. Te amo, Jade.

La ceremonia se celebró en Chapel Of The Flowers, una capilla elegante y clásica de Las Vegas. El organizador de bodas contratado por Nasser en la madrugada hizo milagros con tan poco tiempo. El bomboncito de Hana abrió el cortejo, tal y como Jade deseaba, seguida por Sara, su hermanita, y Salma y Mouna, las hermanas de Nasser. Su amiga Claudia fue su dama de honor, ella y Noah, su esposo, habían llegado a Las Vegas antes que ellos.

Su familia inmediata, que era mucha, estaba presente; sus padres y sus abuelos, William y Miranda, Billy, el bribón de su hermanito, Jameela y Kazim, Galal y Zahira, Ebrahim, su joven tío, y Kazeem y Kahil, los hijos adoptivos de Jameela. También estaban presentes Suleyma, Raissa y Karima con sus respectivas familias, así como Halim, Husain, Ashira, Phedre y Rashida, los hermanos de Nasser. Hasta su suegra Delila había podido llegar a la boda.

Ante un juez de paz hicieron sus votos y declararon su amor, hicieron un brindis en la capilla, tuvieron un almuerzo tardío en el hotel y fueron a ver *El rey león*. Los niños disfrutaron mucho el espectáculo.

Esa noche, entre los brazos de su esposo, se sentía la mujer más feliz del mundo. Estaba cansada, pero muy despierta, de ese cansancio que queda después de ser tan feliz. Se volvió a mirar los ojos de Nasser.

—Estoy embarazada —dijo Jade en un susurro.

—Lo sé, amor mío, lo sé —respondió con una sonrisa.

Agradecimientos

Siempre, agradecida con Dios por abrirme las puertas e indicarme el camino, por poner a mi lado gente maravillosa que siempre me da la mano, por darme fuerza para salir adelante y mejorar y, lo más importante por llenarme de paz y de esperanza cuando lo necesito.

A Mi señor Hayes, te doy las gracias por la paciencia, el apoyo y sobre todo el amor. Siempre has sido mi puerto seguro. Te amo.

A Mi hijas, solo por existir, son el amor más grande, la razón para levantarme y mi mayor orgullo.

A Mis lectoras alphas, lomo plateado y pelo en el pecho, Luz Maestre, mi querida niña con quien diariamente tengo maravillosas y jocosas batallas verbales. Fuiste ese ojo que todo lo ve y, Karen Bail, con su análisis de la novela que me ayudó a mejorarla, las quiero chicas.

A Roma García, la maravillosa mano creadora de todas mis portadas, mi eterno agradecimiento por tenderme la mano en un momento difícil.

A Kaera Nox, por la corrección de este libro. Gracias por tu paciencia y por las lecciones, te juro que algún día aprenderé.

A Yoa, Ani, y Demonic, por todo el apoyo que diariamente me dan.

A mi pequeño grupo de lectores, que diariamente me saludan, me comentan, me alienta y se ríen conmigo, ustedes son muy importantes para mí, gracias por estar allí.

A todos los maravillosos autores, blogueros, portadistas y correctores que he conocido por las redes sociales, gracias por su aliento y sus consejos.

A las chicas del Club de las Letras por su ayuda y apoyo, siempre están a la distancia de un mensaje.

Sobre la Autora

Nací en Venezuela el 13 de mayo de 1970, comencé a leer en mi niñez, pero fue en mi adolescencia cuando la lectura pasó a ser mi mayor entretenimiento. Descubrí la novela romántica a través de las historias de Bárbara Cartland y las novelas de bolsillo de Harlequin.

Tenía diecisiete años cuando conocí a quien sería mi esposo, nos hicimos novios y ocho años después nos casamos, de eso hace veinticuatro años. Tenemos dos hijas, una joven de diecinueve años y una chica de dieciséis, ellas son el centro de nuestras vidas.

Me gradué en la universidad de economista y después hice una maestría en Gerencia de Recursos Humanos. Tengo un trabajo diurno lo que me dificulta escribir todos los días.

Aunque siempre he imaginado historias en mi cabeza, no fue hasta el año 2017 cuando alentada por unos amigos decidí comenzar a escribirlas.

Los libros que he publicado hasta la fecha son los siguientes:

El Castigo

Rose es condenada a un castigo brutal por un crimen que no cometió ¿Podrá Rose superar su castigo? ¿Será capaz de perdonar a su verdugo? ¿De amarlo?

<https://rxe.me/R7H2GN>

TRILOGÍA HERMANAS SFEIR

Tres hermanas víctimas de la ambición de su padre, novelas que tratan sobre el difícil mundo de los matrimonios concertados.

1- LA HISTORIA DE NAHLA: La Hija de Nadie

Ella se enamoró arriesgándolo todo, él solo quería una noche de pasión, el destino los unió regalándoles una joya de valor incalculable.

<http://1xe.me/3RCWKC>

2- LA HISTORIA DE JAMEELA: Sueños Rotos

Un amor que traspasará las barreras de un matrimonio de conveniencia y perdurará en el tiempo

<http://1xe.me/77NNFF>

2,5- DE CUANDO JADE SE ENAMORÓ DE NASSER

La historia de una chica inglesa con el coeficiente intelectual de un genio y un sentido del humor un poco peculiar y, de un hombre árabe muy arrogante que piensa que puede conquistarla.

<https://rx.me/BDRYJY>

3- LA HISTORIA DE ZAHIRA: Seducción y Venganza

Él se casará por amor, ella lo seducirá por venganza. ¿Podrán llegar a amarse el caballero y la descarada?

Gracias por llegar hasta el final de este libro; si te ha gustado me encantaría que dejaras tu opinión calificándolo en Amazon o Goodreads y, comentándolo en tus redes sociales. Esto es muy importante porque me ayudarías a seguir escribiendo todas esas historias que están en mi cabeza. Estaría muy agradecida si te tomaras esos minutos de tu tiempo para hacerlo.

Un abrazo.

Bella

[1] Túnica larga hasta los pies que se usa sobre la vestimenta en los países árabes y del norte de África.

[2] Vélo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar las mujeres musulmanas desde la edad de la pubertad, en presencia de varones adultos que no sean de su familia inmediata como forma de atuendo modesto.

[3] Vélo que cubre el rostro y lo usan algunas mujeres musulmanas encima de su vestido.

[4] Doncellas

[5] Guardián

[6] La paz esté contigo

[7] Bebida árabe clásica elaborada con melaza de uva y agua de rosas que puede servirse con piñones y pasas

[8] Túnica larga hasta los pies que se usa sobre la vestimenta en los países árabes y del norte de África.

[9] Vélo que cubre la cabeza y el pecho que suelen usar las mujeres musulmanas desde la edad de la pubertad, en presencia de varones adultos que no sean de su familia inmediata como forma de atuendo modesto.

[10] Uno de los caballeros de la mesa redonda en la leyenda del Rey Arturo

[11] Juegos diabólicos en [Hispanoamérica](#) y Poltergeist: Fenómenos extraños en [España](#), es una [película estadounidense](#) de [terror](#) y [suspense](#) de 1982, cuya trama gira en torno a los inquietantes sucesos que acontecen en la casa de una familia que vive en los [suburbios](#), y en la que se sospecha que se está produciendo el fenómeno conocido como «[poltergeist](#)».

[12] Es una marca de productos de lujo fabricados con cristal tallado cuyo propietario es Swarovski AG, con sede en Wattens (Austria).

[13] Personaje ficticio de la película ¿Quién engañó a Roger Rabbit?, Jessica es reconocida como un símbolo sexual de la animación.

[14] Sin tirantes

[15] En Inglés se utiliza la expresión chief Executive Officer (literalmente oficial ejecutivo en jefe) o su acrónimo CEO, para designar a la persona con más alta responsabilidad de una organización o corporación.

[16] es una modalidad de baño de vapor que incluye limpiar el cuerpo y relajarse, anteriormente duraba siete días ahora fue reducido a un día.

[17] Aplicación de hennacom una forma temporal de decoración en la piel la cual suele usarse en ceremonias y rituales

[18] Personaje de los libros de Harry Potter

[19] Talla rey

[20] Proviene principalmente de la mandrágora, ideal para cometer delitos pues no se detecta al ser incolora, inodora e insípida, además puede ser administrada vía respiratoria, oral e incluso cutánea. Tarda muy poco efecto en hacer efecto y anula la voluntad de la víctima durante varias horas.

[21] Pirata informático

[22] Equivalente al bautizo para los cristianos, es una celebración que consta del sacrificio de un cordero, afeitar la cabeza del bebé y si es niño circuncidarlo.